

Pacto de sangre

JAMES M. CAIN



Lectulandia

Cuando el agente de seguros de poca monta Walter Huff conoce a la seductora Phyllis Nirdlinger, esposa de uno de sus acaudalados clientes, sólo necesita unos minutos para descubrir que lo que ella quiere es deshacerse de su marido, y no muchos más para decidir que la ayudará a hacerlo. Walter sabe que los seguros que cubren accidentes pagan doble indemnización en los casos de percances ferroviarios, por lo que el pacto de sangre al que llega con Phyllis consistirá en tratar de hacer subir a Nirdlinger a un tren sin despertar las sospechas de la policía, la compañía de seguros, la guapa hija de la víctima, su misterioso novio ni del propio.

Lectulandia

James M. Cain

Pacto de sangre

(Double indemnity)

ePub r1.0

Samarcanda 05.05.14

Título original: *Double indemnity*

James M. Cain, 1936

Traducción: Manuel Barberá

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1

Había ido a Glendale para inscribir tres nuevos conductores de camión en la póliza colectiva de seguros de la cervecería, y luego me acordé de esta renovación en Hollywood. Decidí ir hasta allí. Así llegué a la «Casa de la Muerte» de la que tanto se habló en los diarios. Cuando yo la vi no tenía nada de «Casa de la Muerte». Era simplemente un chalet español, como todos los demás de California, con paredes blancas, techos de tejas rojas y un patio lateral. Estaba construido fuera de escuadra. Tenía garaje al frente y piso alto; lo demás se extendía por la colina, de cualquier modo. Para llegar a la puerta de calle había que subir algunos escalones de piedra; de modo que estacioné el coche y subí. Una criada asomó la cabeza.

—¿Está el señor Nirdlinger?

—No sé, señor. ¿Quién desea verlo?

—Huff.

—¿Por qué asunto?

—Un asunto personal.

Entrar es la parte más difícil de mi trabajo, y no hay que decir el motivo antes de tiempo.

—Lamento mucho, señor; pero no puedo hacer pasar a nadie si no me dice lo que desea.

Era un problema que había que resolver. Si hubiera insistido en el carácter personal de la visita, la habría rodeado de misterio; y esto no era bueno. Si manifestaba lo que deseaba realmente, me exponía a lo que temen todos los corredores de seguros: que ella volviera y me dijera que no había nadie en casa. Decir que esperaba era restarme importancia, y eso no convenía. Para que las cosas marchen hay que entrar. Una vez dentro, tienen que escuchar; y casi puede juzgarse la habilidad de un corredor por la rapidez con que alcanza el sofá de la familia, con el sombrero en una mano y los folletos de propaganda en la otra.

—Bien. Le dije al señor Nirdlinger que vendría; pero... no importa. Procuraré volver en otro momento.

Era verdad, en cierto modo. En esto de vender seguros de automóviles se le promete siempre al asegurado avisarle con tiempo la renovación; pero hacía un año que no lo veía. Aparenté, sin embargo, ser un viejo amigo de la casa, y un viejo amigo a quien no encantaba mayormente la acogida que le habían dispensado. Dio resultado. La muchacha pareció preocupada, y me dijo:

—Bien... ¿Quiere hacer el favor de pasar?

Si me hubiera esmerado tanto para no entrar, me habría ido mejor.

Tiré el sombrero en el sofá. Ha dado mucho que hablar aquel salón, especialmente por las cortinas rojo sangre. Todo cuanto vi fue un salón igual a todos los salones de California, tal vez un poco más costoso que algunos; pero no había nada en él que cualquier tienda grande no pudiera vender a crédito en la mañana, entregar con un solo camión por la tarde, y cobrar esa misma noche. Los muebles eran de estilo español, de esos que son lindos para la vista y duros para el cuerpo. La alfombra era una de esas de 3 por 3,80, que serían mexicanas si no las fabricaran en Oakland, California. Las colgaduras rojo sangre estaban allí, pero no significaban nada. Todas estas casas españolas tienen colgaduras de terciopelo rojo armadas en varillas de hierro, y por lo general tapices de terciopelo rojo en la pared, haciendo juego. Se había seguido el molde, hasta en el tapiz que representaba una armadura, encima de la estufa, y en el tapiz que representaba un castillo, encima del sofá. A los otros dos lados del salón había ventanas y la entrada al hall.

—¿Sí?

Una mujer se hallaba de pie delante de mí. Era la primera vez que la veía. Tendría unos treinta y uno o treinta y dos años, su rostro era dulce, celestes los ojos y rubio ceniciento el cabello. Era pequeña y vestía pijama azul. Parecía cansada.

—Deseaba ver al señor Nirdlinger.

—No está en este momento; pero yo soy su esposa. ¿Puedo serle útil?

Tuve que explicar.

—No, creo que no, señora; pero gracias de todas maneras. Me llamo Huff, Walter Huff, de la General Fidelity, de California. La póliza que tiene sobre el automóvil el señor Nirdlinger expira dentro de una o dos semanas, y como prometí recordárselo, me pareció bien pasar. Pero, por supuesto, no es mi deseo molestarla a usted.

—¿Póliza?

—El seguro. Me arriesgué a no encontrarlo, viniendo aquí de día; pero estaba cerca y creí que sería lo mejor. ¿Cuándo le parece el momento más apropiado para ver al señor Nirdlinger? ¿Podría dispensarme unos minutos después de la cena, de tal modo que no le estropee la velada?

—¿Qué clase de seguro tiene mi esposo? Debería saberlo, pero de estas cosas no me entero.

—Creo que nadie se entera hasta que ocurre algo. El seguro corriente. Choque, incendio, robo y responsabilidad contra terceros.

—Ah, sí, por supuesto.

—Es una simple formalidad; pero tiene que cumplirla con tiempo, para estar a cubierto.

—En realidad, no es cosa que me concierna; pero sé que ha estado pensando en el Automóvil Club. Es decir, en el seguro del Automóvil Club.

—¿Es socio?

—No, no es. Siempre tuvo intenciones de entrar, aunque por un motivo u otro no lo ha hecho. Pero el representante del Club estuvo aquí y le habló del seguro.

—No hay nada mejor que el Automóvil Club. Son rápidos, liberales en la liquidación de siniestros, y serviciales en todo momento. No podría decir en contra ni una sola palabra.

Es una de las cosas que se aprenden. No hay que desacreditar al competidor.

—Y, por otra parte, es más barato.

—Para los socios.

—Tenía entendido que sólo los socios pueden asegurarse.

—Yo quise decir que si un hombre está resuelto a ingresar en el Automóvil Club para disponer de servicio mecánico en caso de inconvenientes, pago de multas u otras cosas, y luego se asegura, le sale más barato. De esto no hay duda. Pero si ingresa por el seguro, cuando agrega al costo de la prima los dieciséis dólares de la cuota de entrada, le resulta caro. Calculando esto, yo puedo hacer que el señor Nirdlinger se ahorre una buena suma.

Siguió hablando, y yo no pude hacer otra cosa que seguirle la conversación. Pero un vendedor de experiencia como yo, no sólo juzga por las palabras. Siente si el asunto anda bien. Después de un rato, comprendí que a esa mujer la tenía sin cuidado el Automóvil Club. Tal vez al marido le interesara; a ella no. Había algo más; lo del Automóvil Club era un pretexto. Sospeché que andaba detrás de alguna comisión, de alguna manera de conseguir unos dólares sin que el marido se enterara. Esto ocurre muchas veces. Me pregunté qué tendría que decirle. Un agente que se precia no se deja arrastrar a estas cosas; pero la mujer recorría el salón, y advertí algo que no había notado antes. Bajo aquel pijama azul se adivinaban formas capaces de enloquecer a un hombre; y me pareció difícil hacer creer, en un solo instante, mis explicaciones sobre la elevada ética del negocio de seguros.

De pronto me miró, y sentí que un escalofrío me recorría el espinazo y las raíces del cabello.

—¿Tienen seguros contra accidentes? —preguntó.

Es posible que a ustedes no les impacte esto lo que me impactó a mí. Bueno, en primer lugar, el seguro contra accidentes no se compra; se vende. A uno lo llaman para otras clases de seguros: incendios, robos, y hasta vida; para accidentes, nunca. El seguro de accidentes se vende cuando lo fuerzan los agentes, y asombra que lo pidan. En segundo lugar, cuando hay algo feo, se recurre siempre al mismo pretexto: accidente. A igual cantidad de dólares en la prima, el monto de lo que se cobra por el siniestro es mucho mayor en los seguros de accidentes que en los otros. Es la única clase de seguro que puede contratarse sin que el asegurado lo sepa. No hace falta examen físico para accidentes. Lo único que se exige es el dinero; y paseando por ahí

anda más de uno que vale más para sus familiares muerto que vivo, pero todavía no lo sabe.

—Tenemos toda clase de seguros.

Ella volvió a decir algo acerca del Automóvil Club, y yo traté de no mirarla; pero no pude. Después se sentó.

—¿Desearía, señor Huff, que yo hablase de esto con el señor Nirdlinger?

¿Por qué iba a hablar ella del seguro? ¿Por qué no dejaba que yo lo hiciera?

—Sería espléndido, señora.

—Ahorraría tiempo.

—El tiempo es importante. Su esposo tiene que ocuparse de esto enseguida.

Pero ella se me adelantó.

—Después de que hayamos hablado nosotros, podrá verlo usted. ¿Estaría bien mañana por la noche, a eso de las siete y media? A esa hora habremos terminado de cenar.

—Perfectamente.

—Lo espero, entonces.

Me metí en el automóvil, maldiciéndome por ser un imbécil que se deja dominar por una mirada de reojo. Cuando volví a la oficina, Keyes andaba buscándome. Keyes es jefe de la sección de reclamaciones y no hay hombre más fastidioso para tratar un asunto. No puede uno decir que hoy es martes sin que Keyes mire el calendario, y luego se fije si es un calendario de este año o del año pasado, y después averigüe qué compañía lo imprimió y si concuerda con el World Almanac. Cualquiera diría que esa cantidad de trabajo inútil debe hacerlo adelgazar, pero no es así. Cada año engorda más, y se pone más quisquilloso, y sigue siempre en conflicto con las demás secciones de la compañía; y se pasa el día sentado, con el cuello desabrochado, sudando, riñendo y discutiendo, hasta tal extremo que sólo de estar en el mismo cuarto con él uno se marea. Pero es un lince cuando huele gato encerrado.

Cuando entré, se levantó y empezó a bramar. Se trataba de una póliza de seguros que yo había contratado seis meses antes; el asegurado acababa de quemar su camión, y quería cobrar. Lo interrumpí en el acto.

—¿Qué motivo tiene para estar furioso conmigo? Recuerdo el caso perfectamente. Y recuerdo con toda claridad que a la solicitud le agregué una nota, en el momento de presentarla, recomendando que investigaran a fondo los antecedentes del individuo antes de aceptar el riesgo. No me gustó la cara, y no voy a...

—Walter, yo no le reprocho nada. Sé que usted nos pidió que averiguásemos. Tengo su nota aquí mismo, en el escritorio. Eso es lo que quise decirle. Si las otras secciones de la compañía pusieran en juego siquiera la mitad de su sensatez...

—¡Ah!

Así era Keyes; hasta cuando quería decirle a uno algo agradable, tenía que

empezar por sacarlo de sus casillas.

—Y escúcheme bien, Walter. Aun después de extender la póliza, en flagrante contradicción con su nota, y teniendo delante de las narices ese aviso suyo, anteayer, cuando se incendió el camión... habrían pagado el seguro si yo no hubiera mandado esta tarde un camión de auxilio para que sacaran el otro vehículo del lugar en que estaba; y así encontraron un montón de virutas debajo del motor, que demostraban que el incendio fue intencionado.

—¿Lo han detenido?

—Sí, y confesó. Mañana confirmará su declaración, y, el asunto quedará terminado. Pero lo que yo digo es que si usted, con sólo mirar al hombre, pudo abrigar sospecha, ¿por qué ellos...? Oh, ahora no vale la pena lamentarse. Pero quise que usted se enterara. Sobre este asunto voy a mandar una nota a Norton. Creo que el presidente de la compañía debería investigar. Aunque, con toda sinceridad, si el presidente tuviera más...

Se detuvo y no le pedí que siguiera. Keyes era uno de los que estaban en la compañía desde la época del fundador, el viejo Norton, y no tenía en gran estima a su hijo, que tomó el cargo a la muerte del padre. Si uno daba crédito a sus palabras, el joven Norton se equivocaba en todo; y todo el mundo temía verse arrastrado por Keyes a una enemistad con el presidente. Si el joven Norton era el hombre de quien dependíamos, no teníamos más remedio que estar bien con él; y era un desatino permitir que Keyes nos enemistara con el jefe. Hice oídos sordos a la insinuación de Keyes. Ni siquiera supe de qué hablaba.

Cuando volví a mi escritorio, Nettie, mi secretaria, iba a salir.

—Buenas noches, señor Huff.

—Buenas noches, Nettie.

—¡Ah!... Le he puesto una nota en su escritorio, respecto a una tal señora Nirdlinger. Llamó hace unos diez minutos y dijo que no conviene que vaya mañana por la noche por el asunto de la renovación. Ya le avisará cuándo pueda ir.

—Gracias.

Se fue, y me quedé allí, mirando la nota. Pensé qué clase de observación tendría que agregar a esa solicitud, cuando ella la presentara, si llegaba a presentarla.

2

Tres días después llamó, para dejar dicho que pasara a las tres y treinta. Ella misma me hizo entrar. No tenía esta vez el pijama azul, sino un traje blanco muy ceñido al cuerpo, medias de seda y zapatos blancos. No era yo la única persona consciente de sus formas. Ella también lo era. Pasamos al salón; en la mesa había una bandeja.

—Belle ha salido, y voy a preparar un poco de té. ¿Me acompaña?

—No, gracias, señora. No voy a quedarme más que un minuto. Es decir, si el señor Nirdlinger ha decidido renovar. Supongo que así es, ya que usted me ha llamado.

Mi intención fue irme, con la renovación de la póliza o sin ella, porque descubrí que no me asombraba de que Belle se hallara ausente y ella estuviera preparando el té.

—¡Oh!, tome un poco de té. A mí me gusta mucho. Acorta la tarde.

—¿Es usted inglesa?

—No; nací en California.

—No abundan sus paisanas.

—La mayoría de los que viven en California nacieron en Iowa.

—Yo soy uno de ellos.

—¡Qué casualidad!

La culpa fue del traje blanco. Me senté.

—¿Limón?

—No, gracias.

—¿Dos terrones?

—Sin azúcar, puro.

—¿No le gustan las cosas dulces?

Me sonrió, y le vi los dientes. Eran grandes y blancos, tal vez un poco salientes.

—Trato mucho con los chinos. Y ellos me han quitado la costumbre de beber té al estilo norteamericano.

—Me encantan los chinos... Siempre que hago *chow mein* compro las cosas en el mismo lugar, al lado del parque. ¿Conoce a Mr. Ling?

—Hace años.

—¿De veras?

Se le arrugó el ceño y noté que en su cara no había palidez. El efecto provenía de las pecas, que le salpicaban la frente. Notó que yo se las miraba.

—Me parece que está mirándome las pecas.

—Sí, es verdad. Me encantan.

—A mí no.

—A mí sí.

—Antes llevaba siempre un turbante en la frente cuando andaba por el sol; pero tantas personas me detenían, pidiendo que les dijera la buena ventura, que tuve que abandonar la costumbre.

—¿Usted no echa la buena ventura?

—No, es una gracia californiana que no aprendí.

—De todos modos, me gustan las pecas.

Se sentó a mi lado y nos pusimos a hablar de Mr. Ling. Ahora bien, Mr. Ling no era más que un simple almacenero chino, que además tenía un empleo en la municipalidad, y a quien cada año teníamos que sacar de la cárcel bajo fianza de dos mil quinientos dólares; pero se sorprendería usted al saber qué individuo más simpático resulté en aquella conversación. Después de un rato, sin embargo, volví a los seguros.

—Bueno, ¿qué me dice de la póliza?

—Sigue hablando del Automóvil Club; pero creo que renovará la de ustedes.

—Me alegra saberlo.

Siguió sentada un rato, haciendo pequeños pliegues con el borde de la blusa, y estirándola luego.

—No le he dicho nada acerca del seguro contra accidentes.

—¿No?

—Detesto hablarle de eso.

—Comprendo.

—Resulta terrible decirle que uno cree que debe contratar un seguro contra accidentes. Y, sin embargo... ha de saber usted que mi marido es representante en Los Ángeles de la *Western Pipe and Supply Company*.

—¿Entonces está en el edificio del Petróleo?

—Allí tiene la oficina. Pero pasa la mayor parte del tiempo en los pozos.

—Es muy peligroso andar por allí.

—A mí me estremece el solo hecho de pensarlo.

—¿Lo tiene asegurado la compañía en alguna suma?

—Que yo sepa, no.

—Trabajando en esas cosas, no debería ser tan desprevenido.

Y entonces decidí que por mucho que me gustaran sus pecas, tenía que averiguar dónde estaba yo.

—¿Qué le parece si yo le hablara de esto al señor Nirdlinger? Claro; no le diría de dónde he sacado la idea, pero la traería a colación cuando hablara con él.

—Odio hablarle de eso.

—Como le digo, el que le hablará soy yo.

—Pero me preguntará qué me parece, y... no sabré qué decir. Me enfermo de sólo pensarlo.

Hizo otra serie de pliegues. Luego, después de un rato largo, apareció el asunto.

—Señor Huff, ¿no sería posible que yo contratara la póliza por él, sin molestarlo en lo más mínimo? Tengo algún dinero y la pagaría yo, sin que él lo supiera; así, terminaría esta preocupación.

No podía engañarme acerca de sus intenciones, y menos después de quince años en el negocio de seguros. Aplasté el cigarrillo para levantarme y salir. Tenía que salir de allí, olvidándome de aquellas renovaciones y todo lo demás, como quien huye del fuego. Pero no huí. Ella me miró un poco sorprendida, y su cara estaba a unos quince centímetros de la mía. Lo que hice fue abrazarla, atraer su cara hacia mis labios, y besarla en la boca, con fuerza. Yo temblaba como una hoja. Ella me miró fríamente; luego cerró los ojos, me arrastró hacia ella, y me besó.

—Me gustaste desde el primer momento.

—No lo creo.

—¿No te invité a tomar té? ¿No te hice venir aquí cuando Belle estaba afuera? Me gustaste desde el primer momento. Me gustó la forma solemne en que hablabas de tu compañía, y de unas cosas y otras. Por eso seguí fastidiándote con el Automóvil Club.

—¡Oh!... ¿Por eso?

—Ahora lo sabes.

Le revolví el cabello, y después los dos hicimos pliegues en la blusa.

—No los haces iguales, Huff.

—¿No es igual este?

—Los de abajo son más grandes que los de arriba. Tienes que tomar esta cantidad de tela cada vez, luego la das vuelta y después la aplastas; y con eso los pliegues salen bonitos. ¿Ves?

—Voy a tratar de aprender el secreto.

—Ahora no. Tienes que marcharte.

—¿Volveré a verte pronto?

—Quizá.

—Quiero verte.

—Belle no sale todos los días. Yo te avisaré.

—¿Me avisarás?

—Sí, pero no me llames tú. Yo te avisaré. Te lo prometo.

—Muy bien. Dame un beso.

—Adiós.

Yo vivo en un bungaló sobre la montaña *Los Feliz*. De día tengo un mucamo filipino,

que no duerme allí. Llovía aquella noche, de modo que no salí. Encendí el fuego y me quedé sentado, tratando de entender dónde me había metido. Lo sabía, naturalmente. Estaba al borde de un precipicio, diciéndome sin cesar que debía alejarme, y alejarme con rapidez, y no volver más. Pero esto es lo que yo me decía. Lo que hacía era mirar el precipicio y a pesar de que continuamente procuraba alejarme, había algo en mí que me impulsaba a acercarme más para ver mejor.

Poco antes de las nueve sonó el timbre. Apenas lo oí, supe quién era. Estaba en la puerta con un impermeable y un gorrito de lluvia, mientras que por encima de sus pecas brillaban las gotas de la lluvia. Cuando la despojé de esas prendas, vi que llevaba jersey y pantalones largos, una vestimenta estúpida que está de moda en Hollywood; pero no es esto lo que pensé. La acerqué al fuego, y se sentó. Me senté a su lado.

—¿Cómo diste con mi dirección? —Se me ocurrió, a pesar de las circunstancias, que no me hubiese hecho gracia el saber que había estado en mi oficina preguntando por mí.

—La saqué de la guía telefónica.

—¡Ah!

—¿Te sorprende?

—No.

Eso sí que es bueno. Nunca he visto un hombre tan engreído.

—¿Salió tu marido?

—A Long Beach. Están perforando un nuevo pozo. Tres turnos. Tuvo que irse. Yo tomé un autobús. Podrías decir que te alegras de verme.

—Es un gran lugar Long Beach.

—Le dije a Lola que yo iba al cine.

—¿Quién es Lola?

—Mi hijastra.

—¿Es joven?

—Diecinueve años. Bien, ¿no te alegra verme?

—Sí, claro. Pero ¿acaso no estaba esperándote?

Hablamos de lo mucho que llovía afuera, y de las perspectivas de que se convirtiese en un diluvio, como la víspera de Año Nuevo, en 1934; y agregué que yo la llevaría de vuelta en el coche. Luego miró un instante el fuego.

—He perdido la cabeza esta tarde.

—No habrá sido mucho.

—Un poco.

—¿Te arrepientes?

—Algo. Nunca me pasó, desde que estoy casada. Por eso he venido.

—Hablas como si hubiera sucedido algo.

—Y algo sucedió. Perdí la cabeza. ¿No te parece bastante?

—Bueno... ¿y qué?

—Yo quise decir...

—Que lo hiciste sin querer.

—No, queriendo. De no haber sido así, no hubiera venido. Pero quiero asegurarte que no volverá a ocurrir.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Espera y verás.

—No, por favor... Debes saber que amo a mi marido. Últimamente, más que nunca.

Me quedé mirando un rato el fuego. Sabía que tenía que alejarme del asunto, mientras aún podía hacerlo. Pero en mi interior había algo que seguía acercándome al precipicio; y tuve de nuevo la sensación de que ella no decía lo que pensaba. Como en la tarde en que le hablé por vez primera, había algo más de lo que decía. Y como no podía quitarme de encima la preocupación, tuve que hacerla hablar.

—¿Por qué dices últimamente?

—¡Oh! Porque me inquieto.

—¿Quieres decir que allí, en los pozos de petróleo, cualquier noche de lluvia, puede caerle encima alguna polea de esas que usan en los pozos?

—Por favor, no hables así.

—Pero lo piensas.

—Sí.

—Lo entiendo. Especialmente, con las cosas así dispuestas.

—No sé qué quieres decir. ¿Qué cosas están dispuestas?

—Eso de que haya poleas que puedan caerse.

—Por favor, Huff, te pedí que no hablaras así. No es cosa para tomarla a risa. La preocupación me enferma. ¿Por qué lo dices?

—Porque tú vas a hacer que le caiga encima una polea.

—¿Yo? ¿Qué?

—Bueno, tal vez no sea una polea. Pero alguna otra cosa. Algún accidente al parecer fatal, pero en realidad intencional, que lo mate.

La miré fijamente a los ojos, que parpadeaban. Pasó un minuto antes de que dijera nada. Tenía que simular; la había tomado por sorpresa y no sabía qué hacer.

—¿Estás bromeando?

—No.

—Debe de ser así. O de lo contrario debes de estar loco. En mi vida he oído hablar de semejante cosa.

—Ni estoy loco, ni bromeo, y tú has oído hablar de estas cosas, porque es

precisamente lo que pensaste desde que me viste por primera vez, y lo que te ha traído aquí esta noche.

—No pienso quedarme a explicar esas cosas.

—Está bien.

—Me voy.

—Está bien.

—Me voy ahora mismo.

—Está bien.

¿Pensarán que al final terminé alejándome del precipicio y desenmascarando lo que pensaba hacer, para que no se le ocurriera volver más? No, no es verdad.

Mi intención fue esa. Ni siquiera me levanté cuando salí, ni la ayudé a ponerse sus cosas, ni la llevé en el coche. La traté como si fuera un gato de albañal. Pero en ningún momento dejé de pensar que a la noche siguiente seguiría lloviendo, que continuarían perforando en Long Beach, que yo encendería fuego y me sentaría al lado, y que un poco antes de las nueve sonaría el timbre. Ni siquiera me habló al entrar. Estuvimos sentados junto al fuego por lo menos cinco minutos antes de que ninguno de los dos dijera algo. Fue ella quien inició la conversación.

—¿Cómo pudiste decir las cosas horribles que me dijiste anoche?

—Porque son la pura verdad. Es lo que piensas hacer.

—¿Ahora? ¿Después de lo que has dicho?

—Sí, después de lo que he dicho.

—Pero... Walter, para eso he vuelto esta noche. Lo he pensado detenidamente. Comprendo que dije una o dos cosas que pudieron darte una impresión completamente equivocada. Hasta cierto punto, me alegro de que me hayas prevenido, porque hubiera podido decirlo ante otras personas, sin pensar que podían interpretarme mal. Pero ahora que lo sé, debes comprender que semejante idea tiene que estar alejada de mi mente. Para siempre.

Esto quería decir que se había pasado el día entero sudando sangre por miedo a que yo avisara al marido, o hiciera cualquier otra cosa. Seguí hablando:

—Me has llamado Walter. ¿Cómo te llamas tú?

—Phyllis.

—Phyllis, al parecer has pensado que porque yo puedo descubrirte el juego, no vas a hacerlo. Pero lo harás, y yo te ayudaré.

—¡Tú!

—Yo.

La tomaba desprevenida de nuevo; pero esta vez ni siquiera trató de fingir.

—¡Oh! Pero no espero que nadie me ayude, es imposible.

—¿No quieres que te ayude nadie? Permíteme decirte una cosa. Te conviene que

alguien te ayude. Claro que sería hermoso hacer el trabajo completamente sola, sin que nadie se enterara. El inconveniente es que no puedes. No, tú sola contra una compañía de seguros no puedes hacer gran cosa. Necesitas ayuda. Y conviene que te ayude un experto.

—¿Por qué lo harías?

—Por ti, en primer lugar.

—¿Y después?

—Por el dinero.

—¿Quieres decir que serías capaz de... traicionar a tu compañía y ayudarme en esto por mí, y por el dinero que pudiéramos sacar?

—Tú lo has dicho. Y te aconsejo que expliques tu intención, porque cuando yo empiezo algo, lo sigo hasta el fin, de un extremo a otro, sin vacilaciones. Pero es necesario que sepa dónde estoy. Con estas cosas no se juega.

Cerró los ojos y después de un rato se echó a llorar. Le puse un brazo en torno al cuello, y la acaricié. Parecía extraño, después de lo que acabábamos de hablar, que estuviera tratándola como a una criatura que ha perdido una moneda.

—Por favor, Walter, no me permitas hacerlo. No podemos. Sería simplemente una locura.

—Sí, es una locura.

—Y vamos a hacerla. Lo presiento.

—Yo también.

—No tengo ningún motivo. Me trata todo lo bien que un marido puede tratar a una mujer. No lo quiero; pero nunca me ha hecho nada.

—Pero vas a hacerlo.

—Sí, que Dios se apiade de mí, voy a hacerlo.

Dejó de llorar, y descansó en mis brazos, sin decir nada. Luego se puso a hablar casi como en un susurro.

—No es dichoso. Estará mejor... muerto.

—¿De veras?

—No lo crees, ¿verdad?

—Desde su punto de vista, no lo creo.

—Sé que no es verdad. Me lo digo siempre. Pero hay algo en mí, no sé qué. Tal vez estoy loca. Pero hay algo en mí que ama la muerte. A veces creo que la muerte soy yo misma, envuelta en una mortaja escarlata, flotando en la noche. ¡Me veo tan hermosa entonces! ¡Y tan triste! ¡Y tan ansiosa de hacer que todos sean felices arrastrándolos conmigo en la noche, lejos de toda preocupación, de toda desdicha!... Walter, esto es lo más horroroso. Sé que es terrible, y me lo digo constantemente; pero a mí no *me parece* terrible. Es como si yo hiciera algo... lo que a él más le conviene; pero él no lo sabe. ¿Me entiendes, Walter?

- No.
- Nadie puede entenderme.
- Pero vamos a hacerlo.
- ¡Vamos a hacerlo!
- Sin andar con medias tintas.
- ¡Sin andar con medias tintas!

Una o dos noches después volvimos a tratar el asunto como quien habla de una excursión a la sierra. Necesitaba saber qué se proponía, y si no se había estropeado todo con algún paso dado en falso por ella.

—¿No le has dicho nada de esto, Phyllis? ¿De la póliza?

—No.

—¿Absolutamente nada?

—Ni una palabra.

—Muy bien. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Mi idea era sacar primero la póliza.

—¿Sin que él se enterara?

—Sí.

—Caramba, te hubieran crucificado. Es lo primero en que se fijan. Pero, bueno; eso ya está. ¿Qué más?

—Va a construir una piscina de natación esta primavera en el patio.

—¿Y?...

—Se me ocurrió que podría parecer que se golpeó la cabeza al zambullirse, o cosa por el estilo.

—¡Ni pensarlo! Eso es peor aún.

—¿Por qué? Son accidentes que ocurren. ¿No te parece?

—No sirve. En primer lugar, un estúpido que trabajaba en seguros publicó hace cinco o seis años en los diarios un artículo explicando que la mayoría de los accidentes ocurren en las bañeras de los accidentados, y desde entonces lo primero en que la gente piensa es en bañeras, estanques y piscinas. Cuando tratan de hacer una trampa, por supuesto. Precisamente ahora en California hay dos casos de esos. Ninguno de los dos aparece limpio del todo y, si hubiera seguro, no tardarían en parar en la cárcel uno y otro. Además, es una cosa que se hace de día, y nunca puedes estar segura de que no te observen desde el barranco de enfrente. Por otra parte, una piscina es como un campo de tenis; se convierte enseguida en un lugar público, y nunca se sabe quién puede aparecer. Y, por último, es una de esas cosas en que se debe esperar la ocasión, sin precisarla de antemano, y sin saber cuándo y cómo vas a lograr tu propósito, sin equivocarte más que una fracción decimal. Atiende a esto, Phyllis. Tres son los elementos esenciales de un asesinato bien hecho.

Las palabras se escaparon de mis labios antes de que me diera cuenta. La miré rápidamente. Pensé que vacilaría; pero esto no ocurrió. Se inclinó hacia delante. El fuego se reflejaba en sus ojos, como si ella fuera un leopardo.

—Sigue. Te escucho.

—Lo primero es la ayuda. Una persona sola no puede hacer estas cosas; es decir, salvo que pueda alegar alguna ley consuetudinaria. Hace falta más de uno. En segundo lugar, el tiempo, el lugar, el procedimiento deben ser conocidos de antemano por nosotros; no por él. Lo tercero es la audacia. De esto se olvidan todos los asesinos principiantes. A veces conocen las primeras dos condiciones; pero la tercera sólo la conoce el profesional. Hay en todos los crímenes un momento en que lo único que puede sacarte a flote es la audacia, yo no sé por qué. ¿Sabes cuál es el crimen perfecto? Supones que es el de la piscina de natación y piensas llevarlo a la práctica en forma tan diestra que nadie se va a dar cuenta. Pero a los dos segundos lo adivinan, a los tres segundos lo comprueban, y a los cuatro segundos has confesado. El crimen perfecto es el del gángster sentenciado por la banda. ¿Sabes cómo trabajan? Primero lo estudian. Atraen hacia sí a la muchacha que vive con él. Consiguen la complicidad de ella. A eso de las seis de la tarde ella lo llama por teléfono. Sale de compras y lo llama. Se han citado para ver una película esa noche, y el cine es tal o cual. A las nueve estarán en él. Ya tenemos los dos elementos: la ayuda y el lugar; la hora queda determinada de antemano. Pasemos al tercer elemento. Llegan al sitio en un coche. Lo estacionan en la calle. El motor sigue en marcha. Colocan a un vigilante. Se sitúa a la entrada de una callejuela; de pronto deja caer un pañuelo y lo recoge. Quiere decir que el hombre se acerca. Salen del coche. Se acercan. Lo rodean. Y allí mismo, en plena luz, delante de doscientas personas, hacen el trabajo. No tiene escapatoria ninguna. Veinte tiros dan en el blanco, disparados por cuatro o cinco pistolas automáticas. La víctima cae, los asesinos corren al coche, se alejan velozmente... y luego, ¿quién los descubre? Tienen las coartadas listas de antemano, todas a prueba de investigación; fueron vistos tan sólo durante un segundo por gente tan asustada que no sabe lo que veía... y no hay la menor posibilidad de probarles nada. Claro que la policía sabe quiénes son y los encierra, sometiéndolos a la cura del agua; pero viene la solicitud de *babeas corpus* y salen en libertad. No hay manera de condenarlos. Otros gángsteres se ocupan de ellos. ¡Oh, conocen el oficio! Y si nosotros queremos salir bien parados, tenemos que proceder como ellos proceden, y no como ese pobre idiota que vivía cerca de San Francisco, al que ya han concedido dos audiencias y aún sigue preso.

—¿Ser audaces?

—Ser audaces es el único camino.

—Si le disparamos un tiro no sería un accidente.

—Tienes razón. No le dispararemos un tiro; pero quiero que te metas el principio

en la cabeza. Debemos ser audaces; no hay otra forma de salir airoso.

—Entonces, ¿cómo...?

—A eso voy. Otro inconveniente que tiene tu idea de la piscina es que no deja bastante beneficio.

—Tienen que pagar.

—Tienen que pagar; pero la cuestión es cuánto pagan. Donde se cobra más sobre pólizas de seguros es en los accidentes de ferrocarril. Averiguaron muy pronto, cuando empezaron a extender pólizas de seguros, que los lugares aparentemente peligrosos, los que la gente considera como tales, no lo son ni remotamente. Quiero decir que a todo el mundo le parece que un tren es un sitio peligroso, o así lo creyeron, por lo menos hasta que la novedad fue pasando; pero las cifras demuestran que los que se accidentan o mueren en vagones de ferrocarril son muy pocos. Es por eso que en las pólizas de seguros contra accidentes ponen una cláusula que le suena muy bien al que toma el seguro, porque le inspiran cierto cuidado los viajes en tren; pero a la compañía no le cuesta mucho, porque sabe que la probabilidad es escasa. Pagan doble indemnización por los accidentes ferroviarios. Esa es la trampa del negocio. Es posible que tú hayas pensado ya en una barrera, y te aseguro que bien vale la pena arriesgarse cuando el beneficio es tan excelente. Terminado el asunto, cobramos cincuenta mil dólares, y si lo hacemos bien, los cobraremos; no hay ninguna duda.

—¿Cincuenta mil dólares?

—¿Te gusta?

—¡Dios mío!

—Es una maravilla, aunque yo lo diga. No he pasado en vano tanto tiempo en este negocio. Pero hay más aún. Tu marido está enterado de la póliza, y sin embargo no sabe nada. Él la pide por escrito, pero sin haberla pedido. La paga con su propio cheque, y sin embargo no la paga. Le ocurre un accidente, pero no le ocurre ningún accidente. Viaja en un tren, sin viajar en el tren.

—¿De qué estás hablando?

—Ya lo sabrás. Lo primero que debemos hacer es arreglar lo de la póliza. Yo se la vendo, ¿me entiendes?; pero no se la vendo a él. No es eso exactamente. Hago el trabajo, lo mismo que en el caso de cualquier otro candidato. Y necesito que haya testigos. Tenlo bien en cuenta. Tiene que haber alguien que me oiga hacerle el artículo. Le demuestro que está a cubierto de todo lo que puede dañar al automóvil, pero que no se cubre contra lo que pueda sucederle a él mismo. Le pregunto claramente si un hombre no vale más que su automóvil. Y...

—¿Y si acepta la póliza?

—No la aceptará. Puedo llevarlo hasta una pulgada del instante en que acepta, y no dejarlo avanzar más; puedes estar segura. Aun cuando no sea otra cosa, soy un

buen vendedor. Pero necesito testigos. Uno, por lo menos.

—Yo haré que esté alguien.

—Será mejor que tú te opongas al seguro.

—Muy bien.

—Todo lo que concierna al automóvil, cuando hable de eso, te parecerá perfectamente bien; pero el asunto del accidente te hará temblar.

—Lo recordaré.

—Conviene que fijes la fecha lo antes posible. Llámame por teléfono.

—¿Mañana?

—Confírmalo por teléfono. Y recuerda que necesito un testigo.

—Tendré uno.

—Mañana, entonces. Siempre que lo confirmes.

—Walter, estoy muy nerviosa. Esto me trastorna enormemente.

—A mí también.

—Bésame.

¿Se figuran que estoy loco? Muy bien, quizá lo esté. Pero pasen ustedes quince años en este mismo negocio, y a ver si no se enloquecen también. Les parece que es un negocio, ¿no es verdad?, exactamente igual al suyo, y quizá hasta un poco mejor porque socorre a las viudas, a los huérfanos y a los necesitados, en momentos de angustia. Mas no es así. Es la ruleta más grande del mundo. No lo parece, pero lo es, desde la forma en que calculan los porcentajes sobre el doble cero, hasta la expresión que se tiene en el rostro cuando pagan las fichas. Usted apuesta a que su casa se incendia y ellos a que no; eso es todo. Lo que lo engaña es que usted no quería que su casa se quemara cuando hizo la apuesta, y por eso no creyó que era apuesta. Ellos no se engañan. Para ellos una apuesta es una apuesta. Y la apuesta sobre una propiedad no les parece distinta a cualquier otra. Pero llega el momento, quizá, en que usted quiere que su casa se incendie, en que el dinero vale más para usted que la casa. Y entonces es cuando empiezan los enredos. Saben que en el mundo hay mucha gente decidida a falsear la ruleta, y entonces es cuando se ponen inflexibles. Tienen pesquisas en acción, conocen todas las trampas que existen, y si usted quiere vencerlos tiene que ser muy astuto. Mientras sea honesto, le pagarán con una sonrisa; y hasta es posible que usted se vuelva a casa pensando que todo era un juego inocente y entretenido. Pero trate de jugarles una mala pasada, y entonces verá lo que le espera.

Está bien, yo soy agente. Soy un crupier de ese juego. Conozco todas las trampas, y me paso las noches pensando otras, para estar listo cuando se tiren contra mí. Y de pronto una noche se me ocurre una trampa, y me pongo a pensar que podría vencer a la ruleta si lograra tener un cómplice en la mesa, que hiciera la apuesta por mí. Nada más. Cuando vi a Phyllis comprendí que tenía mi cómplice. Si a ustedes les resulta

extraño que yo mate a un hombre tan sólo para apoderarme de un montón de fichas, no les parecería tan extraño si estuvieran detrás de la ruleta, en vez de estar delante. He visto tantas casas incendiadas, tantos coches estrellados, tantos cadáveres con orificios azules en las sienes, tantas cosas horribles que la gente ha puesto en juego para falsear la ruleta, que todo eso ya no me parece real. Si no me entienden, vayan a Montecarlo o a algún otro lugar donde haya un gran casino, siéntense en una mesa de juego y observen la cara del hombre que lanza la bolita de marfil. Después de observarlo un rato, pregúntense cuánto le importaría a él que usted saliera fuera y se disparara un balazo en la cabeza. Es posible que bajara la mirada, al oír el tiro; pero no sería por la preocupación de saber si usted vive o está muerto. Sería para cerciorarse de que usted no ha dejado en la mesa una apuesta que luego puedan reclamar sus herederos.

3

—Además, otra cosa sobre la que llamo su atención, señor Nirdlinger, es una novedad que hemos añadido el año pasado, sin costo adicional; nuestra garantía de fianza para excarcelación. Le entregamos a usted una tarjeta, y todo lo que tiene que hacer en el caso de un accidente cuya responsabilidad recae sobre usted, o en cualquier infracción de tránsito en que la policía debe detenerlo, es enseñar la tarjeta; y si el caso permite la excarcelación bajo fianza, usted queda automáticamente en libertad. La policía toma la tarjeta, que nos constituye en fiadores, y usted queda libre hasta que el proceso se ventile en una audiencia. Como esa es una de las ventajas que el Automóvil Club ofrece a sus socios, ya que usted está pensando en el Automóvil Club...

—Casi he abandonado la idea.

—En ese caso, ¿por qué no arreglamos el asunto ahora mismo? Creo haberle explicado bastante bien lo que hacemos por usted...

—Me parece que estaría bien.

—Entonces, si quiere usted firmar estas solicitudes, quedará a cubierto hasta que se extiendan las nuevas pólizas, que estarán listas dentro de una semana más o menos; pero no hace falta que usted pague por toda una semana de seguro adicional. Esto es para choques, incendios y robos; esto, para la responsabilidad ante terceros... y si no tiene inconveniente en firmar estas dos, son copias de agente, que guardo en mis archivos.

—¿Aquí?

—En la línea punteada.

Era un hombre corpulento, macizo, más o menos de mi mismo tamaño, con gafas; y yo lo llevé al terreno deseado en la forma prevista. Apenas tuve en mi poder las solicitudes, abordé el tema del seguro contra accidentes. No pareció interesarse mucho, de modo que atacé con firmeza. Phyllis terció en la conversación, manifestando que la sola idea del seguro contra accidentes le daba escalofríos, y yo seguí insistiendo. No desistí hasta no haber machacado todas las razones favorables al seguro de accidentes en que los agentes han pensado alguna vez, y tal vez un par de razones que a nadie se le habían ocurrido. Permaneció sentado, tamborileando con los dedos en los brazos del sillón, deseando que yo me fuera.

Pero no era eso lo que me preocupaba. Mi inquietud era motivada por el testigo que Phyllis había buscado. Pensé que invitaría a cenar a algún amigo de la casa, tal vez a una mujer, haciendo que se quedara con nosotros en el salón después de presentarme yo, a eso de las siete y media. Pero no fue así. Trajo a su hijastra, una chica hermosa,

llamada Lola. Lola quería irse, pero Phyllis dijo que tenía que devanar lana para el jersey que estaba tejiendo, y la retuvo sirviéndose de ella. Yo tuve que hacerla entrar en la conversación, con una broma de cuando en cuando, para asegurarme de que recordaría lo conversado; pero cuanto más la miraba, menos me gustaba el asunto. Tener que estar allí con ella, sabiendo en todo momento lo que pensábamos hacer a su padre, era un cargo de conciencia que no me agradaba mucho.

Cuando me di cuenta, después de levantarme para salir, me había comprometido a llevarla al *boulevard*, porque ella iba al cine. El padre tenía que volver a salir aquella noche, utilizando el automóvil; con lo cual, a menos de llevarla yo en el mío, no le quedaría otro remedio que ir en autobús. Yo no quería llevarla. Yo no quería vincularme con ella. Pero cuando el hombre apeló a mí silenciosamente, no me quedó otro remedio que ofrecerme, y ella corrió a tomar el sombrero y el abrigo. Uno o dos minutos después estábamos descendiendo la colina.

—Señor Huff...

—Dígame.

—No voy al cine.

—¿No?

—Tengo que verme con alguien. En el *drugstore*.

—¡Oh!

—¿Nos llevará a los dos al centro?

—Claro.

—¿No tiene inconveniente?

—En absoluto.

—¿Y no me delatará? Hay motivos por los cuales no quisiera que se enteraran en mi casa.

—No, claro que no.

Nos detuvimos en el *drugstore*, y ella saltó del coche, volviendo al cabo de un minuto con un joven, de tipo italiano, que había estado esperándola.

—Señor Huff, le presento al señor Sachetti.

—Mucho gusto en conocerlo, señor Sachetti. Entre.

Entraron, y se miraron entre sí con leve sonrisa, mientras el coche avanzaba por Beachwood, en dirección al *boulevard*.

—¿Dónde quieren que los deje?

—En cualquier parte.

—¿Estará bien en la esquina de Hollywood y Vine?

—Espléndido.

Los dejé allí, y después de salir ella extendió una mano para tomar la mía y darme las gracias, con ojos que centelleaban como estrellas.

—Ha sido una gran gentileza de su parte el traernos. Acérquese, que voy a

confiarle un secreto.

—¿Sí?

—Si usted no nos hubiera traído, habiéramos tenido que venir a pie.

—¿Cómo piensan regresar?

—Andando.

—¿Necesita algún dinero?

—No, mi padre me mataría. Me he gastado toda la asignación de la semana. Gracias; pero no. Y recuerde que ha prometido no delatarme.

—No la delataré.

—Apresúrese, porque van a cambiar las luces del semáforo.

Me encaminé a casa. Phyllis llegó media hora después, canturreando una canción de una película de Nelson Eddy.

—¿Te gustó mi jersey?

—Sí, claro.

—¿Verdad que es precioso? Será la primera vez que uso uno de color rosa. Creo que me va a sentar admirablemente.

—Te va a quedar muy bien.

—¿Dónde dejaste a Lola?

—En el *boulevard*.

—¿Adónde fue?

—No me fijé.

—¿Estaba alguien esperándola?

—Yo no lo advertí. ¿Por qué?

—Preguntaba. Anda mucho con un muchacho llamado Sachetti. Un hombre absolutamente abominable. Le hemos prohibido que se vea con él.

—Esta noche no estaba a la vista. Por lo menos, yo no lo vi. ¿Por qué no me previniste acerca de ella?

—¿Cómo? Me dijiste que debía haber un testigo.

—Sí, pero no me referí a ella.

—¿No sirve tanto para testigo como cualquier otro?

—Sí, pero las cosas tienen su límite. Se trata de la hija, y tienes que pensar que estamos valiéndonos de ella... para un fin así.

Una mirada terrible asomó a su rostro, y la voz se le endureció como el vidrio.

—¿Qué pasa? ¿Estás por echarte atrás?

—No, pero hubieras podido buscar otra persona. ¡Pensar que yo la he llevado al *boulevard*, y que mientras tanto tenía esto en el bolsillo!

Saqué las solicitudes y se las mostré. Una de aquellas «copias de agente» era una solicitud sin fecha por una póliza personal contra accidentes, por la suma de veinticinco mil dólares, con cláusula directa de doble indemnización por incapacidad

o muerte resultante de un accidente ferroviario.

Era parte del plan el que yo hiciera dos o tres visitas a Nirdlinger, en su oficina. La primera vez le entregué la garantía de la fianza para excarcelaciones, me quedé unos cinco minutos, le dije que la tuviera siempre en el automóvil, y me marché. A la vez siguiente le di una libreta de anotaciones, con tapa de cuero y su nombre estampado en letras doradas, pequeño obsequio que entregamos a todos los poseedores de una póliza. En la tercera visita le dejé la póliza de seguro sobre el automóvil y tomé su cheque por la suma de \$ 79,25. Cuando volví a la oficina aquel día Nettie me dijo que alguien me esperaba en mi saloncito privado.

—¿Quién?

—Una miss Lola Nirdlinger, y un tal señor Sachetti, si mal no recuerdo.

Fui al encuentro de los visitantes, y la joven se rio. Le había caído en gracia, sin duda.

—¿Se sorprende de vernos de nuevo?

—No mucho. ¿En qué puedo ayudarles?

—Hemos venido a pedirle un favor. Pero la culpa es suya.

—¿De veras? ¿Cómo es eso?

—Me refiero a lo que usted le dijo a mi padre la otra noche, de que podría pedir dinero sobre su automóvil, si lo necesitara. Hemos venido a tomarle la palabra; es decir, a eso viene Nino.

Era una de las cosas que había tenido que ingeniar, pues tropezaba con la competencia del Automóvil Club en lo tocante a préstamo. Le facilitan dinero a un socio, a cuenta del automóvil, y las cosas llegaron a un punto en que si yo quería seguir trabajando tenía que hacer lo mismo. Organicé una pequeña compañía financiera propia, me constituí en director y dediqué a ella un día por semana. No tenía nada que ver con la compañía de seguros; pero me permitía contestar satisfactoriamente a esa pregunta que todos me formulaban: «¿Prestan dinero a cuenta de los coches?». Se lo había mencionado a Nirdlinger, como parte de la argumentación de venta; pero ignoraba que la joven estuviese escuchando. Miré a Sachetti.

—¿Quiere usted dinero a cuenta de su coche?

—Sí, señor.

—¿De qué marca es su coche?

Me lo dijo. Era un coche barato.

—¿Sedán?

—¿Está a su nombre? ¿Está totalmente pagado?

—Sí, señor.

Debieron ver que una duda asomaba a mi rostro, porque ella dijo riendo entre dientes.

—No pudo usarlo la otra noche. No tenía gasolina.

—¡Ah!

No deseaba facilitarle dinero, ni cosa por el estilo. No deseaba tener tratos de ninguna clase, forma o manera con él, ni con ella. Encendí un cigarrillo y quedé inmóvil un instante.

—¿Está seguro de que necesita conseguir dinero con la garantía del coche? Se lo digo porque si ahora no trabaja y no tiene la certeza de poder devolver el préstamo, lo más seguro es que lo pierda. Todo el negocio de coches de segunda mano depende de personas que creyeron devolver un pequeño préstamo, y luego no pudieron.

Ella me miró con mucha gravedad.

—El caso de Nino es distinto. No trabaja, pero no quiere el préstamo tan sólo para tener dinero que gastar. Debo advertirle que ha hecho todos los estudios para el doctorado en ciencias y...

—¿Dónde?

—En la Universidad de Los Ángeles.

—¿En qué rama?

—En Química. Con sólo graduarse tiene la certeza de encontrar trabajo, porque se lo han prometido; sería una lástima perder la oportunidad de un buen empleo por no haber sacado el título. Pero para eso tiene que publicar la tesis, y para esto y otros gastos, como el del diploma, por ejemplo, necesita el dinero. No va a gastarlo para vivir. Tiene parientes que se ocupan de eso.

Tuve que acceder. Lo sabía. No hubiera sucedido, si no fuera por lo nervioso que me ponía estando en su presencia; y lo único que pude hacer fue decirle que sí para alejarlos.

—¿Cuánto necesita?

—Ha pensado que si puede conseguir doscientos cincuenta dólares, será bastante.

—Bueno, bueno.

Hice el cálculo. Con los gastos, ascendería a unos \$ 285, lo cual era un préstamo excesivamente alto para esa clase de coche.

—Bueno, deme uno o dos días para pensar. Creo que podremos arreglarlo.

Salieron y ella volvió al cabo de un instante.

—Es usted enormemente bueno con nosotros. No sé por qué sigo molestándolo de esta manera.

—Está bien, señorita Nirdlinger. Me alegra...

—Puede llamarme Lola, si lo desea.

—Gracias; tendré un gran placer en serle útil siempre que pueda.

—Este es otro secreto.

—Sí, ya sé.

—Le quedo inmensamente agradecida, señor Huff.

—No hay de qué, Lola.

La póliza de accidentes vino un par de días después. Eso significaba que tenía que conseguir su cheque, y conseguirlo enseguida para que las fechas correspondieran. Comprenderán ustedes que no le entregaría a él la póliza de seguro contra accidentes. Su destinataria era Phyllis, quien aparentaría haberla encontrado después en la caja fuerte. Tampoco debía decirle a Nirdlinger nada acerca de esta póliza. Mas pese a ello, tenía que obtener el cheque, por el importe exacto de la prima, de tal forma que después, cuando revisaran sus talones y cheques cancelados, comprobarían que la había pagado él mismo. Esto concordaría con las solicitudes que estaban en nuestros archivos y con las visitas que yo había hecho a su oficina, si llegaban a ponerme en apuros.

Me presenté con aire muy preocupado, cerré la puerta después de que salió la secretaria, y abordé el tema sin rodeos.

—Señor Nirdlinger, estoy en un aprieto, y he pensado si usted querrá ayudarme.

—No sé, no sé. ¿De qué se trata?

Esperaba un sablazo, y yo deseaba que así lo creyera.

—Es una cosa muy fea.

—¿Por qué no se explica?

—Le he cobrado demasiado por su seguro; es decir, por el seguro de coche.

Estalló en una carcajada.

—¿Nada más que eso? Creí que querría pedirme dinero.

—Oh, no hay tal cosa. Pero es peor... desde mi punto de vista.

—¿Tienen que devolverme la diferencia?

—Por supuesto.

—Entonces es mejor... desde mi punto de vista.

—Pero la cosa no es tan sencilla. Esto es lo que ocurre, señor Nirdlinger. Hay una junta supervisora, en nuestro negocio, que ha sido formada para evitar que se alteren las primas y hacer que cada compañía cobre la cantidad necesaria para proteger al poseedor de la póliza. Esa es la junta frente a la cual me encuentro en un brete. Sucede que aquí, recientemente, han dictado una disposición según la cual en todos los casos, y fíjese que digo en todos los casos, en que se presume que un agente ha cobrado mal, llevan a cabo una investigación. Comprenda ahora en qué situación estoy; y usted también, en cierto modo. Porque me harán comparecer ante ellos lo menos quince veces y vendrán a fastidiarlo hasta que termine usted por no saber siquiera cómo se llama; todo porque yo miré una tabla equivocada en el libro cuando estuve en su casa aquella noche, y no advertí el error hasta hoy por la mañana, al revisar mis cuentas del mes.

—¿Y qué es lo que quiere que haga?

—No hay más que una manera de arreglarlo. Su cheque, por supuesto, fue

depositado, y a ese respecto no hay nada que hacer. Pero si usted me permite devolverle en efectivo el importe, \$ 79,52, que tengo aquí conmigo, y me da un nuevo cheque por la suma exacta, \$ 58,60, entonces quedará compensado, y no tendrán nada que investigar.

—¿Qué es eso de quedar compensado?

—Como usted sabe, en el sistema de contabilidad por tarjetas múltiples... Oh, bueno, es tan complicado que ni yo creo que lo entiendo. De todos modos, es lo que me ha explicado la cajera. Es la forma en que hacen sus asientos.

—Ya comprendo.

Miró por la ventana, y advertí una expresión extraña en sus ojos.

—Bueno, está bien. No veo que pueda haber inconveniente.

Le di el efectivo y tomé el cheque. Todo era mentira. Hay una junta, pero no se preocupa de los errores de los agentes. Establece las tarifas. Ni siquiera sé si existe una cosa que se llama contabilidad por tarjetas múltiples, y jamás he hablado con nuestra cajera. Me imaginé que cuando le ofrecen a un hombre la oportunidad de ganar veinte dólares, lo normal es que no haga muchas preguntas acerca del motivo de la oferta. Fui al banco y deposité el cheque. Hasta sabía que en el talón escribieron simplemente la palabra «Seguro». Había conseguido lo que necesitaba.

Al día siguiente Lola y Sachetti vinieron a buscar su préstamo. Cuando les entregué el cheque, ella hizo unos pasos de baile en mitad del piso.

—¿Desea un ejemplar de la tesis de Nino?

—Por supuesto... Me encantaría.

—Se titula: *El problema de los coloides en la reducción de minerales de oro con baja proporción del metal.*

—Me interesará muchísimo.

—¡Embustero! Ni siquiera la va a leer.

—Leeré todo lo que pueda entender.

—Como quiera que sea, recibirá un ejemplar firmado.

—Gracias.

—Adiós. Quizá se vea ahora libre de nosotros por una temporada.

—Veremos.

Todo esto que les he contado sucedió al finalizar el invierno, más o menos a mediados de febrero. Por supuesto, febrero en California parece igual que los demás meses; pero en cualquier otro lugar habría sido invierno. De allí en adelante, durante la primavera entera, créanme si les digo que no es mucho lo que dormí. Métense ustedes en un enredo de estos, y si no se despiertan muchas veces en mitad de la noche, soñando que los han sorprendido por algún detalle olvidado, tienen ustedes unos nervios mejores que los míos. Además había problemas que no lográbamos solucionar; por ejemplo, la manera de hacerle tomar un tren. Era difícil, y de no haber tenido un poco de suerte, quizá no lo hubiéramos resuelto nunca. Hay mucha gente aquí que nunca ha viajado en tren. Van a todas partes en coche. Esa era la forma en que él viajaba, cuando viajaba; y descubrir la manera de hacerle usar el tren siquiera una vez, fue para nosotros un motivo de dolor de cabeza durante bastante tiempo. Sin embargo, habíamos salido bien de una cosa que me hizo sudar mucho. Por eso tuvo en su rostro aquella rara expresión que advertí cuando me entregó el cheque. Había algo detrás, y si en ello estaba complicada la secretaria, especialmente si salía después de irme yo y se jactaba ante ella de haber ganado veinte dólares llovidos del cielo, la cosa podía presentarse fea, fuera cual fuera la explicación que yo diese. Pero no sucedió así: Phyllis averiguó el detalle, y me maravillé al pensar por cuán poco nos habíamos librado. Le cargó a su compañía el seguro de su coche, en el libro de gastos, y la secretaria ya le había dado entrada cuando llegué yo con mi proposición. No sólo le había dado entrada, sino que, resultando las cosas como yo deseaba, todavía tenía en su poder el cheque cancelado para demostración; me refiero al primero de los cheques. Todo lo que tenía que hacer era no decirle nada a la secretaria, y guardarse en el bolsillo la diferencia de veinte dólares, sin que nadie se enterase. Se calló. Ni siquiera se lo refirió a Lola. Pero tenía que vanagloriarse con alguien de lo inteligente que era, y se lo contó a Phyllis.

Otra cosa que me preocupaba era yo mismo. Tenía miedo de que mis ventas empezaran a decaer, y de que se extrañaran en la oficina y me preguntaran qué me pasaba. Esto, más adelante, cuando se pusieran a pensar en ello de nuevo, no me convendría. Tenía que vender muchos seguros mientras preparaba este otro asunto. Trabajé como un negro. Visité a todos los candidatos con los cuales tenía alguna posibilidad de hacer negocio y me causa vergüenza lo pesado que me puse. Créase o no, mis cifras arrojaron un aumento del doce por ciento en marzo, dos por ciento más en abril, y en mayo, cuando hay mucha actividad en coches, aumentaron otro siete por ciento. Llegué a hacer una combinación entre mi compañía financiera y un gran sindicato de coches de segunda mano, y eso ayudó también. Los libros no tenían nada de qué acusarme. Fui el niño prodigio de las dos oficinas aquella primavera. Todos se

quitaban el sombrero.

—Va a una reunión de todos los compañeros de su clase en Palo Alto.

—¿Cuándo?

—En junio. Dentro de un mes y medio, más o menos.

—Está bien. Eso era lo que necesitábamos.

—Pero desea ir en coche. Quiere llevárselo, y que yo vaya con él. Si me niego, armará un escándalo.

—¿Sí? Está mal que te des tanta importancia. Sea a una reunión de exalumnos o a la tienda de la esquina, cualquier hombre prefiere ir solo a ir con su mujer. Estará procurando ser cortés. Háblale demostrando que no tienes interés en la reunión de exalumnos, y se convencerá de que puede ir solo. Se convencerá con tanta facilidad que quedarás boquiabierto.

—Eso sí me gusta.

—Supongo que no te puede gustar. Pero ya lo verás.

Esa fue la forma en que las cosas se hicieron; pero, a pesar de que ella le insistió toda una semana, no consiguió que desistiera de usar el coche.

—Dice que lo necesita, porque habrá muchos sitios adonde querrá ir: *picnics* y cosas parecidas, y que si no dispone del suyo tendrá que alquilar uno. Además, aborrece los trenes. En el tren se mareaba.

—¿No puedes hacer una escena?

—Ya la hice. He hecho todo lo que puedes imaginarte; pero no hay manera de que cambie de idea. He extremado las cosas a tal punto, que Lola ya casi no me habla. Cree que es un egoísmo de mi parte. Puedo hacer la prueba de nuevo, pero...

—No, diablos, no.

—Podría hacer otra cosa. El día antes del viaje, no me sería difícil estropearle el coche. Romper la puesta en marcha o cosa por el estilo, de tal modo que tenga que llevarlo al taller. En ese caso, no le quedará otro remedio que viajar en tren.

—Nada de eso. Ni siquiera el más leve asomo. En primer lugar, ya has insistido mucho, y pueden sospechar algo; y créeme si te aseguro que Lola será difícil de convencer después. En segundo lugar, necesitamos el coche.

—¿Lo necesitamos?

—Es indispensable.

—Todavía no entiendo... qué es lo que vamos a hacer.

—Ya lo sabrás con bastante tiempo. Pero necesitamos a toda costa el coche; en realidad, necesitamos dos, el tuyo y el mío. Hagas lo que hagas, no se te ocurra tocar el motor para nada. Ese coche debe funcionar. Tiene que estar en perfectas condiciones.

—¿No sería mejor que abandonáramos la idea del tren?

—Escucha. Tiene que ser tren o no hay nada de lo dicho.

—Bien. No hace falta que me hables de ese modo.

—Es que estás inventando recursos de chapucera que no me interesan. Tal como yo he pensado las cosas, se trata de dar el golpe por el máximo de beneficio. Tiene que ser así para que yo intervenga.

—Es que he estado pensando...

—Pues deja de pensar.

Dos o tres días después, cuando la suerte nos favoreció, me llamó a la oficina a eso de las cuatro de la tarde.

—¿Walter?

—Sí.

—¿Estás solo?

—¿Es importante?

—Sí, enormemente. Ha sucedido una cosa.

—Voy a casa. Llámame allí dentro de media hora.

Estaba solo, pero no me fío de un teléfono que pasa por una centralita. Fui a casa y el teléfono sonó unos dos minutos después de llegar yo.

—El viaje a Palo Alto ha quedado anulado. Se ha roto una pierna.

—¿Qué?

—Ni siquiera sé todavía cómo ha ocurrido. Creo que estaba sujetando a un perro; un perro de un vecino que quería perseguir a un conejo, se le escapó y lo tiró al suelo. Ahora está en el hospital. Lola se encuentra con él. Van a traerlo a casa dentro de unos minutos.

—Creo que con eso todos nuestros planes se van al garete.

—Es lo que yo temo.

Después de la cena se me ocurrió que en vez de echar por tierra los planes, el accidente solucionaba todas las dificultades. Debo de haber andado tres millas por el cuarto de estar, preguntándome si vendría aquella noche, cuando de pronto oí el timbre.

—No dispongo más que de unos minutos. Se supone que estoy en el *boulevard*, comprándole algo para leer. Sería capaz de ponerme a llorar. ¿Cómo es posible que nos pase una cosa así?

—Escucha, Phyllis, no te preocupes de eso. ¿Qué clase de fractura tiene? Quiero decir, ¿es grave?

—Cerca del tobillo. No, no es grave.

—¿Tiene poleas?

—No, le han puesto un peso, que se lo van a quitar dentro de una semana. Pero no va a poder andar. Tendrá que tener la pierna enyesada durante largo tiempo.

—Podrá andar.

—¿Te parece?

—Si tú lo levantas.

—¿Qué quieres decir, Walter?

—Con muletas podrá sostenerse, si tú lo ayudas a levantarse. Y con el pie enyesado, no podrá *conducir el coche*. Tendrá que ir en tren. Eso, Phyllis, es lo que hemos estado deseando.

—¿Te parece?

—Pero aún hay más. Ya te dije que sube al tren y no sube. Muy bien, pues. Tenemos que resolver el problema de la identificación, ¿no es así? Con esas muletas y ese pie enyesado, no es posible buscar una identificación más perfecta. Oh, sí, yo te lo aseguro. Si logras sacarlo de la cama, y convencerlo de que tiene que hacer el viaje a toda costa, como una especie de vacación después de todo lo que ha sufrido, estamos salvados. Presiento que así es.

—Es peligroso, sin embargo.

—¿Qué tiene de peligroso?

—Quiero decir que no es lógico que un hombre que tiene una pierna fracturada se levante de la cama demasiado pronto. He sido enfermera y lo sé. Lo más seguro es que eso afecte el largo de las piernas, y quede una más corta que la otra.

—¿Es eso todo lo que te preocupa?

Pasó un minuto antes de que se diera cuenta. Que una pierna quedara más corta que la otra era algo que no alcanzaría a molestarlo.

El día de los difuntos no entregan correspondencia a domicilio; pero el cartero diurno va al correo y la trae. Había un sobre grande para mí, marcado «particular». Lo abrí y encontré un folleto. Se titulaba *Los coloides en la minería del oro. Examen de los métodos utilizados para resolver el problema*. Dentro, estaba dedicado «Al señor Walter Huff, en agradecimiento por los favores recibidos. Beniamino Sachetti».

Su tren tenía que salir a las 9.45 de la noche. A eso de las cuatro de la tarde me dirigí a la calle San Pedro y hablé sobre seguros para el personal con el gerente de una compañía de vinos. No había perspectiva ninguna de cerrar el trato hasta agosto, cuando se reciben las uvas y se abre la fábrica; pero yo tenía mis razones. Aunque me explicó por qué no estaba todavía en condiciones de hacer trato, fingí insistir y volví al despacho. Le dije a Nettie que creía tener un verdadero candidato, y que preparara un formulario. Ese formulario daba automáticamente la fecha de la primera visita, y era lo que yo necesitaba. Firmé un par de cartas, y a eso de las cinco y media me retiré.

Llegué a casa a las seis, y el filipino tenía todo listo para servir la cena. Yo contaba con este detalle. Era el día tres de junio, y debí haberle pagado el día uno, pero fingí que me había olvidado ir al banco y demoré el pago. Aquel día, sin embargo, estuve en casa para comer a mediodía, y le pagué. Esto significaba que al llegar la noche le faltaría tiempo para salir a gastar el dinero. Le dije que estaba bien, que podía servir la cena; y ya había puesto la sopa en la mesa cuando yo aún no estaba lavado. Comí lo mejor que pude. Me dio chuleta, puré de patatas, arvejas y zanahorias, con macedonia de fruta como postre. Yo estaba tan nervioso que apenas si podía masticar; pero como quiera que sea, lo engullí todo. En cuanto acabé el café, el filipino tenía todo lavado, y se había puesto pantalones de color crema, medias y zapatos blancos, una chaqueta marrón y una camisa blanca de cuello abierto. No le faltaba nada para salir de paseo con su chica. Suele decirse que lo que usaba el lunes un actor de cine, se lo ponía el martes un criado filipino; pero si ustedes me preguntan, yo diría que es al revés, y que el hijo de Manila se adelantaba a Clark Gable.

Se fue a las siete menos cuarto. Cuando vino a preguntarme si necesitaba que hiciera algo más, yo estaba desvestiéndome, como para acostarme. Le dije que descansaría un poco y que trabajaría. Busqué papel y lápices, e hice un montón de notas, como si estuviera calculando el seguro del hombre con quien había hablado por la tarde. Son los datos que ordinariamente se guardan para el momento oportuno, en la carpeta del candidato. Me preocupé especialmente de que la fecha figurara un par de veces.

Luego me levanté y llamé al despacho. Contestó Joe Pete, el vigilante nocturno.

—Joe, habla Walter Huff. ¿Quiere hacerme un favor? Suba a mi oficina y en el primer cajón del escritorio encontrará mi libro de tarifas. Es un libro de hojas sueltas, con tapa de cuero blando, mi nombre impreso en letras doradas y la palabra «Tarifas» debajo. Me olvidé traerlo, y me hace falta. ¿Quiere mandármelo con un mensajero enseguida?

—Muy bien, señor Huff. En el acto.

Quince minutos después me llamó, diciendo que no podía encontrarlo.

—He revisado todo el escritorio, señor Huff, y la oficina, además; pero ese libro no aparece por ningún lado.

—Lo habrá guardado Nettie bajo llave.

—Puedo llamarla, si usted quiere, y preguntarle dónde lo puso.

—No, no me hace tanta falta.

—Lo siento mucho, señor Huff.

—Me arreglaré sin él.

Yo había puesto el libro de tarifas en un lugar donde nunca lo encontraría. Pero era una persona que me había llamado a mi casa, y sabía que yo estaba en ella, trabajando muy en serio. Habría otros.

No era necesario decirle nada que le hiciera recordar la fecha. Llevaba un registro en el cual anotaba todo lo que hacía, no sólo con la fecha, sino también con la hora. Miré mi reloj. Eran las 7.38.

A las ocho menos cuarto sonó de nuevo el teléfono. Era Phyllis.

—El azul.

—¿Azul? Está bien.

Era la forma de comunicarme qué traje usaría. Confiábamos que sería el azul; pero yo quería estar seguro, de modo que ella debía bajar a la farmacia para comprarle un nuevo cepillo de dientes, y llamarme desde ahí. No había peligro de que quedara constancia de la llamada, porque las que se hacen desde teléfonos públicos no se anotan. Apenas colgó, me vestí. También yo me puse un traje azul; pero antes me envolví el pie. Me coloqué un vendaje grueso, de gasa, y encima tela adhesiva. Parecía que la tela estaba enrollada en el tobillo, como un molde de yeso en una pierna rota; pero no era eso. Podía quitármelo en diez segundos, cuando llegara el momento. Me calcé. Apenas si pude atarme el zapato, pero así era como lo quería. Me cercioré de que llevaba encima el par de gafas con aro de carey, como los de Nirdlinger. Las tenía en el bolsillo. Comprobé que tampoco me faltaba el metro y medio de hilo liviano, de algodón, en un rollo pequeño. Tenía también un mango que yo había hecho, con una varilla de hierro, igual a los usados en las tiendas para llevar paquetes, pero más pesado. La chaqueta tenía arrugas; pero esto no importaba.

A las nueve menos veinte llamé a Nettie.

—¿Vio mi libro de tarifas antes de salir de ahí?

—No, no lo vi, señor Huff.

—Lo necesito y no sé qué he hecho con él.

—¿Quiere decir que lo ha perdido?

—No sé. He telefonado a Joe Pete, pero no lo encuentra; y no sé dónde lo habré puesto.

—Si quiere, voy a la oficina, a ver si yo...

—No, no es tan importante.

—Pues no lo vi, señor Huff.

Nettie vive en Burbank, y la llamada era de larga distancia. Los registros demostrarían que yo llamé desde mi casa a las 8.40. En cuanto me libré de ella, abrí la caja del timbre, y coloqué la mitad de una tarjeta de visita en el martillo, de modo que si alguien me llamaba y sonaba el teléfono, la tarjeta caería. Luego hice lo mismo con el timbre de la calle, en la cocina. Estaría fuera de casa una hora y media, y me convenía saber si había sonado el timbre de la calle o el teléfono. Si tal cosa ocurría, sería mientras yo estaba bañándome, con la puerta cerrada y el agua corriendo, de modo que me era imposible oír. Pero necesitaba saber.

Apenas estuvieron puestas las tarjetas, me metí en el coche y me encaminé a Hollywood. Queda a unos pocos minutos de casa. Estacioné el coche en la calle principal, en un lugar que está a unos cien metros. Me convenía un lugar donde el coche no llamara la atención. Pero no demasiado lejos. Me cansaba andar con el pie envuelto.

Al doblar la esquina hay un árbol grande. No se divisa edificio ninguno. Me agazapé detrás, a esperar. Esperé exactamente dos minutos; pero a mí me pareció una hora. Después vi la luz de unos faros y el coche que doblaba. Conducía ella, y a su lado estaba él, con las muletas bajo el brazo, junto a la portezuela. Cuando el automóvil llegó al árbol, se detuvo. Todo esto estaba previsto. Ahora venía lo difícil: hacerlo salir del automóvil durante un minuto, para que yo pudiera entrar. Si Nirdlinger hubiera estado bien de los dos pies, esto no habría ofrecido ninguna dificultad; pero hacer salir de un coche a un inválido, una vez acomodado en él, y especialmente cuando tiene a su lado a una persona que goza de perfecta salud, es como querer mover a un hipopótamo.

Abrió ella la portezuela, tal como yo la había instruido.

—No tengo mi monedero.

—¿No lo has cogido?

—Yo creí que sí. Mira en el asiento trasero.

—No, allí no hay nada más que mis cosas.

—No se me ocurre qué pude haber hecho con él.

—Bueno, vamos, que se hace tarde. Toma, aquí tienes un dólar. Será bastante hasta que vuelvas.

—Debí haberlo dejado en el sofá, en el cuarto de estar.

—Bueno, está bien, está bien, lo dejaste en el sofá del cuarto de estar. Ahora sigamos.

Llegaba a la parte en que había tenido que insistirle por lo menos cuarenta veces. Se le había metido en la cabeza *pedirle* a él que fuera a traérselo. Me costó trabajo convencerla de que si hacía eso, lo único que conseguiría era ponerlo a él en el trance de decirle que fuera *ella*, para no tener que andar él. Le demostré que su única esperanza estaba en encapricharse y en no arrancar, hasta que él se pusiera furioso y tan preocupado por la hora, que se hiciera el mártir y bajara. Ella insistió, tal como yo la había instruido.

—Pero necesito mi monedero.

—¿Para qué? ¿No basta con un dólar?

—Es que también tengo en él mi lápiz de labios.

—Escucha. ¿No puedes entender que debo tomar un tren? Esto no es un paseo en coche; no podemos salir cuando se nos antoja. Es un tren que sale a las nueve y cuarenta y cinco, y que cuando se va, se va. Vamos. Arranca.

—Bueno, si hablas de ese modo.

—¿De qué modo?

—He dicho únicamente que quería mi...

La boca del hombre dejó escapar una sarta de maldiciones, y por último oí el ruido de las muletas golpeando contra el costado del coche. Cuando el hombre doblaba la esquina, avanzando con paso inseguro hacia la casa, entré en el coche. Tenía que entrar por la puerta delantera y saltar al asiento trasero, para que él no oyese que la portezuela trasera se cerraba. El ruido de una portezuela al cerrarse llama siempre la atención. Me agazapé en lo oscuro. Tenía la maleta y la cartera de los documentos en el asiento.

—¿Lo he hecho bien, Walter?

—Hasta ahora sí. ¿Cómo te libraste de Lola?

—No tuve que hacer nada. La invitaron no sé adónde, y yo la acompañé al autobús a las siete.

—Está bien. Retrocede ahora, para que no tenga que andar tanto. Procura calmarlo.

—Perfectamente.

Retrocedió hasta la puerta, y el hombre volvió a entrar. Arrancó. Créanme si les digo que es violento espiar a un matrimonio, y oír de que hablan. Apenas ella lo aplacó un poco, el hombre se puso a despotricar contra Belle y su manera de servir la mesa. Ella la censuró por su costumbre de romper platos. Luego la conversación giró en torno a un hombre llamado Hobey y una mujer llamada Ethel, que parecía ser la esposa de Hobey. Dijo que estaba harto de Hobey, y que no le importaba que este lo supiera. Ella dijo que antes le gustaba Ethel, pero que sus modales altaneros ya la

tenían cansada. Calcularon si les debían a Hobey y Ethel una cena, o a la inversa; y decidieron que después de eso, interrumpirían la amistad. Resuelto este asunto, decidieron que él tomaría un taxi para ir a todas partes, allá en Palo Alto, aunque le costara un poco más de dinero. Porque si tenía que ir con muletas a todos lados, no sólo no se divertiría, sino que además podría forzar la pierna. Phyllis habló como si realmente el hombre fuera a llegar a Palo Alto, y ninguna otra cosa la preocupara. Las mujeres son animales raros.

Desde mi escondrijo, no veía por dónde íbamos. Hasta temía respirar, por miedo de que él me oyera. Ella debía conducir el automóvil evitando frenazos o atascos, y cualquier cosa que pudiera obligarlo a volver la cabeza para mirar hacia atrás. Nada de esto ocurrió. El hombre llevaba un cigarro en la boca, y se reclinó en el asiento, fumando. Después de un rato, ella hizo sonar dos veces la bocina con fuerza. Era la señal indicadora de que habíamos llegado a una calle oscura, elegida de antemano, a un kilómetro de la estación.

Me levanté, le puse la mano en la boca y le tiré de la cabeza hacia atrás. Me asió fuertemente con las dos suyas. Todavía tenía el cigarro entre los dedos. Lo agarré con la mano que tenía libre y se lo entregué a ella. Me apoderé de una de las muletas y se la coloqué debajo del mentón. No quiero explicarles lo que hice entonces; pero a los dos segundos estaba acurrucado en el asiento trasero, con el cuello roto y sin el menor rastro de violencia, salvo un pliegue exactamente encima de la nariz, hecho con el travesaño de la muleta.

6

Había pasado por completo el momento de audacia indispensable en todo crimen bien perpetrado. Durante los veinte minutos siguientes, nos vimos en las garras de la muerte, no por lo que sucedía en el momento, sino por la forma en que las cosas podían combinarse después. Quiso arrojar el cigarro, y yo lo detuve. El hombre había encendido el cigarro en la casa, y yo lo necesitaba. Ella me lo guardó, limpiando la punta lo mejor que pudo, mientras yo me dedicaba a trabajar con la cuerda. Se la puse en los hombros, precisamente debajo de la nuca, y se la pasé por las axilas, a través de la espalda. La até con fuerza y enganché el mango, de tal modo que entraran en él ambos extremos de la cuerda, apretándola. No hay nada más difícil que mover a un muerto; pero yo suponía que de este modo iba a ser posible hacerlo con rapidez.

—Ya estamos, Walter. ¿Aparco el coche o doy vueltas a la manzana?

—Aparca. Estamos listos.

Detuvo la marcha en una callejuela transversal, a cien metros de la estación. Fue difícil elegir el sitio para aparcar. Si íbamos al terreno contiguo a la estación, donde se detienen todos los coches, era casi seguro que abriría la portezuela un mozo, para coger los equipajes, y estaríamos perdidos. Pero el lugar elegido era perfecto. Si se presentaba la ocasión, teníamos que discutir en presencia de extraños, quejándome yo de lo mucho que me había hecho andar, para quedar a cubierto de cualquier cosa que luego podría parecer un poco rara.

Descendió, y tomó la maleta y la cartera. Era uno de esos hombres que ponen los objetos de tocador en un estuche para usarlos en el tren. Esto podía ser una ventaja para mí, más adelante. Subí las ventanillas, tomé las muletas, y bajé. Phyllis cerró el coche. El hombre quedó donde estaba, retorcido en el asiento, con la cuerda lista.

Ella se me adelantó con la maleta y la cartera, y yo la seguí detrás, andando con muletas y levantando un poco la pierna vendada. Daba la impresión de que era una mujer que procuraba aliviarle el esfuerzo a un lisiado. En realidad, era la forma de evitar que el mozo que se abalanzase a coger el equipaje pudiera verme de cerca. Apenas doblamos la esquina y tuvimos a la vista la estación, vino uno corriendo. Hizo exactamente lo que yo me había imaginado. Le cogió a ella los equipajes, y no esperó a que yo llegara.

—El de las nueve y cuarenta y cinco para San Francisco, sección 8, vagón C.

—Ocho, vagón C; sí, señora. La espero en el coche.

Entramos en la estación. Hice que se me acercara, para poder hablarle en voz baja, en caso necesario. Yo llevaba gafas y el sombrero calado, pero no mucho. Mantenía la mirada baja, como si observara dónde tenía las muletas. Seguí con el cigarro en la boca, para que contribuyera a ocultarme la cara, permitiéndome al mismo tiempo desfigurar un poco mis facciones, so pretexto de evitar que el humo

me entrara en los ojos.

El tren estaba en uno de los ramales accesorios, hacia el extremo más alejado de la estación. Rápidamente conté los vagones. ¡Demonios, era el tercero! Precisamente donde los dos revisores estaban de pie en la puerta, y no sólo ellos, sino además el camarero y el mozo, esperando recibir su propina. Si no hacíamos algo pronto, serían cuatro las personas que me habrían visto bien antes de entrar yo en el coche, y eso podría ser nuestra perdición. Ella se separó de mí. La vi dar la propina al mozo, que se marchó muy ceremonioso, sin pasar cerca de mí. Se encaminó directamente al extremo más distante de la estación, donde se encontraba la parada de coches. Después me vio el mozo y se me acercó; pero ella lo tomó del brazo diciendo:

—No le gusta que lo ayuden.

El mozo no la entendió. El guarda del autocar, en cambio, sí.

—¡Eh!

El mozo se detuvo y comprendió lo que le decían. Todos se dieron vuelta y se pusieron a hablar. Subí los escalones, hasta llegar al último. Era otra señal. Phyllis estaba aún en el andén, con los guardas.

—¡Querido!

Me detuve y di media vuelta.

—Ven hacia atrás, a la plataforma. Nos despediremos allí, y no tendré que preocuparme de bajar del tren. Todavía nos quedan unos minutos para hablar.

—Muy bien.

Retrocedí por el interior del coche, y ella hizo lo propio, por el andén.

Los tres vagones estaban llenos de gente que se preparaba para acostarse, con la mayoría de las camas hechas. El corredor estaba lleno de equipajes. Los mozos no estaban allí, sino en sus compartimientos, afuera. Mantuve baja la mirada, apretado el cigarro entre los dientes y retorcida la cara. Nadie me vio en realidad, y sin embargo me vieron todos; porque apenas advertían las muletas, empezaban a quitar los equipajes del camino y a hacerme paso. Yo asentía y agradecía en voz muy baja.

Me bastó ver la cara de Phyllis, para notar que algo andaba mal. Una vez en la plataforma, comprendí. Había un hombre, acurrucado en un rincón oscuro, y fumando. Yo me senté en el rincón opuesto. Ella me alargó la mano, y se la tomé. No me quitó la vista de encima, esperando una indicación. Mis labios decían simplemente:

—El aparcamiento... el aparcamiento... el aparcamiento —pasaron dos o tres

segundos antes de que me entendiera.

—Querido.

—¿Qué?

—¿No estás ya enojado conmigo por haber dejado el coche donde lo dejé?

—No importa.

—Creí que me dirigía al aparcamiento de la estación. Pero en estos lugares me confundo siempre. No pensaba que te haría andar tanto.

—Ya te he dicho que no importa.

—Estoy muy afligida.

—Bésame.

Miré el reloj y se lo enseñé. Faltaban siete minutos para la partida del tren. Necesitaba seis minutos de tiempo para lo que tenía que hacer.

—Escúchame, Phyllis; no hace falta que sigas esperando aquí. ¿Por qué no te vas?

—Bueno. ¿No te molesta?

—En absoluto. No ganamos nada con demorar las cosas.

—Entonces, adiós.

—Adiós.

—Que lo pases bien. Tres vivas por Leland Stanford.

—Haré todo lo que pueda.

—Bésame otra vez.

—Adiós.

Para lo que yo necesitaba hacer, tenía que librarme de aquel individuo lo más pronto posible. No había contado con que hubiera alguien allí. Generalmente, no hay nadie cuando sale el tren. Me quedé sentado, tratando de idear algo. Pensé que se marcharía cuando terminara el cigarrillo, pero no fue así. Lo tiró, y se puso a hablar.

—Son raras las mujeres.

—Raras y algo más.

—No tuve más remedio que escuchar la pequeña conversación que usted acaba de sostener con su esposa. Me refiero a eso que dijeron sobre el sitio en que aparcó el coche. Esto me recuerda lo que me pasó con mi esposa, volviendo de San Diego.

Me contó lo que le había pasado con su esposa. Lo miré, sin poder verle la cara; y presumí que a él le ocurría lo mismo conmigo. Dejó de hablar. Yo necesitaba decir algo.

—Sí, no hay duda de que las mujeres son raras. Especialmente cuando se las pone detrás del volante de un coche.

—Son todas iguales.

El tren empezó su marcha. Avanzó penosamente por los alrededores de Los

Ángeles, y el hombre siguió hablando. Luego se me ocurrió una idea. Recordé que tenía que aparentar que estaba lisiado y me puse a revisarme los bolsillos.

—¿Ha perdido algo?

—El billete. No puedo encontrarlo.

—¡Oh! ¿Y qué he hecho yo del mío? ¡Ah, sí!, aquí está.

—¿Sabe usted lo que debe haber hecho mi mujer? Tiene que haberlo puesto en mi portafolios, donde le encargué que no lo dejase. Debió colocármelo aquí, en el bolsillo de este traje, y ahora...

—¡Oh!, ya aparecerá.

—¿No es el colmo? Ahora tendré que cojear por todos los vagones, sólo porque...

—No sea tonto. Quédese donde está.

—No, yo no puedo permitir que usted...

—Será un placer, amigo. Quédese donde está y yo lo traeré. ¿Dónde tiene su cama?

—¿Será tan amable? Sección 8, vagón C.

—Volveré enseguida.

El tren ya corría más. Mi señal era el letrero de una granja, más o menos a unos cuatrocientos metros de la vía. Cuando lo tuve a la vista, encendí el cigarro. Me puse las muletas debajo de un brazo, pasé las piernas por encima de la baranda y esperé. Una de las muletas golpeó en los durmientes y me sacudió, a riesgo de hacerme caer. Me sostuve. Cuando llegamos enfrente del letrero, me solté.

No hay nada tan oscuro como las vías del ferrocarril en mitad de la noche. El tren siguió avanzando y yo me quedé acurrucado allí esperando que pasara la sensación del golpe. Me había dejado caer por el lado izquierdo del tren, en el sendero que corre entre ambas vías, de modo que no hubiera posibilidad de que me vieran desde el camino pavimentado que corría a unos cincuenta metros de distancia. Había también un camino de tierra, que conducía a dos pequeñas fábricas, más al fondo. Alrededor había terrenos baldíos, y no había luces. Phyllis debería haber llegado ya. Tenía siete minutos de ventaja, y el tren tardaba seis hasta aquel punto; se podía llegar con coche en once minutos al camino de tierra. Yo lo había comprobado muchas veces. Permanecí inmóvil, y miré fijamente, tratando de divisar el coche, pero sin poder verlo.

Ignoro cuánto tiempo estuve agazapado allí. Se me ocurrió que Phyllis podía haber chocado con otro coche, que la hubiera detenido un agente de tráfico, o algo así. Sudé frío. Después oí algo, una respiración afanosa seguida de pasos, que avanzaban veloces, un segundo o dos, y se detenían. Era como estar en una pesadilla, con el presentimiento de que ocurriría algo extraño y desconocido, pero horrible. Luego vi. Era ella. Aquel hombre debía pesar noventa kilos; pero lo llevaba cargado a la espalda, asido de las manos, y avanzaba con él sobre las vías, con dificultad. Su cabeza pendía junto a la de ella. Formaban algo así como un cuadro de horror.

Me acerqué, y lo agarré de las piernas, para ayudarla a transportar el peso. Dimos algunos pasos. Ella se puso a descargarlo.

—En esa vía, no. En la otra.

Lo pusimos sobre la vía por la cual acababa de alejarse el tren, y lo dejamos. Corté la cuerda y me la guardé en el bolsillo. Puse el cigarro en el suelo, a medio metro de él, más o menos. Le tiré una muleta encima y la otra al lado de la vía.

—¿Dónde está el coche?

—Allí, ¿no lo ves?

Miré, y allí estaba, donde debía estar, en el camino de tierra.

—Hemos concluido. Vámonos.

Corrimos hasta el coche, entramos en él, y ella puso el motor en marcha, accionando la palanca de velocidades.

—¡Dios mío! Su sombrero.

Cogí el sombrero, y lo tiré por la ventanilla, en las vías. Está bien, el sombrero puede haber volado. ¡En marcha!

Arrancó. Dejamos atrás las fábricas. Llegamos a una calle.

En Sunset, cruzó estando el semáforo cerrado.

—¿No puedes tener más cuidado, Phyllis? Si nos detienen ahora y me encuentran

en el coche, estamos perdidos.

—¿Cómo voy a conducir con esta pesadilla?

Se refería a la radio del coche. Necesitaba que estuviera encendida. Tal vez tuviera que decir, para explicar el tiempo que había estado fuera de casa, que me cansé de trabajar y me puse a escuchar la radio. Yo tenía que saber lo que se transmitía aquella noche. Necesitaba saber más de lo que podía averiguar leyendo los programas en los diarios.

—Es indispensable que esté en marcha; ya sabes que...

—¡Déjame tranquila, déjame conducir!

Llegamos a uno de los barrios de la ciudad, e íbamos a más de cien kilómetros. Apreté los dientes y me quedé inmóvil. Cuando llegamos a un terreno baldío, tiré la cuerda. Un kilómetro después, tiré el mango. Al pasar junto a una alcantarilla, tiré las gafas. Luego, por casualidad, miré hacia abajo, y le vi los zapatos. Las piedrecitas de la vía los habían rayado.

—¿Qué necesidad tenías de llevarlo? ¿Por qué no dejaste que yo...?

—¿Dónde estabas tú? ¿*Dónde estabas?*

—Allí, esperando.

—¿Y yo lo sabía? ¿Querías que me quedara sentada en el coche, con eso dentro?

—Hice lo indecible por ver dónde estabas. No podía ver...

—¡Déjame tranquila, *déjame conducir!*

—Tus zapatos...

Pero me abstuve de hablar. A los dos o tres segundos empezó ella de nuevo. Deliraba como loca. Deliraba y seguía delirando, hablando de él, y de mí, y de cuanto le pasaba por la cabeza. De cuando en cuando, yo la paraba en seco. Y así seguimos, después de lo que habíamos hecho, acosándonos como fieras, y sin poder contenernos. Era como si nos hubieran inyectado algún alcaloide.

—¡Phyllis, basta! Tenemos que hablar. Tal vez sea nuestra última oportunidad.

—Habla. ¿Quién te lo impide?

—En primer lugar, tú no sabes nada sobre esta póliza. Tú...

—¿Cuántas veces me lo dirás?

—Sólo quiero explicarte.

—Ya me lo has explicado tanto que me da fiebre.

—En segundo lugar, la investigación en el juzgado. Tú traes...

—Traigo un sacerdote, ya lo sé; un sacerdote para que se haga cargo del cadáver; pero eso ya me lo sé de memoria. ¿*Vas a dejarme conducir, o no?*

—Está bien. Sigue.

—¿Está Belle en casa?

—¡Yo qué sé! ¡No!

—¿Ha salido Lola?

—¿No te lo he dicho ya?

—Entonces tendrás que bajar en la tienda de la esquina, para comprar un poco de helado o cosa parecida, a fin de tener testigos que comprueben que volviste directamente de la estación. Tendrás que decir algo que determine la hora y el día. Tú...

—¡Baja! ¡Baja! ¡Vas a volverme loca!

—No puedo bajar. Tengo que pasar a mi coche. ¿No te das cuenta lo que puede significar que pierda tiempo andando? Habrá algo que no podré explicar satisfactoriamente. Yo...

—He dicho que bajas.

—¡Sigue, o te pego!

Cuando llegamos a mi coche, se detuvo y yo salté. No nos besamos. Ni siquiera nos dijimos adiós. Salí de su coche, me metí en el mío, lo puse en marcha y llegué a casa.

Una vez en casa, miré el reloj. Eran las 10.25. Abrí la caja del timbre del teléfono. La tarjeta estaba en el mismo lugar. Cerré la caja, y me guardé la tarjeta en el bolsillo. Fui a la cocina y miré el timbre de la calle. La tarjeta estaba en su lugar, y me la guardé también. Subí, me quité las ropas, y me puse pijama y zapatillas. Corté las vendas del pie. Bajé, tiré las vendas y las tarjetas en la estufa junto con un diario, y les prendí fuego. Las miré arder. Después fui al teléfono y empecé a marcar un número. Todavía tenía que hacer que alguien me llamara, para completar mi coartada. Tuve la sensación de que algo me daba tirones por dentro, y se me escapó un sollozo. Solté el teléfono. Los nervios me vencían. Comprendí que necesitaba dominarlos de algún modo. Tragué saliva un par de veces. Quería estar seguro de que mi voz tuviera el timbre natural. Se me ocurrió la estúpida idea de que si pudiera cantar algo, quizá con eso me serenaría. Entoné *Isla de Capri*. Canté un par de notas, y la tercera salió como una especie de gemido.

Fui al comedor y tomé una copa. Luego otra. Empecé a decirme cosas por lo bajo, tratando de ver si podía hablar. Pero al susurrar en voz baja, necesitaba decir algo. Me acordé del padrenuestro. Lo recé entre murmullos, un par de veces. Traté de rezarlo otra vez más, pero no pude recordar cómo seguía.

Cuando creí que estaba en condiciones de hablar, me acerqué al teléfono de nuevo. Eran las 10.48. Llamé a Ike Schwartz, otro vendedor de la compañía.

—¿Quieres hacerme un favor, Ike? Estoy calculando una propuesta para una compañía de vinos. Quiero tener la lista mañana por la mañana, y me vuelvo loco. Salí sin mi libro de tarifas. Joe Pete no lo encuentra, y he pensado que tú podrías

buscarme en el tuyo el dato que necesito. ¿Lo tienes en tu poder?

—Claro que sí. ¿Qué te hace falta?

Le di los datos. Prometió volver a llamarme a los quince minutos.

Me paseé nervioso, clavándome las uñas en los puños, y tratando de serenarme. Volví a sentir que algo me tironeaba en la garganta. En voz baja, repetí varias veces lo que tenía que decirle a Ike. Llamó el teléfono. Contesté. Me dijo que había hecho los cálculos y empezó a dármelos. Lo había calculado en tres formas distintas, para que no me faltara nada. Tardó veinte minutos. Anoté todo lo que me transmitió. Sentía cómo el sudor me corría por la frente y resbalaba por la nariz. Un rato más, y terminó.

—Está bien, Ike, eso es precisamente lo que deseaba saber. Es justamente lo que necesitaba. Un millón de gracias.

Apenas hubo colgado, todo se desplomó. Me metí en el cuarto de baño. Nunca me había sentido tan mal en mi vida. Después, me metí en cama. Transcurrió largo rato antes de que pudiera apagar la luz. Luego me quedé mirando la oscuridad. De vez en cuando, tenía un escalofrío, y me ponía a temblar. Al rato pasó, y seguí inmóvil, como atontado. Luego me puse a pensar. No quería, pero era irresistible. Comprendí lo que había hecho. Había matado a un hombre. Había matado a un hombre, por una mujer. Me había puesto en manos de esa mujer; de modo que había una persona en el mundo que, con una sola palabra, podía matarme. Había hecho eso por ella y no quería verla en la vida.

Basta únicamente una sombra de miedo para transformar en odio el amor.

Ingerí zumo de naranja y café, y luego subí con el diario. Tuve miedo de abrirlo en presencia del filipino. Por supuesto, la noticia estaba allí, en primera plana:

EL JEFE DE UNA COMPAÑÍA DE PETRÓLEO,
AL DIRIGIRSE A UNA REUNIÓN DE EXALUMNOS,
CAE DEL TREN Y SE MATA

H. S. NIRDLINGER, UNO DE LOS PIONEROS DEL PETRÓLEO, PERECE AL CAER DEL TREN
EXPRESO, MIENTRAS SE ENCAMINABA A LA UNIVERSIDAD LELAND STANFORD

Con heridas en la cabeza y el cuello, ha sido encontrado en las vías del ferrocarril, más o menos a dos millas al norte de esta ciudad, poco antes de medianoche, el cadáver de H. S. Nirdlinger, representante en Los Ángeles de la Western Pipe & Supply Company, y durante muchos años identificado con nuestra industria local del petróleo, en cargos de alta responsabilidad. El señor Nirdlinger había salido en dirección al norte en uno de los primeros trenes de la noche, para concurrir a una reunión de exalumnos en la Universidad Leland Stanford, y se supone que cayó del tren. La policía informa que se había fracturado una pierna varias semanas antes, creyendo que su falta de habilidad con las muletas pudo haber sido la causa de que perdiera el equilibrio en la plataforma, donde fue visto con vida por última vez.

El señor Nirdlinger tenía 44 años de edad. Nacido en Fresno, estudió en Leland Stanford, y al graduarse entró en el negocio del petróleo, convirtiéndose en uno de los pioneros de la industria en Long Beach. Años después desarrolló gran actividad en Signal Hill. Durante los tres últimos años tuvo a su cargo la oficina local de la Western Pipe & Supply Company.

Deja a su viuda, Phyllis Belden, de Mannerhein, y a una hija, la señorita Lola Nirdlinger. La señora Nirdlinger, antes de su casamiento, fue enfermera principal del Verdugo Health Institute.

A las nueve menos veinte, me llamó Nettie. Dijo que el señor Norton quería verme en cuanto pudiera bajar. Eso significaba que ya se había dado cuenta, y que no necesitaba representar la comedia de aparecer con el diario y decirles que aquel era el hombre a quien había vendido una póliza contra accidentes el invierno anterior. Le contesté que sabía de qué se trataba, y que enseguida iría.

Sea como sea, pasé el día. Me parece que ya les he hablado de Norton y de Keyes. Norton es el presidente de la compañía. Es un hombre bajo, grueso, de unos treinta y cinco años, que pasó a ocupar el puesto cuando murió el padre. Le da tanto trabajo imitar al padre que no le queda tiempo para nada más. Keyes es el jefe de la

sección de reclamaciones, donde se liquidan los pagos y se atienden las demandas, una especie de reliquia del viejo régimen, y, según él, el joven Norton no hace nada bien hecho. Es corpulento, grueso y regañón; y encima de todo esto, un teórico que da dolor de cabeza a cuantos lo rodean; pero es el hombre más eficaz que hay en la zona, y precisamente el que yo más temo.

Primero tuve que entendérmelas con Norton, y le dije lo que sabía, o, por lo menos, lo que era lógico que yo supiese. Le conté la forma en que propuse a Nirdlinger la póliza, frente a la oposición de su mujer y de su hija; agregando que abandoné el intento aquella noche, pero lo perseguí dos días después en su oficina, para insistir. Esto concordaba con lo que la secretaria había visto. Expliqué que logré hacer la venta, pero sólo después de prometer que a la mujer y a la hija no les diría una palabra. Dije que acepté su solicitud, y luego, cuando vino la póliza, la entregué y obtuve su cheque. Después bajamos a la oficina de Keyes y fue necesario repetirlo todo una vez más. Esto nos ocupó la mañana. Mientras hablábamos, llegaban telegramas y llamadas telefónicas de San Francisco —donde los hombres de Keyes entrevistaban a los pasajeros del tren— así como de la policía, de la secretaria, y de Lola. De esta, cuando por fin lograron comunicarse con ella, para averiguar lo que sabía. Trataron de hablar con Phyllis, pero yo le había dado instrucciones estrictas de no contestar, y no lo consiguieron. Hablaron con el juez, conviniendo en hacer la autopsia. Generalmente hay un entendimiento entre los jueces y las compañías de seguros, en virtud del cual pueden conseguir la autopsia cuando quieren. Podían exigirla amparándose en una cláusula de su póliza; pero esto llevaba aparejada la necesidad de presentarse a los tribunales para pedir una orden, y nunca es conveniente dejar traslucir que el difunto está asegurado. La consiguen en silencio; en este caso era indispensable conseguirla, porque si Nirdlinger, antes de caerse del tren, hubiera muerto de apoplejía, o de un ataque al corazón, no habría accidente, y en los casos de muerte natural no tenían nada que pagar. Al mediar la tarde recibieron el informe médico. El fallecimiento se había producido por fractura de la base del cráneo. Cuando recibieron esta noticia, hicieron que la audiencia se postergara dos días.

A eso de las cuatro de la tarde, eran tantas las notas y los telegramas amontonados en el escritorio de Keyes, que tuvo que poner un pisapapeles para evitar perderlas; y el hombre se enjugaba la frente y estaba tan quisquilloso que nadie podía hablar con él. Norton, en cambio, parecía más animado, cada minuto. Atendió una llamada de San Francisco, de un tal Jackson, y comprendí que era el mismo hombre de quien había tenido que librarme en la plataforma, antes de tirarme del tren. Cuando colgó, Norton puso una nueva nota en la pila de sus papeles y se volvió hacia Keyes, diciendo:

—Un caso evidente de suicidio.

Inútil decir que si era suicidio, la compañía no tenía nada que pagar. La póliza sólo cubría accidentes.

—¿Sí?

—Sí, y ya verá cuando haga todas las comprobaciones. En primer lugar, fue él quien tomó la póliza. La sacó en secreto. No le dijo nada a su esposa, a su hija, a su secretaria, ni a nadie. Si Huff hubiera prestado atención, habría sabido que...

—¿Qué habría sabido yo?

—No hace falta que se enoje, Huff. Pero debe admitir que el caso se presentaba extraño.

—A mí no me pareció extraño en absoluto. Sucede todos los días. Si ellas hubieran tratado de asegurarlo, sin que él lo supiese, entonces sí que sería extraño.

—Está bien. Dejemos tranquilo a Huff.

—Todo lo que yo digo, Keyes, es que...

—La hoja de servicios de Huff demuestra que si hubiera habido algo raro, lo habría notado y nos lo habría dicho. Le aconsejo que conozca mejor a sus propios agentes.

—Muy bien, basta. El hombre ha sacado la póliza en el más absoluto secreto. ¿Por qué? Porque sabía que si su familia se enteraba de lo hecho, hubiera adivinado lo que se proponía. Podemos estar seguros de que sabían lo que pensaba, y si revisamos sus libros y sus antecedentes, encontraremos dónde estaba el mal. Pero no importa, sigamos. Se fracturó una pierna, y no reclamó indemnización. ¿Por qué? Parece extraño que un hombre que tiene una póliza de seguros contra accidentes no notifique a la compañía cuando se quiebra una pierna. *Pero es que sabía lo que iba a hacer y tenía miedo de que si exigía un pago, la familia se enterara de la existencia de la póliza, y frustrara su plan.*

—¿Cómo?

—Si hubieran recurrido a nosotros, habríamos cancelado la póliza. ¿No es así? Puede estar seguro de que lo habríamos hecho. Le habríamos devuelto la parte correspondiente de la póliza en menos que canta un gallo; y él lo sabía. No, no iba a permitir que uno de nuestros médicos le viera la pierna y nos pasara un informe que lo echara todo a perder. Eso era lo principal.

—Continúe.

—Muy bien. El hombre encuentra un pretexto para viajar en tren. Lleva a su esposa a la estación, sube al tren, y se libra de ella. La mujer se va. El hombre tiene el camino libre. Pero se encuentra con un obstáculo. Hay un individuo allí, en la plataforma; y para su propósito molestan los testigos. ¿Y cómo se las ingenia entonces? Se lo quita de encima, con la historia de que no tiene el billete porque lo ha dejado en la cartera, y tan pronto como el otro desaparece, se arroja del tren. Es el mismo hombre con quien acabo de hablar; un señor llamado Jackson, que fue por

negocios a San Francisco y volverá mañana. Dice que no tiene la más mínima duda, y que en el mismo instante en que se ofreció para traerle a Nirdlinger la cartera, estaba seguro de que este quería librarse de él, pero la conciencia no le permitió decirle que no a un lisiado. A mi entender, la confirmación es concluyente. Es un caso evidente de suicidio. No hay otra posibilidad.

—¿Y qué?

—Nuestro próximo paso es la audiencia. No podemos comparecer en ella, por supuesto, porque apenas un jurado huele que la víctima está asegurada, nos fusila. Podemos mandar uno o dos investigadores, tal vez, para presenciar el acto; pero nada más. Jackson dice que estará encantado de concurrir y manifestar lo que sabe; y hay una posibilidad, muy remota, pero posibilidad al fin, de que el jurado formule un veredicto de suicidio. Si esto ocurre, estamos salvados. Si no, tendremos que decidir qué haremos. Sin embargo, vamos por partes. La audiencia primero; y entretanto, nadie puede adivinar lo que es capaz de descubrir la policía. ¿Quién nos dice que no ganemos al primer intento?

Keyes volvió a enjugarse la frente. Era tan grueso, que el calor lo hacía sufrir. Encendió un cigarrillo. Incluyó la cabeza y apartó la mirada de Norton, como si se tratara de un escolar a quien no quería enterar de su disgusto. Luego habló:

—No fue suicidio.

—¿Qué está usted diciendo? El caso no admite dudas.

—No fue suicidio.

Abrió su biblioteca, y se puso a tirar gruesos volúmenes en la mesa.

—Señor Norton, ahí tiene lo que los actuarios dicen sobre el suicidio. Estúdielo, que algo le enseñarán sobre el negocio de seguros.

—Yo me he criado en este negocio, Keyes.

—Usted se ha criado en escuelas particulares, en Groton, y en Harvard. Mientras usted practicaba ahí el manejo de los remos de proa, yo estudiaba estas tablas. Écheles un vistazo. Encontrará el suicidio clasificado por razas, por color, por ocupación, por sexo, por lugar, por estaciones del año, y por las horas del día en que se comete. Aquí tiene los suicidios según el método empleado. Estos son los métodos clasificados según venenos, armas de fuego, gas, asfixia por inmersión y lanzamientos desde alturas. Esta tabla clasifica los venenos conforme al sexo, la raza, la edad y la hora del día. En esta otra, el suicidio por envenenamiento está subdividido en cianuro, mercurio y otros treinta y ocho venenos, dieciséis de los cuales ya no pueden obtenerse en las farmacias ni con receta. Y aquí, aquí, señor Norton, tiene los suicidios desde alturas, clasificados por lugares, bajo ruedas de trenes en movimiento, bajo ruedas de camiones, bajo patas de caballos y desde buques de vapor. *Pero no encontrará uno solo, en todos estos millones de casos, en que el suicidio se produzca desde el extremo trasero de un tren en marcha.* Eso es

precisamente lo que nadie hace.

—Pero podrían hacerlo.

—¿Podrían? Ese tren, en el lugar en que fue encontrado el cadáver, se desplaza con una velocidad máxima de veintitrés kilómetros por hora. ¿Cabe la posibilidad de que alguien salte desde ese lugar con alguna esperanza verdadera de matarse?

—Puede tirarse hacia abajo, desprendiéndose. Este hombre tenía roto el cuello.

—No juegue conmigo. La víctima no era acróbata.

—¿Qué es, entonces, lo que usted pretende decirme? ¿Que en este caso no hubo intención dolosa?

—Escuche, señor Norton. Cuando un hombre contrata una póliza de seguro, cuyo valor es de cincuenta mil dólares si muere en un accidente ferroviario, y tres meses después muere en esa clase de accidente, la intención dolosa existe. No puede ser de otro modo. Sería lógico si el tren hubiera sufrido un percance; pero aun en este caso existiría una coincidencia muy sospechosa. Demasiado sospechosa. No, esta muerte no ha sido accidental; pero tampoco es suicidio.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bien sabe usted lo que quiero decir.

—¿Asesinato?

—Esa es mi tesis.

—Un momento, Keyes, un momento. Déjeme entender. ¿En qué basa usted su presunción?

—En nada.

—Debe tener algo en que basarse.

—Ya he dicho que no. El que cometió este crimen hizo un trabajo perfecto. No ha dejado base para deducciones. Pero, de todos modos, es crimen.

—¿Sospecha de alguien?

—La beneficiaría de una póliza de esta clase, tal como yo entiendo las cosas, queda automáticamente bajo sospecha.

—¿Se refiere a la esposa?

—Me refiero a la esposa.

—Ni siquiera estuvo en el tren.

—Habría otra persona.

—¿Tiene idea de quién pudo ser?

—En absoluto.

—¿Son esos todos los indicios en que se apoya?

—Ya le he dicho que no tengo nada en que basarme. Nada más que estas tablas, mi propia corazonada, el instinto y la experiencia. Es un accidente simulado con mucha destreza; pero no es accidente, ni tampoco suicidio.

—¿Qué debemos hacer, entonces?

—No lo sé. Deme un minuto para pensar.

Para pensar, se tomó media hora. Norton y yo estuvimos ahí, sentados, fumando. Después de un rato, Keyes se puso a dar golpes en su escritorio con la palma de la mano. Era fácil advertir que tenía una idea definida.

—¡Señor Norton!

—Sí, Keyes.

—No tiene usted más que un camino a seguir. Va en contra de la práctica establecida, y en otras circunstancias me opondría yo mismo a seguirlo. Pero en este caso, no. Hay un par de detalles en este asunto que me fuerzan a pensar que la práctica ha sido tomada en cuenta, utilizándola a su favor. Lo acostumbrado en un caso de estos es esperar y hacer que ellos vengan. ¿No es verdad? Yo estoy en contra. Lo que aconsejo es que nos pongamos a ello enseguida, esta noche si es posible, y si no esta noche, que no dejemos entonces pasar el día de la audiencia, presentando una acusación contra esa mujer. Mi consejo es que elevemos un escrito contra ella manifestando sospechas de asesinato, y aplastándola con toda la violencia y rapidez que podamos. Quisiera también que solicitáramos su detención y encarcelamiento, sin rebajar nada las cuarenta y ocho horas de incomunicación que permite la ley en casos de esta índole. Tendríamos que acosarla despiadadamente con todo cuanto la policía haya descubierto. En especial, aconsejo que la separemos de su cómplice, sea quien sea este o esa cómplice, para tener totalmente a nuestro favor el factor sorpresa, e impedir que se pongan de acuerdo sobre futuros planes... Hágalo y recuerde lo que le digo; yo le aseguro que vamos a descubrir cosas que lo dejarán perplejo.

—Pero... ¿basado en qué?

—Basado en nada.

—No, Keyes, no podemos hacer una cosa semejante. ¿Y si no probamos nada? ¿Y si la acosamos, sin llegar a ninguna parte? ¿Y si la muerte no ha sido dolosa? Piense un instante dónde nos colocamos. Esa mujer puede luego despedarnos en un juicio civil, y cualquier jurado le concederá hasta el último dólar pedido. Todavía no estoy seguro de que no pueda acusarnos por calumnias. Pero contemple también el otro aspecto de la cuestión. Tenemos un presupuesto para propaganda de cien mil dólares por año. Nos autodenominamos los amigos de la viuda y del huérfano. Gastamos todo eso para crear sentimientos amistosos. Y luego ¿qué? Nos exponemos a que se diga que hemos sido capaces de llegar al extremo de acusar de asesinato a una mujer, en vez de satisfacer una reclamación justa.

—No es una reclamación justa.

—Lo será, mientras no demostremos lo contrario.

—Muy bien. Es verdad lo que dice. Ya le he manifestado que mi sugerencia va en contra de la costumbre. Pero permítame agregar, señor Norton, y quiero hacerlo ahora mismo, que el que ha ideado todo esto no es un tonto. Él, o ella, o ellos, sabían lo que

hacían. No los atraparemos quedándonos sentados aquí, a la espera de huellas. Han pensado en las huellas, y no han dejado ninguna. La única forma en que podemos sorprenderlos es obrando contra ellos. Trátese de una batalla, de un asesinato, o de lo que sea, la sorpresa es un arma eficaz. No aseguro que será eficaz, pero insisto en que puede serlo y que ninguna otra cosa lo será tanto.

—Pero, Keyes, nosotros no podemos hacer eso.

—¿Por qué no?

—Sencillamente, Keyes, porque es un tema que ya hemos discutido un millón de veces, como todas las otras compañías de seguros. Existe una práctica de la cual no podemos apartarnos. Estos asuntos son incumbencia de la policía. Podemos ayudar a la policía, si tenemos manera de ayudarla. Si descubrimos algo, podemos comunicarlo. Si abrigamos sospechas, podemos también comunicarlas. Podemos tomar cualquier medida legal, legítima; pero en cuanto a esto...

Se detuvo. Keyes esperó, y Norton no terminó la frase.

—¿Qué hay de ilegal en esto, señor Norton?

—Nada. Es legal, pero estaría mal hecho. Nos dejara al descubierto dejándonos sin defensa alguna en el caso de que fallemos. Nunca he oído hablar de cosa semejante. Lo que trato de decir es que, como táctica, es equivocada.

—Pero como estrategia está bien.

—Tenemos nuestra estrategia. Tenemos nuestra antigua estrategia, que usted no puede mejorar. Está bien, puede ser suicidio. Podemos exponer, a su debido tiempo, nuestra creencia de que es suicidio, y nada nos ocurrirá. Será ella quien tendrá que presentar pruebas. Eso es lo que he tratado de decir. Créame, en un caso tan vidrioso como este, no quiero correr el riesgo de que el peso de las pruebas recaiga sobre nosotros.

—¿No piensa tomar medidas contra ella?

—Todavía no, Keyes, todavía no. Después, quizá, no lo sé, pero mientras podamos seguir el camino seguro y tradicional, no deseo aventurarme por ningún otro.

—Su padre...

—Hubiera hecho lo mismo. En él estoy pensando.

—No lo hubiera hecho. El viejo Norton se habría arriesgado.

—Bueno, yo no soy mi padre.

—Cargue usted con la responsabilidad.

No fui a la audiencia, como tampoco fueron Norton ni Keyes. Ninguna compañía de seguros permite que la condición de asegurado de la víctima sea conocida por el jurado, ya se trate de un jurado de jueces como de otra clase. Si el detalle trasciende, no podemos esperar compasión. Se mandaron dos investigadores, que en nada se

diferenciaban de cualquier otra persona, y estuvieron en el grupo de los periodistas. Por ellos supimos lo ocurrido. Todos identificaron el cadáver y formularon su declaración: Phyllis, los dos revisores, el mozo, un par de pasajeros, la policía, y en especial ese tal Jackson, que trajo a colación el hecho de que yo había querido librarme de él. El jurado dijo en su veredicto «que el tal Herbert S. Nirdlinger encontró la muerte de resultas de una fractura en la nuca, ocasionada por la caída desde un tren, más o menos a las diez de la noche, el día 3 de junio, en una forma que este juzgado desconoce». Para Norton fue una sorpresa. Confiaba en el veredicto de suicidio. Yo no me sorprendí. La persona de más importancia que había en la audiencia no pronunció una sola palabra; y hacía tiempo que yo había inculcado a Phyllis que esa persona tenía que estar ahí, pues desde un principio pensé en aquello del suicidio, y debíamos estar preparados. Me refiero al sacerdote que ella llevó consigo, para hablar con el empresario de pompas fúnebres, y convenir los detalles del entierro. En cuanto un jurado sabe que está en juego el entierro en un camposanto, ya sea que el muerto se haya envenenado, degollado o arrojado al agua desde el extremo de un dique, dirá invariablemente el veredicto: «en una forma que este juzgado desconoce».

Después de que los investigadores expusieron sus relatos, volvimos a reunirnos Norton, Keyes y yo, esta vez en la oficina de Norton. Serían las cinco de la tarde. Keyes estaba indignado. Norton se sentía defraudado; pero todavía procuraba aparentar que había hecho lo que tenía que hacer.

—Bien, Keyes, no estamos peor.

—Ni estamos mejor.

—De todos modos, no hemos cometido ninguna tontería.

—¿Y qué hay con eso?

—¿Con eso? Sigo la costumbre. Espero que la mujer se dirija contra nosotros. Desconozco la responsabilidad, alegando que no se ha demostrado el accidente, y hago que ella entable el pleito. Cuando se inicie el juicio, veremos qué pasa.

—Está perdido.

—Sé que estoy perdido; pero eso es lo que pienso hacer.

—¿Por qué dice que sabe que está perdido?

—Porque he hablado al respecto con la policía. Les dije que sospechábamos que era un crimen. Me manifestaron que ellos también lo pensaron al principio, pero que han abandonado la idea. Han estudiado el asunto. Además, tienen sus libros, Keyes. Conocen la forma en que la gente comete crímenes, y los casos en que estos no ocurren. Dicen que no han tenido noticias de que jamás se haya cometido un asesinato, o que se haya intentado siquiera, tirando a la víctima desde el extremo trasero de un tren que avanza a poca velocidad. A este respecto manifiestan lo mismo

que usted. Suponiendo que haya habido tal cosa, ¿cómo podía el asesino estar seguro de que el otro moriría? ¿Y si resultaba simplemente herido? ¿En qué situación quedaba? No, me aseguran que la muerte no ha sido provocada criminalmente. Se trata de un caso extraño; nada más.

—¿Han hablado con todos los que estaban en el tren? ¿Han averiguado si viajaba en él una sola persona que conociera a la esposa? Demonios, señor Norton, no me diga que se han abstenido de hacer eso. *Yo le aseguro que había algún otro en el tren.*

—Han hecho más aún. Han interrogado al revisor del vagón. Estuvo sentado cerca de la puerta, marcando sus billetes para el comienzo del viaje, y está seguro de que no había nadie con Nirdlinger, porque de pasar alguno hubiera tenido que quitarse. Recuerda que cruzó Jackson, unos diez minutos antes de arrancar el tren. Vio cuando pasaba el hombre de la pierna rota. Recuerda que Jackson volvió a entrar, y recuerda que salió con la cartera y pasó de nuevo por segunda vez. Jackson no dio parte enseguida de la desaparición. Se imaginó que Nirdlinger habría entrado en el lavabo, o algo por el estilo; y en realidad, llegó la medianoche y fue entonces cuando, al querer acostarse, como aún tenía en su poder la cartera y suponía que en ella estaba el billete de Nirdlinger, le habló del asunto al revisor. Cinco minutos después, en Santa Bárbara, recibió el revisor un mensaje del jefe de estación de Los Ángeles, por lo que hizo entrega de los equipajes de Nirdlinger y se puso a recoger nombres. Afuera no había nadie. El hombre cayó, y no hay otra explicación. Estamos perdidos. No existe la intención dolosa.

—Si no existe la intención dolosa, ¿por qué no paga?

—Vamos a esperar un poco. Esa es mi idea, y la idea de la policía. Pero siguen existiendo grandes indicios de suicidio.

—No hay ninguno.

—Es suficiente, Keyes, para cumplir con mi deber ante los accionistas, llevar este asunto a los tribunales y hacer que lo decida un jurado. Puedo equivocarme. La policía puede equivocarse. Antes de que el juicio se abra podemos reunir muchos datos. Eso es lo que voy a hacer: dejar que un jurado lo decida; y si decide que tengo que pagar, pagaré de buena gana. Pero no puedo regalar el dinero.

—Eso es lo que hará, si alega suicidio.

—Lo veremos.

—Sí, lo veremos.

Volví con Keyes a su oficina. Encendió las luces.

—Ya se convencerá. He intervenido en muchos casos, Huff. Cuando usted haya intervenido en un millón de casos, conocerá ciertas cosas sin saber que las conoce. Esto es asesinato... ¿Así que hablaron con el mozo? ¿Y no pasó nadie? ¿Cómo saben que no saltó desde afuera? ¿Cómo saben que...?

Se detuvo, me miró, y luego se puso a maldecir y despotricar como un loco

furioso.

—¿No se lo dije? ¿No le dije que fuera contra ella desde el principio mismo? ¿No le dije que la hiciera encarcelar, sin esperar la audiencia? ¿No le dije...?

—¿Adónde quiere usted llegar, Keyes?

El corazón me latía aceleradamente.

—¡Ese hombre nunca estuvo en el tren!

Vociferaba, manoteando en el escritorio.

—No estuvo en el tren. Alguna otra persona cogió sus muletas y ocupó su lugar en el tren. Por supuesto, ese individuo tenía que librarse de Jackson. No le convenía que lo vieran vivo más allá del sitio en que iban a dejar el cadáver. Pero ahora tenemos contra nosotros todas esas identificaciones juradas.

—¿Esas qué?

Sabía lo que quería decir. Esas identificaciones logradas en la audiencia eran algo que yo había premeditado desde el principio, y por eso me preocupé tanto de que nadie me viera bien. Quise que vieran las muletas, el pie, las gafas y el cigarro; la imaginación haría lo demás.

—Me refiero a la audiencia. ¿Hasta qué punto vieron al hombre aquellos testigos? Sólo unos segundos, en la oscuridad, tres o cuatro días antes. Luego el juez levanta la mortaja que cubre el cadáver, la viuda dice que sí, que es él, y, por supuesto, todos dicen lo mismo. Pero mírenos a nosotros. Si Norton le hubiera echado las garras encima, habríamos podido discutir los reconocimientos y todo lo demás, la policía se habría despertado del letargo, y habríamos adelantado algo. Pero ahora... Dice que va a dejar que ella entable el pleito. A ver qué hace ahora para destruir los reconocimientos. Será imposible. Cualquier abogado puede crucificar a esos testigos si cambian su declaración. ¡Y ese es el camino seguro! ¡Eso es ir a lo positivo! ¡Eso es hacer lo que hubiera hecho el viejo Norton! ¡Bah!, Huff, el viejo Norton habría obtenido en el acto una confesión de la mujer. La habría obligado a reconocerse culpable; y a estas horas estaría en camino a Folsom, a cumplir condena perpetua. Y ahora, mírenos. El momento verdaderamente significativo ha pasado ya, y lo hemos perdido. Lo hemos perdido... Permítame decirle algo. Si ese hombre insiste en querer dirigir esta compañía, la compañía está perdida. No es posible sobrevivir a tantos golpes como este. ¡Demonios! Cincuenta mil dólares pagados por idiotas. Terriblemente, decididamente idiotas.

Ante mis ojos, las luces empezaron a vacilar. Volvió a lo mismo, detallando cómo Nirdlinger fue asesinado. Dijo que el desconocido había dejado su automóvil en Burbank, y que ahí se tiró del tren. Agregó que ella se reunió con él, y que recorrieron el trayecto en coches separados, transportando el cadáver en uno de ellos, hasta el lugar en que lo pusieron en la vía. Se imaginaba que ella habría tenido tiempo de llegar a Burbank, y luego regresar, comprando un poco de helado, a las 10.20, hora

en que fue vista en la tienda de la esquina. Hasta esto lo había averiguado. Se equivocaba en cuanto a la forma en que fue cometido el crimen; pero estaba tan cerca de la verdad, que se me entumecieron los labios sólo de escucharlo.

—Bueno, Keyes, ¿qué piensa hacer?

—Ya que él quiere esperarla, y permitir que nos demande... todo eso está bien. Averiguaré los antecedentes del muerto, tratando de descubrir cuanto sea posible acerca de la razón del suicidio. También está bien. Yo me ocuparé de ella. Cualquier movimiento, cualquier cosa que haga, lo voy a saber. Tarde o temprano, Huff, el otro individuo tiene que aparecer. Necesitarán verse. Y apenas sepa quién es, que se prepare. Claro, puede iniciar juicio. Y cuando la tengamos en el banquillo del tribunal, créame, Huff, que Norton va a pasar un mal rato. Tendrá que tragarse todas las palabras que ha dicho, y puede ser que algunas se las coma también la policía. ¡Oh, no! Yo no he terminado aún.

Me tenía acorralado, y yo lo sabía. Si ella entablaba un pleito, y perdía el tino en el banquillo, sólo Dios sabe lo que podía suceder. Si no iniciaba la demanda, sería peor aún. Al no tratar de cobrar la póliza, el asunto se presentaría tan feo, que hasta la policía tomaría cartas en el asunto. Yo no me atrevía a llamarla, porque lo menos que podía suceder era que su línea estuviera intervenida. Aquella noche hice lo mismo que las otras dos, mientras esperaba la audiencia. Me emborraché, o traté de emborracharme. Bebí casi un litro de coñac; pero no surtió efecto. Advertí una extraña sensación en las piernas y me zumbaron los oídos; pero seguí con la vista clavada en la oscuridad, y cavilando sobre lo que iba a hacer. No lo sabía. No podía dormir, no podía comer; ni siquiera podía emborracharme.

Hasta la noche siguiente no llamó Phyllis. Fue un poco después de la cena, y el filipino se había retirado. Tuve hasta miedo de contestar, pero no tenía otro remedio.

—¿Walter?

—Sí. En primer lugar, ¿dónde estás? ¿En casa?

—Estoy en un almacén.

—Muy bien. Sigue, entonces.

—Lola está tan rara que ni siquiera me atrevo a usar mi propio teléfono. Vine hasta el *boulevard*.

—¿Qué le pasa a Lola?

—Debe ser histeria. El golpe fue excesivo para ella.

—¿Nada más?

—Creo que no.

—Perfectamente, habla, pero habla pronto. ¿Qué ha sucedido?

—Un montón de cosas. He tenido miedo de llamar. Tuve que quedarme en casa hasta el entierro, y...

—¿El entierro ha sido hoy?

—Sí. Después de la audiencia.

—Sigue.

—Mañana abren la caja fuerte de mi marido. El Estado tiene algo que ver con eso, a causa del impuesto a las herencias.

—Muy bien. ¿La póliza está ahí?

—Sí. La puse yo hace una semana.

—Muy bien, esto es lo que tendrás que hacer. El procedimiento se llevará a cabo en el estudio de tu abogado. ¿No es verdad?

—Sí.

—Entonces, concurre. Estará el inspector de impuestos, cumpliendo con la ley. Encontrarán la póliza, y tú se la entregas a tu abogado. Dale instrucciones de que exija el pago. Todo ha quedado en suspenso hasta que tú hagas eso.

—¿Que exija el pago?

—En efecto. Ahora, presta atención, Phyllis. Esto no debes decírselo al abogado... todavía. La compañía no va a satisfacer el pedido.

—¿Qué?

—No van a pagar.

—¿Que no van a pagar la póliza?

—Creen que es... suicidio, y quieren obligarte a que los demandes, y ponerte frente a un jurado, antes de pagar. Esto no se lo digas ahora a tu abogado; ya lo descubrirá él por sí mismo más adelante. Te propondrá entablar juicio, y tú se lo permitirás. Tendremos que pagar, pero este es el único camino. Y ahora, Phyllis, una cosa más...

—Sí.

—No podemos vernos.

—Pero yo quiero verte.

—Que no se te ocurra. Lo que esperan demostrar es suicidio; pero tienen toda otra clase de sospechas. Si empezamos a vernos, descubrirán la verdad tan rápidamente, que sólo de pensarlo tendría que helársete la sangre. Te seguirán a todas partes para ver qué pueden descubrir, y de ninguna manera debes comunicarte conmigo, a menos que sea forzoso, y aun en ese caso llámame a casa desde una tienda, y nunca desde el mismo lugar dos veces seguidas. ¿Me entiendes?

—Me parece que estás asustado.

—Lo estoy; mucho. Saben más de lo que tú crees.

—¿Quieres decir que la cosa es seria?

—Tal vez no; pero debemos tener cuidado.

—Entonces sería mejor que no los demandase.

—Tienes que hacerlo. De lo contrario, estamos hundidos.

- Sí, ya entiendo.
- Demándalos, pero ten cuidado con lo que dices al abogado.
- Está bien. ¿Me quieres todavía?
- Sabes que sí.
- ¿Piensas en mí? ¿Te acuerdas siempre?
- Siempre.
- ¿Queda alguna otra cosa?
- Que yo sepa, no. ¿Me has dicho todo?
- Creo que sí.
- Mejor es que cuelgues. Alguien puede entrar.
- Parece que quisieras librarte de mí.
- No es más que sentido común.
- Está bien. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?
- No lo sé. Quizá mucho.
- Me muero por verte.
- Yo también. Pero debemos tener cuidado.
- Bien. Entonces, adiós.
- Adiós.

Colgué. La amaba como el conejo ama a la culebra. Esa noche hice algo que no había hecho en muchos años. Recé.

Habría pasado una semana, cuando Nettie entró una tarde en mi despacho y cerró la puerta.

—Ha venido otra vez a verlo la señorita Nirdlinger, señor Huff.

—Que espere un minuto. Tengo que hacer una llamada.

Salió. Hice la llamada. Necesitaba tomar mis precauciones. Llamé a mi casa, y le pregunté al filipino si me había llamado alguien. Me dijo que no. Luego pulsé el timbre, para avisarle a Nettie que la hiciera pasar.

No parecía la misma. Antes parecía una criatura; ahora parecía una mujer. Quizá esto se debiera, en parte, a que llevaba luto; pero cualquiera podía adivinar que había sufrido mucho. Sentí gran vergüenza; quería que esta muchacha me apreciara. Le di la mano, la hice sentar, y le pregunté cómo estaba la madrastra; y ella me contestó que estaba muy bien, en medio de todo. Le dije que la cosa había sido terrible y que me perturbó la noticia.

—¿Y el señor Sachetti?

—Prefiero no hablar del señor Sachetti.

—Creí que eran amigos.

—No hablemos de él.

—Perdóneme.

Se levantó, miró por la ventana, y volvió a sentarse.

—Señor Huff, usted hizo algo por mí una vez, o me pareció que lo hacía por mí...

—Lo hice por usted.

—Desde entonces lo he considerado como un amigo. Por eso recorro a usted. Quiero hablarle... como amigo.

—Está bien.

—Pero sólo como amigo, señor Huff. No como a una persona que trabaja en una agencia de seguros. Hasta que pueda creer que piso terreno firme, esto debe ser estrictamente reservado. ¿Estamos de acuerdo, señor Huff?

—Así es.

—He olvidado algo. Tenía que llamarlo Walter.

—Y yo tenía que llamarla Lola.

—Es extraordinario lo cómoda que me siento a su lado.

—Prosiga.

—Se trata de mi padre.

—Sí.

—De la muerte de mi padre. No puedo quitarme la idea de que hubo algo detrás de esa muerte.

—No entiendo, Lola. ¿Cómo es eso de que hubo algo detrás?

—No sé lo que quiero decir.

—¿Estuvo en la audiencia?

—Sí.

—Uno o dos de los testigos, y otras personas después, nos han insinuado la idea de que su padre pudo... haberse suicidado. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—No, Walter, no es eso.

—¿Qué es entonces?

—No podría decirlo. No veo la forma de decirlo. ¡Es tan horrible! Porque no es la primera vez que pienso estas cosas. No es la primera vez que sufro esta agonía de sospechar que pueda haber algo más que... lo que piensan todos los demás.

—No entiendo.

—Mi madre.

—Sí.

—Cuando murió. Esa es la sensación que experimenté.

Esperé. Tragó saliva dos o tres veces, parecía estar decidida a no decir nada, y luego cambió de idea, y se puso a hablar.

—Walter, mi madre tenía enfermos los pulmones. Por eso alquilamos la casita en el lago Arrowhead. Un fin de semana, en mitad del invierno, mi madre fue a aquella cabaña con su mejor amiga. Estaban en su apogeo los deportes invernales; todo era animación. Algo después, le telegrafió a mi padre, diciendo que ella y la otra mujer habían decidido quedarse una semana más. Mi padre, sin inquietarse, le giró un poco de dinero, agregando que se quedara cuanto quisiese; pensaba que le haría bien. El miércoles de aquella semana mi madre contrajo pulmonía. El viernes empeoró. La amiga anduvo a pie doce millas entre la nieve, atravesando bosques, para buscar a un médico, pues la casa no estaba cerca de los hoteles, sino en la otra margen del lago, muy lejos. Llegó al hotel principal tan exhausta, que tuvieron que mandarla a un hospital. El doctor se puso en camino enseguida; pero cuando llegó, mi madre agonizaba. Duró una media hora.

—¿Y?

—¿Sabe usted quién era aquella gran amiga?

Lo sabía. Me lo indicaba aquel mismo cosquilleo que me recorría la espina dorsal y el cabello.

—No.

—Phyllis.

—¿Y bien?

—¿Qué hacían esas dos mujeres en aquella casita, durante tanto tiempo, en el rigor del invierno? ¿Por qué no se dirigieron a un hotel, como todos los demás? ¿Por qué no telefoneó mi madre, en vez de telegrafiar?

—¿Quiere usted decir que no fue ella la que telegrafió?

—No sé lo que quiero decir, salvo que todo resultaba muy raro. ¿Por qué anduvo Phyllis a pie, toda aquella distancia, para conseguir un médico? ¿Por qué no se detuvo en cualquier lugar, para llamar por teléfono? ¿O por qué no se puso los patines y cruzó el lago, cosa que hubiera podido hacer en media hora? Es una excelente patinadora. ¿Qué necesidad tenía de caminar tres horas? ¿Cómo no buscó antes a un médico?

—Espere un momento. ¿Qué le dijo su madre al médico cuando él...?

—Nada. Deliraba horriblemente, y además el médico le aplicó oxígeno cinco minutos después de llegar.

—Vamos por partes, Lola. Después de todo, un médico es un médico; y si tenía pulmonía...

—Un médico es un médico; pero usted no conoce a Phyllis. Hay algunas cosas que podría decirle. En primer lugar, es enfermera. Es una de las mejores enfermeras de la ciudad de Los Ángeles; así es como conoció a mi madre, cuando mi madre luchaba desesperadamente entre la vida y la muerte. Es enfermera, especializada en enfermedades pulmonares. Puede determinar el momento de la crisis, sin equivocarse ni un minuto, con la misma precisión que cualquier médico. Y, además, sabe cómo provocar la pulmonía.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—¿Cree usted que Phyllis no habría sido capaz de exponer a mi madre al frío durante la noche y tenerla encerrada allí hasta que le faltara poco para morir congelada? ¿La cree incapaz? ¿La supone esa criatura suave, dulce y serena que finge ser? Eso es lo que creyó mi padre. Le pareció asombroso que hubiera recorrido a pie toda aquella distancia, para salvar una vida; y menos de un año después, se casó con ella. Pero yo no comparto esa opinión. Claro, yo la conozco. Eso es lo que pensé apenas tuve noticias. Y ahora... esto.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Nada... todavía, salvo escucharme.

—Es bastante serio lo que dice. O por lo menos, es perturbador. Creo entenderlo.

—Eso es lo que quiero decir. Exactamente eso.

—Sin embargo, tal como yo entiendo las cosas, su madre no estaba con su padre en el momento...

—Tampoco estaba ella con mi madre en aquel momento. Pero había estado.

—¿Me permite que piense en todo esto?

—Se lo agradeceré.

—La encuentro un poco excitada.

—Y eso que no le he dicho todo.

—¿Hay algo más?

—Pero no puedo contárselo. Ni siquiera me atrevo a creerlo. Y, sin embargo...;

pero no importa. Perdóneme, Walter, por haberme presentado de este modo. Pero me siento tan desdichada...

—¿Ha dicho algo de esto a otra persona?

—No, nada.

—Quiero decir, sobre su madre. Antes de esto último.

—Ni una sola palabra, jamás; a nadie.

—En su lugar, yo no hablaría. En especial... con su madrastra.

—Ni siquiera vivo en casa.

—¿No?

—He tomado un pequeño apartamento. En Hollywood. Tengo una pequeña renta, de la herencia de mi madre; muy poco. Me mudé. No podía seguir viviendo con Phyllis.

—¡Oh!

—¿Puedo volver?

—Yo le avisaré cuándo. Deme su número de teléfono.

Pasé media hora aquella tarde tratando de decidir si debería hablarle a Keyes. Comprendía que tenía que hacerlo, en mi propia defensa. Todo aquello no valía ni diez céntimos como prueba ante un tribunal, ni siquiera era cosa que tribunal alguno admitiría, pues la única ventaja que dan es la de enjuiciarlo por un solo delito cada vez, y no por delitos cometidos dos o tres años atrás. Pero era peligroso que Keyes descubriera que yo lo sabía y no se lo hubiera dicho. Sin embargo, no me resolvía nada. Y la única justificación que tenía era que la muchacha me había pedido que no se lo dijese a nadie, y que yo se lo había prometido.

A eso de las cuatro de la tarde entró Keyes en mi oficina, y cerró la puerta.

—Bueno, Huff, ha aparecido.

—¿Quién?

—El individuo del caso Nirdlinger.

—¿Cómo?

—Nos visita con frecuencia. Cinco noches en una semana.

—¿Pero de quién se trata?

—Eso no importa. Pero es él. Ahora habrá novedades.

Aquella noche volví a mi oficina a trabajar. En cuanto Joe Pete hubo hecho en mi piso la ronda de las ocho, me dirigí al despacho de Keyes. Intenté abrir el escritorio, pero estaba cerrado. Hice lo propio con sus archivos metálicos. Estaban cerrados también. Probé todas mis llaves; no servían. Estaba por irme cuando advertí el dictáfono. Keyes usa uno. Le quité la tapa. Había un cilindro de cera en su lugar,

usado más o menos hasta las tres cuartas partes. Me cercioré de que Joe Pete estaba en el piso bajo, luego volví, me coloqué los auriculares y puse en marcha el cilindro. Primero escuché un montón de tonterías, tales como cartas a asegurados, instrucciones para investigadores en un caso de incendio premeditado, y notificación de despido a un empleado. Luego, repentinamente, salió esto:

Memorándum al señor Norton.
Respecto al agente Walter Huff.
Confidencial. Caso Nirdlinger.

Con respecto a su sugerencia de poner bajo vigilancia al agente Huff, por su vinculación con el caso Nirdlinger, estoy en completo desacuerdo. Naturalmente, en este como en todos los demás casos de igual índole, el agente cae automáticamente bajo sospecha y no he descuidado los pasos necesarios con respecto a Huff. Todas sus manifestaciones concuerdan exactamente con los hechos y con nuestros archivos, así como con los antecedentes del muerto. He llegado incluso a verificar, sin que él lo sepa, todos sus movimientos durante la noche del crimen, comprobando que estuvo en su casa toda la noche. En mi opinión, esto lo exime de toda acusación. Un hombre de su experiencia no puede fácilmente ignorar cualquier intento que hagamos de vigilar sus actos; y de este modo perderíamos la posibilidad de su colaboración entusiasta en el asunto, que hasta el momento ha sido valiosa, y puede resultar indispensable. Señalo nuevamente su comportamiento anterior, que ha sido excepcional en casos de fraude. Insisto en recomendar que se abandone la idea. Respetuosamente.

Levanté la aguja y volví a ponerla. Me causó una extraña impresión. No sólo de alivio. En el corazón sentía algo raro.

Pero luego, después de algunas cosas de práctica, oí esto:

Confidencial. Caso Nirdlinger.

RESUMEN: Informes verbales de los investigadores durante la semana terminada el 17 de junio:

La hija, Lola Nirdlinger, se mudó el 8 de junio, y ahora ocupa un apartamento de dos habitaciones, en Lycee Arms, calle Yucca. Se considera innecesario vigilarla.

La viuda no salió de casa hasta el 8 de junio. Hizo un viaje en automóvil, deteniéndose en un almacén, desde el cual habló por teléfono; salió en coche los dos días siguientes, y se detuvo en mercados y en tiendas que venden ropa de mujer.

La noche del 11 de junio llegó un hombre a su casa a las 8.35; salió a las 11.48.

Descripción: alto, moreno, de unos veintiséis o veintisiete años. Las visitas se repitieron los días 12, 13, 14 y 16 de junio. Seguido la noche de su primera visita, resultó ser Beniamino Sachetti, edificio Lilac Court, avenida North La Brea.

Temí que Lola volviera a visitarme en la oficina. Pero, como ella no tenía vigilancia, yo podía llevarla a cualquier lugar tranquilamente. La llamé y le pregunté si quería cenar conmigo. Me dijo que nada le agradaría más. La llevé al Miramar, en Santa Mónica. Le dije que sería hermoso comer donde pudiéramos ver el océano; pero la verdad era que no quería llevarla a ningún lugar de la ciudad en el cual pudiera tropezarme con personas conocidas.

Hablamos durante la cena sobre los sitios en que había estudiado, y por qué no había ido a la universidad, y muchas otras cosas. Había algo febril, pues los dos sentíamos tensión, pero fue pasando el tiempo. Era lo que ella decía. Ambos nos sentíamos cómodos estando juntos. No le hablé una palabra de lo que me había dicho la vez anterior, hasta que estuvimos en el coche, después de la cena, y empezamos a pasear junto al mar. Yo mismo abordé el tema.

—He pensado en lo que me contó.

—¿Puedo decirle algo?

—Dígalo.

—He reflexionado mucho sobre el asunto. Lo he pensado bien; he llegado a la conclusión de que estaba equivocada. Es muy fácil, cuando se quiere entrañablemente a una persona, y de pronto esa persona falta, achacar a otro la culpa. Especialmente cuando se trata de alguien que no nos gusta. No me gusta Phyllis. Quizá en parte sean celos. Yo adoraba a mi madre. Casi tanto como adoraba a mi padre. Y cuando él se casó con Phyllis... no sé; pero me pareció que ocurría algo que no podía ocurrir. Y luego... ¡estas ideas! Lo que pensé instintivamente cuando mi madre murió, se convirtió en certeza cuando mi padre y Phyllis se casaron. Creí descubrir la razón por la cual ella lo había hecho. Y después, aquello se convirtió en doble certeza cuando sucedió esto último. Pero no tengo nada en qué basarme. ¿No le parece? Me ha costado mucho trabajo convencerme, pero estoy resignada. He abandonado la idea por completo, y deseo que usted olvide que alguna vez se lo he dicho.

—Me alegro, en cierto modo.

—Supongo que usted me considera terrible.

—Lo he pensado. Lo he pensado detenidamente, tanto más cuanto que a mi compañía le convendría muchísimo saberlo. Pero falta base para proseguir. No es más que una sospecha. Eso es todo cuanto usted puede alegar.

—Ya se lo dije. Ahora ni siquiera tengo la sospecha.

—Lo que usted podría decirle a la policía, si le dijese algo, es de dominio público. La muerte de su madre; la muerte de su padre. Usted no puede agregar nada a lo que

ya saben. ¿Para qué hablar?

—Sí, entiendo.

—Yo, en su lugar, no haría nada.

—¿Está de acuerdo conmigo, entonces, en que no tengo nada en qué apoyarme?

—Estoy de acuerdo.

Quedaba liquidada esa parte. Pero necesitaba averiguar acerca de este Sachetti, sin que ella advirtiera mi intención.

—Dígame una cosa. ¿Qué ha ocurrido entre usted y Sachetti?

—Ya se lo dije. No quiero hablar de él.

—¿Cómo lo conoció?

—Por medio de Phyllis.

—¿Por medio de...?

—El padre era médico. Creo haberle dicho que ella trabajó de enfermera. Vino a visitarla, para hablarle de ingresar en cierta asociación que estaba formándose. Pero cuando se interesó por mí, ya no quiso volver a la casa. Y entonces, cuando Phyllis descubrió que nos veíamos le contó a mi padre las cosas más horribles sobre Sachetti. Se me prohibió verlo; pero lo veía. En el fondo de todo esto, estaba segura de que había algo. Pero no averigüé lo que era, hasta...

—¿Hasta cuándo?

—No quiero seguir. Le he dicho ya que me he despojado de toda idea de que pueda haber algo...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que mi padre murió. Y luego, muy bruscamente, pareció no interesarse más en mí. Desde entonces...

—¿Sí?

—Sale con Phyllis.

—¿Y...?

—¿No adivina lo que he pensado? ¿Necesita que yo se lo diga...? Creí que tal vez fueron ellos. Pensé que salía conmigo tan sólo para despistar algo... no sabía qué. Tal vez el hecho de que se veía con ella. Por si acaso lo sorprendían.

—Yo creí que estaba con usted... esa noche.

—Tenía que estar. Había baile en la universidad, y yo salí. Debíamos reunirnos allí. Pero se enfermó, y me mandó decir que no podía concurrir. Me metí en un autobús, y fui a ver una película. Esto no se lo he dicho a nadie.

—¿Cómo es eso de que estuvo enfermo?

—Yo sabía que estaba resfriado. Un resfriado espantoso. Pero... No me haga hablar más de esto. He querido quitármelo de la cabeza. He llegado a un punto en que puedo creer que no es verdad. Si él quiere ver a Phyllis, no es asunto mío. Me preocupa. Mentiría si dijera que no. Pero... está en su derecho. Tan sólo porque hace

eso, no tengo motivo... para pensar esto de él. Sería injusto.

—No hablaremos más del asunto.

Volví a mirar fijamente la oscuridad, aquella noche. Había matado a un hombre por dinero, y por una mujer. No tenía el dinero, ni la mujer. La mujer era una asesina, sin vuelta de hoja, y se había reído de mí. Le había servido de instrumento para llegar a otro hombre; y podía decir cosas que me mandaran a la horca, en un abrir y cerrar de ojos. Si el hombre estaba enterado, eran dos los que podían perderme. Me reí, como un histérico, en la oscuridad. Pensé en Lola, en lo hermosa que era, y en el daño que le había hecho. Me puse a restar sus años de los míos. Tenía diecinueve, y yo treinta y cuatro. La diferencia era de quince. Luego pensé que si le faltaba poco para cumplir los veinte, quedarían sólo catorce de diferencia. Repentinamente, me incorporé y encendí la luz. Comprendí lo que aquello significaba.

Estaba enamorado de ella.

Poco después Phyllis presentó su reclamación. Keyes no aceptó la responsabilidad, alegando que el accidente no estaba comprobado. Entonces ella entabló una demanda judicial, por medio del mismo abogado que siempre había atendido los asuntos de su marido. Me llamó una media docena de veces, siempre desde un almacén, y yo fui explicándole lo que tenía que hacer. Llegó el momento en que me enfermaba oírle la voz; pero hubiera sido peligroso demostrarlo. Le previne para que se preparara, porque tratarían de comprobar algo más que el suicidio. No le di todos los detalles acerca de lo que pensaban y de lo que hacían; pero le insinué que una de las sospechas era la del crimen, y que debía prepararse para la audiencia. No se asustó lo más mínimo. Daba la impresión de haber olvidado casi por completo que existía un crimen, y su actitud era la misma que si la compañía hubiera estado buscando pretextos indignos para no pagar en el acto. Esto me convenía. Era un aspecto extraño de la naturaleza humana, por lo menos de la naturaleza femenina; pero ella parecía estar en el mejor estado de ánimo para enfrentarse a una coalición de abogados. Si se mantenía en sus trece, aun a pesar de todo cuanto Keyes hubiera podido desenterrar en su contra, no había posibilidad de traspíe alguno.

En todo aquello transcurrió casi un mes, y la audiencia estaba fijada para principios de otoño. Durante todo aquel mes vi a Lola tres o cuatro noches por semana. Solía pasar a buscarla a la casa de apartamentos donde vivía, y salíamos a cenar y luego a dar un paseo. Ella tenía un pequeño coche; pero generalmente utilizábamos el mío. Yo estaba completamente trastornado por ella. Influía en esto la constante preocupación de lo que yo le había hecho, y de lo horrible que sería que ella lo descubriera alguna vez; pero esto no era todo. Había algo encantador en aquella criatura, y nos entendíamos admirablemente; quiero decir que nos sentíamos dichosos cuando estábamos juntos. Yo, por lo menos, me sentía dichoso. No me costaba trabajo advertir que a ella le pasaba lo mismo. Pero una noche ocurrió algo. Estábamos detenidos en el camino que bordea el océano, unas tres millas más allá de Santa Mónica. Hay partes en las que se permite estacionar un coche, para contemplar el paisaje. Estábamos ahí, mirando cómo salía la luna sobre el mar. ¿Parece extraño, no es verdad, que sea posible ver la salida de la luna sobre el Océano Pacífico? Y, sin embargo, se puede. En aquel lugar, la costa corre casi de Este a Oeste, y cuando sale la luna, a mano izquierda, el espectáculo es tan hermoso como una pintura. Apenas el astro despegó del agua, Lola deslizó una mano entre las mías. Se la tomé, pero la retiró en el acto, con mucha rapidez.

—No debo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Hay muchos motivos. Entre ellos, que no está bien por usted mismo.

—¿Me oyó quejarme?

—Le gusto, ¿no es verdad?

—Estoy loco por usted.

—Yo también estoy casi trastornada, Walter. No sé qué hubiera hecho sin usted estas últimas semanas. Pero...

—¿Qué?

—¿Está seguro de que desea escucharme? Puede dolerle lo que le diga.

—Es mejor oírlo que adivinarlo.

—Se trata de Nino.

—¿Sí?

—Presumo que todavía significa mucho para mí.

—¿Lo ha visto?

—No.

—Ya se le pasará. Permítame ser su médico. Le garantizo la cura. Deme un poco de tiempo; yo le prometo que quedará bien.

—Es usted un médico admirable. Pero...

—¿Otro pero?

—Lo he visto.

—¡Oh!

—Sin embargo, hace un momento dije la verdad. No he hablado con él. Ignora que lo he visto. Pero...

—Por lo visto, hay muchos peros.

—Walter...

Su nerviosismo crecía por momentos, y lo aumentaba el esfuerzo que hacía por evitar que yo lo advirtiese.

—... ¡él no fue!

—¿No?

—Sé que esto va a causarle mucho daño, Walter. No puedo evitarlo. Prefiero que conozca la verdad. Lo seguí anoche. Los he seguido un montón de veces; he sido una insensata. Anoche, sin embargo, fue la primera vez que pude oír lo que decían. Fueron al Mirador, y salieron del coche; yo estacioné el mío a prudente distancia, y me aproximé sigilosamente. ¡Oh!, fue muy horrible. Nino le contó que estuvo enamorado de ella desde un principio, pero veía que era inútil... hasta que esto sucedió. Mas eso no fue todo. Hablaron de dinero. Él ha gastado todo lo que usted le prestó; pero aún no tiene el título. Pagó la tesis y el resto lo ha malgastado en ella. Y le preguntaba dónde podría conseguir más. Escuche, Walter...

—¿Sí?

—Si hubieran cometido juntos el crimen, ella tendría que darle una parte. ¿No es así?

—Parece lo más lógico.

—No dijeron una sola palabra acerca de que ella tuviera que darle nada. Mi corazón empezó a latir aceleradamente cuando comprendí lo que aquello significaba. Siguieron hablando. Se quedaron una hora. Conversaron de todo, y pude advertir, a través de lo que decían, que él no estaba complicado, y que no sabía nada. ¡Pude precisarlo! ¿Comprende, Walter, lo que eso quiere decir? ¡No fue él!

Estaba tan nerviosa que sus dedos, con los cuales se aferraba a mi brazo, parecían de acero. No pude seguirla. Comprendí que quería decir algo, algo mucho más importante que el hecho de que Sachetti fuera inocente.

—No la entiendo del todo, Lola. Pensé que había abandonado la idea de que hubiera *algún* cómplice.

—Nunca la abandoné... Sí, la dejé a un lado, o quise dejarla. Pero eso fue únicamente porque pensé que hubiera podido estar complicado él, y eso hubiera sido terrible. Si estaba comprometido, no creí que pudiera ser de ese modo. Para creerlo, necesitaba saberlo. Pero ahora... oh, no, Walter, no abandono la idea. Fue ella, de algún modo. No sé. Y tendrá que pagar. Yo la haré confesar, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—¿Cómo?

—Phyllis ha entablado un pleito a su compañía, ¿no es verdad? Ha tenido la audacia de hacerlo. Muy bien. Dígale a su compañía que no se preocupe. Yo me presentaré, y me pondré de su lado, Walter. Les diré lo que tienen que preguntarle. Les diré...

—Un momento, Lola, un momento...

—Yo les contaré todo lo que necesitan saber. Mucho más de lo que le he dicho a usted. Les diré que le pregunten sobre la noche, en que yo la sorprendí, en su dormitorio, con una estúpida túnica de seda roja, que parecía una mortaja, mientras se miraba al espejo, con la cara embadurnada de polvos blancos y de carmín, y un puñal en la mano. Oh, sí, dígales que le pregunten. Que también le pregunten qué estaba haciendo en una tienda del *boulevard*, una semana antes de la muerte de mi padre, preguntando precios de vestidos negros. Ella ignora que estoy enterada. Entré cinco minutos después de que ella saliera. La vendedora estaba guardando los vestidos. Me contó que eran modelos preciosos; pero que no entendía por qué la señora Nirdlinger pensaba en ellos, porque en realidad eran de luto. Este es uno de los motivos por los cuales quise que mi padre emprendiera aquel viaje, para alejarlo de la casa y averiguar lo que ella se traía entre manos. Les diré...

—Espere un momento, Lola. Usted no puede hacer eso. ¿No comprende que ellos no están en condiciones de formularle esas preguntas?

—Si ellos no pueden, podré yo. Pediré que me escuchen en el tribunal, y le aclararé las acusaciones. Tendrán que escucharme. No habrá juez, policía, ni *nadie* que me detenga. La obligaré a decir la verdad aunque necesite abalanzarme sobre ella y apretarle la garganta. *La obligaré a confesar. No podrán impedirlo.*

No sé cuándo decidí matar a Phyllis. Me pareció que desde aquella noche, en algún lugar recóndito de mi cerebro, existió la conciencia de que tenía que matarla, por lo que sabía de mí, y porque el mundo no es bastante grande para dos personas que comparten estos secretos. Pero sé, cuándo decidí el momento, el lugar y la forma en que debía matarla. Fue inmediatamente después de la noche en que, junto a Lola, vi la salida de la luna sobre el océano. Porque la idea de que Lola pudiera hacer aquella escena en el salón de audiencias, y de que entonces a Phyllis se le aflojara la lengua y soltara la verdad, era demasiado horrible. Quizá no he explicado aún con franqueza mis sentimientos hacia esta muchacha, Lola. No era nada parecido a lo que sentía por Phyllis. Ante Phyllis, me acometía una excitación malsana. En el otro caso no era lo mismo. Estar con Lola era sentir una dulce placidez que se apoderaba de mi ser, como cuando paseábamos en el coche durante una hora sin decir palabra, y luego ella levantaba los ojos para mirarme, y todavía no teníamos nada de qué hablar. Aborrecía lo que había hecho, y mi única preocupación era pensar que si existiera la forma de que ella nunca se enterase, yo podría casarme con ella, y olvidar todo lo ocurrido y vivir feliz a su lado el resto de mis días. No tenía más que un camino, y era librarme de cuantos sabían algo. Lo que me había dicho acerca de Sachetti, demostraba que debía hacer desaparecer a una sola persona, y esa era Phyllis. Y todo lo demás que me dijo, acerca de sus intenciones, demostraba que tenía que obrar con rapidez, antes de que se abriera el juicio.

No pensaba dejar las cosas de tal modo que Sachetti pudiera venir a robármela. Yo me arreglaría para que su situación fuera comprometida. No es fácil engañar a la policía; pero Lola no estaría segura nunca de que él no lo hubiera hecho. Y, por supuesto, si había cometido un crimen, poco esfuerzo sería para ella pensar que probablemente cometió el otro también.

Al día siguiente, en la compañía de finanzas, cumplí una cantidad de trabajos rutinarios, mandé al empleado del archivo a hacer un encargo cualquiera, y saqué la carpeta de datos acerca de Sachetti. La puse en mi escritorio. En aquella carpeta tenía la llave de su coche. En nuestra compañía de préstamos, para evitarnos tropiezos en caso de incautación, obligamos a cada cliente a depositar la llave de su coche junto con los demás documentos del préstamo, y Sachetti, por supuesto, tuvo que hacer lo mismo. Fue durante el invierno cuando contrajo la deuda sobre su automóvil. Extraje la llave del sobre, y al salir a comer hice un duplicado. Cuando volví, mandé nuevamente fuera al empleado del archivo, repuse la llave en el sobre, y coloqué de nuevo la carpeta en el archivo. Era lo que yo quería. Tenía la llave de su automóvil, y

nadie sabía que yo había sacado la carpeta de su lugar.

El paso siguiente era ponerme en contacto con Phyllis, pero no me atreví a llamarla. Tuve que esperar a que llamara ella. Me quedé en casa tres noches, y a la cuarta sonó el teléfono.

—Phyllis, necesito verte.

—¡Ya era hora!

—Conoces el motivo por el cual no lo he hecho. Atiéndeme bien. Tenemos que vernos para estudiar algunos detalles relacionados con este juicio... y después de eso, no creo que tengamos nada que temer.

—¿Tenemos que vernos? Creo que has dicho...

—Eso es. Han estado vigilándote. Pero hoy he descubierto algo. Han reducido la vigilancia a un solo turno, que concluye a las once.

—¿Qué quieres decir?

—Tenían tres hombres asignados, en rotación; pero como no descubrieron gran cosa, se les ha ocurrido reducir el gasto, y ahora han dejado uno solo. Empieza de tarde, y concluye a las once, salvo que algo lo retenga. Tenemos que vernos después de esa hora.

—Perfectamente. Ven a casa...

—¡Oh, no!, no podemos arriesgarnos tanto. Pero hay una manera. Mañana por la noche, a eso de las doce, tomas el coche y sales sin que te vean. Si llegas a tener alguna visita, quítatela de encima antes de las once. Después de que se vayan, apaga las luces, para que parezca que te has acostado mucho antes de que el observador se retire. De este modo, no sospechará nada.

El motivo verdadero era que si Sachetti iba a estar con ella la noche siguiente, yo quería que hubiera salido de allí mucho antes, y estuviera en su casa, con bastante anticipación al momento del encuentro. Necesitaba apoderarme de su coche, y no deseaba que el transcurso de tiempo entre una cosa y otra fuera tan breve que yo tuviera que esperar. Todo lo demás eran puras patrañas; me refiero a lo de los turnos. Quise convencerla de que podía verme sin miedo. En cuanto a si la vigilancia sobre ella era de un turno de tres o de seis, ni lo sabía ni me importaba. Si alguien la seguía, tanto mejor para mis fines. Tendrían que obrar con mucha rapidez para atraparme, y si la veían caer asesinada, sería algo más que el señor Sachetti tendría que explicar cuando se entendieran con él.

—Las luces apagadas a las once.

—Las luces apagadas, el gato afuera, y todo cerrado con llave.

—Muy bien. ¿Dónde nos encontramos?

—Te encuentras conmigo en el Parque Griffith, a unos doscientos metros de *Los Feliz*, por Riverside. Ahí tendré el coche, y daremos una vuelta y conversaremos. No

dejes el coche en *Los Feliz*. Apárcalo en un pequeño claro entre los árboles, cerca del puente, donde yo pueda verlo. Y vienes andando.

—¿Entre las dos calles?

—Eso es. Que sean las doce y media en punto. Yo llegaré uno o dos minutos antes, para que puedas saltar enseguida y no tengas que aguardar.

—A las doce y media, a unos doscientos metros, por Riverside.

—Exactamente. Cierra la puerta del garaje cuando salgas, para que cualquiera que pase no advierta que el coche no está.

—Muy bien, Walter, iré.

—Otra cosa. He cambiado el coche desde que nos vimos. Tengo otro —le expliqué la marca—. Es un cupé pequeño, azul oscuro. No puedes equivocarte.

—¿Un cupé azul?

—Sí.

—Es curioso.

Claro que era curioso. En un cupé azul había salido ella todo ese mes; un cupé que era el mismo, aunque no lo sabía. Pero yo no me amilané.

—Sí, tiene algo de curioso que yo ande en una lata de sardinas; pero el automóvil grande me salía demasiado caro. Se me presentó una buena ocasión con este, y lo compré.

—Es la cosa más rara que he oído.

—¿Por qué?

—No es nada. Mañana de noche, a las doce y treinta.

—Doce y treinta.

—La impaciencia no me dejará vivir.

—Lo mismo digo.

—Bueno, yo tenía algo de que hablarte; pero aguardaré hasta mañana. Adiós.

—Adiós.

Cuando colgó, tomé el periódico y estudié los programas de cine. Había un cine en el centro que tenía una sección de medianoche, y el programa iba a seguir sin cambio toda la semana. Es lo que yo necesitaba. Fui con mi coche. Llegué a eso de las diez y media, y tomé asiento en la tertulia, para evitar que me vieran los acomodadores de la platea. Observé atentamente la función, fijándome especialmente en los chistes, pues debía de ser parte de mi coartada, al día siguiente, cuando afirmara que había estado allí. En la última parte del programa vi a un actor que conozco. Hacía el papel de mozo, y en un tiempo le vendí un recibo de póliza de vida dotal, por siete mil dólares, completamente pagada cuando la aceptó. Se llamaba Jack Christolf. El detalle me era útil. Me quedé hasta que terminó la función, y miré el reloj. Eran las 12.48.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, llamé a Jack Christolf. Me dijeron que estaba en el estudio, y allí lo encontré.

—Me han dicho que se ha apuntado un tanto fenomenal con la nueva película *Tiroteo*.

—No estoy mal. ¿La ha visto?

—No, pero quiero verla. ¿Dónde la ponen?

Me nombró cinco salas. Las sabía todas de memoria.

—Voy a pasar en la primera ocasión que se me presente. Bueno, amigo, ¿qué le parecería otro seguro, para ir protegiendo ese dinero que usted está haciendo?

—No sé, no sé. Para decirle la verdad, tal vez me interese. Sí, es posible.

—¿Cuándo podemos vernos?

—Esta semana estoy ocupado. No termino aquí hasta el viernes, y después he pensado irme a descansar el fin de semana. Pero la semana que viene, en cualquier momento.

—¿Y esta noche?

—Sí, podría ser.

—¿Y mañana de noche?

—Ya se lo diré. Llámeme a casa mañana, más o menos a la hora de la cena, a eso de las siete. Le contestaré entonces. Si es posible, me gustaría verlo.

Por eso había ido a ver esa película esta noche, para tener algo de qué hablar con el actor mañana; y me convenía ver su película para hablar de ella y adularlo.

A las cuatro de la tarde recorrí el Parque Griffith, estudiándolo atentamente y decidiendo lo que tenía que hacer. Elegí un sitio para mi coche, y otro para el de Sachetti. No estaban muy separados, pero el lugar destinado al mío se hallaba contiguo al camino de los jinetes, por donde la gente suele cabalgar de día. Circunda las colinas, pero un poco más allá de aquel punto desemboca en el camino de automóviles. Es decir, en lo alto de la cuesta. Este parque, que así lo denominan, es una colina en las alturas vecinas a Hollywood y al valle San Fernando, con caminos para coches, y una senda montañosa para los que practican equitación. Hay pocos peatones. Mi intención era hacerla entrar en el coche, y luego subir cuesta arriba. Al llegar a una de esas plataformas donde la gente suele detener los motores para contemplar el valle, pensaba desviarme y proponerle que nos quedáramos ahí a conversar. Pero no aparcaría. Fingiría un accidente, el coche se despeñaría por la ladera, y yo saltaría. Hecho esto, me dirigiría al sendero de los jinetes, entraría en el mío, y volvería a casa. Desde el sitio en que pensaba aparcar el coche de Sachetti hasta el lugar donde pensaba despeñarla, habría unos tres kilómetros, por el camino. Por el sendero de los jinetes, apenas noventa metros, dado que el camino serpenteaba

en torno a las colinas para evitar declives pronunciados, mientras que el otro subía y bajaba en línea casi recta. Un minuto después del accidente, antes de que pudiera acudir nadie, me habría alejado y desaparecido.

Subí la colina y busqué un lugar. Era uno de los pequeños miradores, donde escasamente había sitio para dos coches. En los miradores grandes hay parapetos de piedra; aquí no había. Salí del automóvil y eché un vistazo. La caída era recta, de unos sesenta metros, con otros treinta metros más, por los cuales el coche rodaría antes de detenerse. Practiqué lo que pensaba hacer. Corrí hasta el borde, puse el motor en punto muerto, y abrí la puerta. Noté que tendría que dejar la portezuela a medio cerrar cuando ella entrara, para poder abrirla rápidamente. Existía la posibilidad de que ella accionase el freno de mano al ver el coche sin gobierno, y se salvara. Existía la posibilidad de que yo no diera a tiempo el salto, y cayese con ella. Está bien. En estas cosas, hay que arriesgarse. Cené solo, en un gran restaurante del centro, especializado en pescado y mariscos. El camarero me conocía. Le hice una broma, para obligarlo a fijarse en que era viernes. Cuando terminé, volví a la oficina, y le dije a Joe Pete que tenía que trabajar. Me quedé hasta las diez. Estaba en su escritorio, leyendo una revista de cuentos policiales, cuando salí.

—Está trabajando mucho, señor Huff.

—Sí, y eso que no he concluido aún.

—¿Sigue en casa?

—No; voy a ver una película. Hay un actor muy malo que se llama Jack Christolf, a quien tengo que ver mañana por la noche, y quiero ver su película. Puede sentarle mal que no la haya visto, y mañana no voy a tener tiempo. Prefiero hacerlo hoy. Los actores son vanidosos.

Busqué un sitio para el coche, cerca del cine, deambulé un rato, y, a eso de las once, entré. Saqué entrada de platea esta vez. Cogí un programa, y me lo guardé en el bolsillo. Me cercioré de que en él figuraba la fecha. Todavía tuve que hablar con una acomodadora, hacer que se fijara en el día que era, y buscar la manera de que me recordara. Elegí una de la puerta, no de las que estaban dentro, en el corredor. Necesitaba que hubiera bastante luz, para que me viera bien.

—¿Están pasando la película principal?

—No, señor; acaba de concluir. Empieza de nuevo a las 11.20.

Ya lo sabía. Por eso fui a las once, y no antes.

—Demonios, tengo que esperar mucho rato... ¿Figura Christolf en ella?

—Sí, señor; pero creo que sólo en la última parte.

—¿Quiere decir que tengo que aguardar hasta la una para ver a ese palurdo?

—Se exhibe también mañana por la noche, si no quiere esperar tanto esta vez. En la taquilla le devolverán el dinero.

—¿Mañana por la noche? A ver, a ver; mañana es sábado, ¿verdad?

—Sí, señor.

—No, no es posible. Tendré que verlo esta noche.

Todo eso había salido bien. Me quedaba por hacer algo que la obligara a recordarme. Hacía mucho calor, y tenía desabrochado el botón más alto del uniforme. Me acerqué y se lo abroché rápidamente. La tomé desprevenida.

—Tiene que cuidarse más.

—Oiga, amiguito... ¿Tengo que sudar a mares para complacerlo?

Volvió a desabrocharse. Me imaginé que recordaría el incidente. Entré.

Cuando estuve dentro, una de las acomodadoras de la sala me indicó el asiento; pero yo me cambié de sitio enseguida y me senté en la otra punta. Estuve allí un minuto, y luego me escabullí por una salida lateral. Más adelante, diría que me había quedado hasta el fin de la sesión. La conversación con Christolf tenía por objeto justificar que me quedara hasta tan tarde. Mi conversación con Joe Pete y sus anotaciones demostrarían qué día era. Estaba, además, la acomodadora. No podría comprobar que me había quedado hasta el final, pero ninguna coartada tiene que ser perfecta. La mía era tan buena como casi todas las que oyen los jurados, y mucho mejor que otras. Los indicios acumulados no denotaban, ciertamente, al hombre que está por cometer un crimen.

Me metí en el coche y fui directamente al Parque Griffith. Durante aquella parte de la noche, tenía que hacer tiempo. Cuando llegué, miré la hora en mi reloj. Eran las 11.24. Aparqué el automóvil, paré el motor, saqué la llave, y apagué las luces. Caminé hasta *Los Feliz*, y de allí al Hollywood Boulevard. La distancia es de más o menos seiscientos metros. Anduve con paso firme, y llegué al *boulevard* a las 11.35. Subí en un tranvía y ocupé un asiento en la parte delantera. Cuando llegamos a La Brea, eran las doce menos cinco. Hasta ese momento, mis cálculos salían bien.

Descendí del tranvía y me dirigí a los apartamentos Lilac Court, donde vivía Sachetti. Es uno de esos patios en donde han construido una hilera doble de chalés rústicos —a los lados de un pasaje central—, casas de un solo ambiente, casi todas ellas, que se alquilan por tres dólares semanales. Entré por la puerta principal. No quise penetrar en el patio desde afuera, con riesgo de parecer un intruso si cualquiera me veía. Seguí directamente por la parte que da al frente, y pasé por su bungalow. Recordaba el número; era el 11. Había luz dentro. Estaba bien. Era lo que yo necesitaba.

Crucé directamente, hasta llegar al lugar donde se colocan los coches, a los fondos; allí los inquilinos los guardan. Los que tienen coche. Había una colección de coches viejos, de segunda, tercera, cuarta, y hasta novena mano; y, por supuesto, en medio de ellos, estaba el suyo. Entré, coloqué la llave en el contacto y puse el motor

en marcha. Encendí las luces y di marcha atrás. Un coche avanzó desde fuera. Volví la cabeza, para que no pudieran verme a la luz de los faros delanteros, y salí retrocediendo. Me encaminé al Hollywood Boulevard. Eran exactamente las doce. Me fijé en el depósito. Tenía bastante.

No traté de apresurarme; pero, a pesar de ello, a las 12.18 ya estaba de vuelta en el Parque Griffith. Me alargué hasta Glendale, porque no quería llegar más de dos o tres minutos antes de la hora convenida. Me acordé de Sachetti, y me pregunté cómo se las arreglaría para justificar lo que había hecho. No tenía nada que hacer, porque la peor explicación que puede darse es decir que uno ha estado en casa acostado, a menos que pueda comprobarlo con llamadas telefónicas o cosas por el estilo. No había manera de demostrarlo. Ni siquiera tenía teléfono.

Apenas cruzadas las vías del ferrocarril, me volví hacia atrás, recorriendo un trecho de Riverside; doblé, dando la cara a *Los Feliz*, y detuve el coche. Paré el motor y apagué las luces. Eran exactamente las 12.27. Me di la vuelta y miré, viendo mi propio coche a unos noventa metros detrás de mí. Miré el pequeño claro entre los árboles. No se veía ningún automóvil. Phyllis no había llegado.

Saqué el reloj y lo tuve en la mano. La aguja pasó por las 12.30. Seguía sin llegar. Guardé el reloj en el bolsillo. Crujió una rama... allá lejos, entre los arbustos. Di un salto. Bajé el cristal de la ventanilla derecha del coche y me quedé allí, mirando entre las ramas para ver qué era. Debí haber estado mirando fijamente al menos un minuto. Crujió otra rama, esta vez más cerca. Después vi un fogonazo, y algo me dio de lleno en el pecho, como si Jack Dempsey hubiera descargado en él toda la fuerza de sus puños. Era un tiro. Comprendí lo que había sucedido. Alguien más había calculado que el mundo no era bastante grande para dos personas que comparten esta clase de secretos. Había ido a matarla, pero ella me ganó de mano.

Me recosté en el asiento y oí pasos que se alejaban corriendo. Ahí estaba con una bala en el pecho, en un coche robado, y el dueño de ese coche era el hombre a quien Keyes vigilaba sigilosamente, desde hacía un mes y medio. Me incorporé, apoyándome en el volante. Alargué la mano para tomar la llave, pero recordé que tenía que dejarla ahí. Abrí la portezuela. Me costó hacer girar el picaporte; el sudor me rodó por la frente. Fuera como fuera, salí. Haciendo eses por el camino, llegué a mi coche. No podía caminar en línea recta. Quería sentarme para aliviar ese enorme peso en el pecho; pero comprendí que si lo hacía, no llegaría nunca al automóvil. Recordé que necesitaba tener lista la llave, y la saqué del bolsillo. Llegué y entré trabajosamente. Puse la llave en el contacto, y accioné el arranque. Es lo último que recuerdo de aquella noche.

Ignoro si ustedes han estado alguna vez bajo los efectos del éter. Se vuelve en sí muy lentamente. Al principio se advierte en una parte del cerebro una especie de tenue luz gris, que luego va agrandándose, pero muy poco a poco. Mientras se agranda, uno procura librarse del éter que todavía queda en los pulmones. Suena como un estertor, como si uno estuviera penando o cosa parecida; pero no es así. Es uno mismo, al esforzarse por hacer salir el éter de los pulmones, quien provoca esos ruidos, con el esfuerzo. Pero muy en el fondo, la cabeza sigue trabajando. Uno sabe dónde se encuentra, y a pesar de que en la luz gris floten ideas disparatadas, lo esencial de uno está ahí, y uno puede pensar, aunque no muy bien, pero algo.

Me pareció que había estado pensando, antes de recobrar el conocimiento. Sabía que había alguien conmigo; pero ignoraba quién era. Oía voces, pero no percibía lo que decían. Luego pude oír. Era una mujer, diciendo que abriera la boca un poco para introducirme en ella un pedazo de hielo que me haría sentir mejor. Abrí la boca. Mordí el hielo. Supuse que la mujer sería una enfermera. Sin embargo, sabía que había otra persona. Pensé un rato largo, y luego comprendí que tendría que abrir los ojos un poco, ver quién estaba y cerrarlos rápidamente. Lo hice. Al principio no vi nada. Era una salita de hospital y había una mesa corrediza cerca de la cama con muchas cosas encima. Era de día. Sobre mi pecho, las mantas abultaban; esto significaba que yo estaba muy vendado. Abrí los ojos un poco más y atisbé alrededor. La enfermera estaba sentada junto a la mesa, observándome. Pero detrás de ella había alguien. Tuve que esperar hasta que se movió, para ver quién era, aunque de todos modos lo adiviné sin ver.

Era Keyes.

Debí pasar una hora acostado, sin abrir para nada los ojos. Mentalmente, tuve conciencia de haber estado allí todo ese tiempo. Procuré pensar. No pude. Cada vez que intentaba expeler más éter, sentía esa punzada en el pecho. Era a causa de la bala. Dejé de hacer esfuerzos y la enfermera se puso a hablarme. Sabía. Muy pronto tuve que contestarle. Keyes se acercó.

—Bueno, ese programa del cine lo salvó.

—¿De veras?

—El papel doblado no hizo mucho, pero bastó. Seguirá sangrando un tiempo por el sitio en que la bala le rozó el pulmón izquierdo; pero tuvo suerte de que no fuera el corazón. Un octavo de pulgada más, y habríamos tenido que mandarle flores.

—¿Sacaron la bala?

—Sí.

—¿Atraparon a la mujer?

—Sí.

No dije nada. Me pareció que de todos modos estaba liquidado, y me concentré para estar inmóvil.

—La han aprehendido, y tengo mucho que contarle, amiguito. Este asunto es jauja. Pero deme media hora. Quiero salir a desayunar un poco. Quizá también usted se sentirá mejor entonces.

Salió. Su actitud no denotaba que yo estuviera comprometido, ni que él se hallara enfadado conmigo o cosa por el estilo. No podía entenderlo. Dos minutos después vino un ordenanza.

—¿Tienen algún periódico en este hospital?

—Sí, señor; creo que le puedo conseguir uno.

Volvió con el diario y me señaló el lugar. Sabía lo que yo quería ver. No estaba en primera plana, sino en la segunda sección, donde ponen las noticias locales, sin mayor importancia. Decía así:

UN MISTERIO ENVUELVE EL CRIMEN DEL PARQUE GRIFFITH

DOS PERSONAS DETENIDAS DESPUÉS DE QUE WALTER HUFF, AGENTE DE SEGUROS, APAREZCA HERIDO JUNTO AL VOLANTE DE UN AUTOMÓVIL, EN EL CAMINO DE RIVERSIDE, DESPUÉS DE MEDIANOCHE.

La policía investiga las circunstancias de la agresión de que fue víctima Walter Huff, agente de seguros, domiciliado en la colina «Los Feliz» y que fue hallado inconsciente junto al volante de su coche, en el Parque Griffith, ayer poco después de medianoche, con una bala en el pecho. Se han practicado dos detenciones, esperando conocer hoy el informe médico acerca del estado de Huff. Son:

Lola Nirdlinger, de 19 años.

Beniamino Sachetti, de 26 años.

La señorita Nirdlinger dio como dirección los apartamentos Lycee Arms, de la calle Yucca, y el señor Sachetti, los apartamentos Lilac Court, Avenida La Brea.

Al parecer, Huff fue herido mientras recorría Riverside, viniendo de Burbank. La policía, que llegó poco después al lugar del hecho, encontró a la señorita Nirdlinger y a Sachetti junto al coche, tratando de sacarlo. A poca distancia fue hallada una pistola, con la cual no se había hecho más que un disparo. Ambos negaron conocimiento del hecho; pero han rehusado formular otra declaración.

Me trajeron una naranjada, y quedé un rato procurando pensar cómo habían sucedido las cosas. ¿Suponen ustedes que me engañé? ¿Que creí que el tiro había sido disparado por Lola, o tal vez por Sachetti, en un arrebatado de celos, o cosa parecida? No. Sabía quién me había disparado. Sabía con quién me había citado, quién estaba en antecedentes de que yo me encontraría ahí, y a quién convenía eliminarme. De

esta idea nada me apartaría. ¿Pero qué estaban haciendo esos dos? Recapacité un rato, y no pude sacar mucho en limpio; apenas un poquito. Por supuesto, Lola siguió de nuevo a Sachetti, aquella noche, o creyó seguirlo. Quedaba explicada la presencia de ella. Pero ¿qué hacía él? Nada que resultara claro. Y mientras tanto, seguía teniendo aquella sórdida sensación de que estaba hundido, no sólo hundido por lo que había hecho, sino por lo que Lola iba a descubrir. Que era lo peor.

Faltaba poco para el mediodía cuando volvió Keyes. Acercó una silla a la cama.

—He estado en la oficina.

—¿Sí?

—He tenido una mañana atroz. Una mañana horrible, después de una noche espantosa.

—¿Qué sucede?

—Voy a contarle algo que usted no sabe. Este Sachetti, Huff, este mismo Sachetti que disparó el tiro contra usted anoche, es el hombre a quien venimos vigilando, por lo que pueda saber acerca del otro asunto. El de Nirdlinger.

—¿Qué me dice?

—Sí. Empecé a contárselo, como usted recordará; pero Norton tiene esa extraña idea de que las cosas deben ser ocultadas a los agentes, y por eso no se lo dije. Era ese. Es el mismo hombre, Huff. ¿No se lo conté? ¿No se lo expliqué a Norton? ¿No les dije que había algo raro en todo este asunto?

—¿Algo más?

—Mucho más. Su compañía de préstamo llamó hoy.

—¿Sí?

—Nos han dado una información que habríamos conocido desde el primer momento —me refiero a Norton y a mí— si hubiésemos confiado en usted desde el comienzo. Si usted hubiera sabido algo acerca de este Sachetti, habría podido decirnos lo que hoy hemos averiguado, y que es la clave de todo el asunto.

—Obtuvo un préstamo.

—Es verdad. Obtuvo un préstamo. Pero no me refiero a eso. No es lo más importante. *Estuvo en su despacho el mismo día en que usted entregó la póliza a Nirdlinger.*

—No estoy seguro.

—Nosotros, sí. Hemos revisado todo con Nettie, con las anotaciones de la compañía de préstamos y con los registros de la policía. El hombre estuvo allí y también la muchacha; y eso es lo que nosotros esperábamos. De ese modo, tenemos el punto de enlace de que carecíamos.

—¿Qué es eso de punto de enlace?

—Sabemos que Nirdlinger nunca le habló a su familia de esta póliza. Lo sabemos

a través de un interrogatorio al que hemos sometido a la secretaria. No lo dijo a nadie. Sin embargo, la familia lo *sabía* de todas maneras. ¿No es así?

—Y... lo ignoro.

—Sabían. No lo mataron sin motivo. Sabían, y ahora sabemos cómo lo sabían. El cerco está completo.

—Cualquier tribunal debe presumir que lo sabían.

—No soy un tribunal. Hablo desde el punto de vista de mi propia satisfacción, la satisfacción de saber que estoy en lo cierto. Porque, mire, Huff: podría exigir una investigación, partiendo de lo que me anuncia mi instinto. Pero soy incapaz de presentarme ante un tribunal a golpear en falso, sin estar seguro. Ahora estoy seguro. Más aún, con esto queda enredada la muchacha.

—¿Quién?

—La muchacha, la hija. También ella estuvo en su despacho. Le parecerá extraño que una joven pueda hacer semejante cosa en contra de su padre. Ha ocurrido. Ha ocurrido muchísimas veces. Por cincuenta mil dólares, va a ocurrir muchas veces más.

—Yo... no lo creo.

—Lo creerá antes de que concluya. Escúcheme, Huff. Todavía me falta algo. Hay un eslabón que me falta. Han querido matarlo a usted por algo que usted declararía contra ellos, cuando el juicio se vea. Eso es claro. ¿Pero qué?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué es lo que usted sabe de ellos como para que hayan querido eliminarlo? No basta con el hecho de que hayan estado en su despacho. Debe de haber algo más. ¿De qué se trata?

—No... no lo sé. No se me ocurre nada.

—Hay algo. Puede tratarse de una cosa que usted haya olvidado, una cosa que para usted no tenga importancia, y en cambio la tiene para ellos. ¿Qué es?

—No hay nada. No *puede* haber.

—Hay algo. Tiene que haber.

Daba pasos por la habitación. Noté que la cama se estremecía a causa de su peso.

—Siga pensándolo, Huff. Nos quedan unos días. Trate de descubrir qué es.

Encendió un cigarrillo, y siguió con sus cavilaciones.

—Lo más hermoso de todo esto es que tenemos algunos días. Usted no puede comparecer en una audiencia hasta la próxima semana por lo menos; y con eso disponemos del tiempo que nos hace falta. Una pequeña ayuda de la policía, un ligero tratamiento de cachiporra, otras cosas por el estilo, y, tarde o temprano, la pareja tendrá que cantar. Especialmente la muchacha. No aguantará mucho... Créame si le digo que esto es lo que esperábamos. Es duro para usted; pero ahora estamos en situación de embestir a fondo. Sí, estamos en la buena racha. Ahora podemos

esclarecer el asunto. Esta misma tarde, si tenemos suerte.

Cerré los ojos. Sólo pensaba en Lola, con una cantidad de policías alrededor, quizá golpeándola, queriendo hacerla confesar una cosa de la que sabía tanto como de cuidar colmenas. Vi cómo su cara aparecía ante mí, y de pronto alguien la golpeaba en la boca y manaba sangre.

—Keyes.

—¿Sí?

—Había algo. Ahora que usted habla, me acuerdo.

—Lo escucho, mi amigo.

—Yo maté a Nirdlinger.

Se quedó mirándome. Le había dicho todo cuanto necesitaba saber, aun acerca de Lola. Parecía extraño que hubieran bastado diez minutos. Se levantó. Lo tomé de la ropa.

—Keyes.

—Tengo que irme, Huff.

—Procure que no la maltraten.

—Tengo que irme. Volveré dentro de un rato.

—Keyes, si permite que la maltraten, lo mato. Ahora lo sabe todo. Se lo he dicho yo; pero se lo he dicho por una razón, una sola y única razón. Para que no le peguen. Tiene que prometérmelo. Usted me debe eso, Keyes.

Me soltó la mano y se fue.

Mientras le contaba las cosas confiaba en lograr un poco de paz después de concluir. Tenía la conciencia atormentada desde tiempo atrás. Dormía con mi pesadilla, soñaba con ella, respiraba con ella. No conseguí ninguna paz. Lo único en quien pensaba era en Lola, y en cómo un día u otro iba a descubrir la verdad y saber quién era yo.

A eso de las tres de la tarde vino el ordenanza con los diarios vespertinos. No publicaban nada de lo que había dicho a Keyes. Pero habían buceado en sus propios archivos, después de la noticia de la mañana, descubriendo lo concerniente a la muerte de la primera esposa de Nirdlinger y a la muerte de Nirdlinger, a lo que seguía ahora el atentado contra mí. Una cronista había logrado entonces entrevistarse con Phyllis. Fue ella quien bautizó la casa con el nombre de «Casa de la Muerte», destacando el color rojo sanguíneo de las colgaduras. Cuando leí aquello comprendí que el secreto no podía permanecer oculto largo tiempo. Equivalía a decir que hasta una imbecil escritora podía advertir que había algo raro.

Era más de las ocho y media de la noche cuando Keyes volvió. Ahuyentó a la enfermera apenas entró en la habitación, y entonces salió un minuto. Al volver, trajo consigo a Norton, un abogado llamado Keswick, a quien encomiendan los asuntos grandes, y Shapiro, el jefe de la sección legal. Todos se colocaron a mi alrededor, y fue Norton quien habló.

—Huff.

—Sí, señor.

—¿Ha hablado de esto con alguien antes?

—Sólo con Keyes.

—¿Con nadie más?

—Con nadie. ¡Oh, diablos, no!

—¿No ha venido ningún policía?

—Han venido. Los vi afuera, en el vestíbulo. Supongo que era de mí de quien hablaban en voz baja. La enfermera no los dejó entrar.

Todos se miraron.

—Entonces, creo que podemos empezar. Keyes, convendría que usted se lo explicase.

Keyes abrió la boca para decir algo; pero Keswick lo hizo callar, y llevó a Norton a un rincón. Luego llamaron a Keyes, y después a Shapiro. Hasta mí llegaban palabras aisladas. Era una especie de proposición que querían hacerme, y se trataba de decidir si todos serían testigos. Keswick estaba a favor de la proposición, pero no deseaba que nadie pudiera decir que había entrado en el asunto. Finalmente, convinieron que Keyes tomaría sobre sí toda la responsabilidad, quedando a salvo todos los demás. Entonces los otros se retiraron de puntillas. Ni siquiera dijeron adiós. Era extraño. No se comportaron como si yo les hubiera jugado a ellos o a la compañía una mala pasada. Se comportaron como si yo fuera algún animal con una gangrena horrible en la cara, y ellos ni quisieran mirarla.

Después de que salieron, Keyes se sentó.

—Es terrible lo que usted ha hecho, Huff.

—Lo sé.

—Creo que no hace falta hablar más sobre este aspecto.

—No, no hace falta.

—Me aflijo mucho. Le... le tuve afecto, Huff.

—Ya lo sé. Lo mismo digo.

—Pocas veces le tomo afecto a alguien. En mi oficio, no siempre es posible. Todo el género humano parece... un poco retorcido.

—Lo entiendo. Usted tuvo confianza en mí, y yo le fallé.

—Sí...; pero no hablemos de eso.

—No queda nada por decir... ¿La vio?

—Los he visto a todos. A él, a ella, y a la esposa.

—¿Y qué dijo?

—Nada... No se lo conté, por supuesto. Dejé que fuera ella quien hablase. Cree que Sachetti le disparó el tiro.

—¿Por qué motivos?

—Celos.

—¡Oh!

—Está preocupada por usted. Pero cuando se enteró de que su herida no era

grave, ella... Bueno, ella...

—¿Se alegró?

—En cierto modo, sí. Procuró no demostrarlo. Pero comprendió que con eso quedaba probado que Sachetti la amaba. No pudo evitarlo.

—Entiendo.

—Está preocupada por usted, sin embargo. Lo aprecia.

—Sí, ya lo sé. Me... aprecia.

—Estuvo siguiéndolo. Lo confundió con él. Pero nada más que eso.

—Me lo imaginaba.

—He hablado con él.

—Sí, ya me lo dijo. ¿Qué estaba haciendo allí?

Volvió a dar pasos nerviosos, igual que antes. La pequeña luz colocada sobre mi cabeza era la única que había en la habitación. No podía verlo más que a medias, pero sentía cómo se sacudía la cama cuando él se movía.

—Huff, hay una explicación.

—¿Sí? ¿Qué quiere decir?

—Lo único que ha sucedido es que usted ha sido víctima de una serpiente venenosa. Esa mujer... Sólo de pensar en ella se me hiela la sangre. Esa mujer es simplemente un caso patológico. El peor que conozco.

—¿Un qué?

—Tienen un nombre. Debería usted leer más psicología moderna, Huff. Yo la leo pero no se lo digo a Norton porque pensaría que estoy volviéndome un intelectual, o algo por el estilo. Sin embargo, esas lecturas me ayudan. En mi esfera de acción, hay muchas cosas cuyos efectos no se explican de otro modo. Es deprimente; pero la visión se aclara.

—Sigo sin entenderlo.

—Ya me entenderá... Sachetti no estaba enamorado de Phyllis.

—¿No?

—La conocía desde hace cinco o seis años. Es hijo de un médico, que tenía un sanatorio allá en el Monte Verdugo, a medio kilómetro del sitio en que ella era jefa de enfermeras.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo.

—Allí la conoció. Después, en una época, el anciano tuvo un poco de mala suerte. Se le murieron tres niños de entre sus pacientes.

La misma sensación anterior de cosquilleo empezó a recorrerme la espina dorsal. Prosiguió:

—Murieron de...

—¿Pulmonía?

—¿Tenía noticias?

—No. Siga.

—¿Ha oído hablar del caso de Arrowhead?

—Sí.

—Se le murieron los enfermos, y para el médico fue una experiencia terrible, pues lo inculparon por la desgracia. La policía no. No descubrieron nada que les interesara directamente. Pero fue distinto ante la clientela y el Departamento de Salud. Quedó desacreditado. Tuvo que vender el sanatorio. Poco después murió.

—¿De pulmonía?

—No. Era muy viejo. Pero a Sachetti le pareció que había en ello algo raro, y no pudo quitarse de la mente el recuerdo de esta mujer. Aparecía con mucha frecuencia, y siempre demasiado interesada en los niños enfermos. El hombre no tuvo nada en qué basarse, salvo una especie de corazonada. ¿Me interpreta?

—Continúe.

—No dio ningún paso en ese sentido, hasta que falleció la primera señora Nirdlinger. Daba la coincidencia de que uno de aquellos niños estaba vinculado a ella, de tal modo que al fallecer el chico, la señora Nirdlinger quedaba convertida en albacea, a cargo de cuantiosas propiedades que el niño debía heredar. Más aún; apenas se ventiló el aspecto legal, la señora Nirdlinger tomó posesión de esos bienes. Présteme atención, Huff. Esta es la parte más horrible. Sólo uno de los niños tenía algo que ver con las propiedades.

—¿Y los otros dos?

—Nada. Los otros dos niños murieron únicamente para confundir los rastros. ¿Qué le parece, Huff? Esa mujer fue capaz de matar a dos niños más, tan sólo para matar al que le convenía, enredando las cosas de tal modo que pareciera uno de esos ejemplos de negligencia que a veces hay en los hospitales. Ya le he dicho que es un caso patológico.

—Continúe.

—Cuando murió la primera señora Nirdlinger, Sachetti se constituyó en agencia policial de un solo detective, decidido a averiguar lo que había de por medio. Quería, en primer lugar, limpiar de mancha el nombre de su padre; y, en segundo lugar, la mujer había llegado a ser para él una obsesión. No quiero decir que se hubiese interesado en ella. Sólo quería averiguar la verdad.

—Sí, ya veo.

—Siguió yendo a la universidad, y luego buscó la manera de entrar en la casa y hablar con ella. Ya la conocía, de modo que cuando fue a la casa con cierta proposición de que ingresara en una asociación de médicos y enfermeras que estaba formándose, pensó que ella no sospecharía nada. Pero entonces ocurrió algo. Conoció a la muchacha, y surgió el flechazo; y entonces su hermoso proyecto de sondear la verdad acerca de la esposa fracasó. No quiso ser causante del infortunio de la

muchacha, y como en realidad no tenía nada concreto en qué apoyarse, olvidó el asunto. En vista de lo que sospechaba acerca de la mujer, prefirió no volver a la casa, y se encontró con la joven fuera. Entonces ocurrió una cosa insignificante, que, sin embargo, le hizo pensar que había estado en lo cierto. La esposa, apenas averiguó lo que pasaba, empezó a contarle a Lola mentiras acerca de él, y consiguió que el padre le prohibiera verlo. No había motivo para esto, salvo que tal vez esa mujer no quería que nadie que llevara el nombre de Sachetti, después de lo sucedido, pudiera estar ni a un kilómetro de distancia de ella. ¿Me entiende?

—Lo entiendo.

—Vino luego la muerte de Nirdlinger. Repentinamente, Sachetti comprendió que tenía que seguirle los pasos en serio a la mujer. Dejó de ver a Lola. Ni siquiera le explicó la razón. Se aproximó a la mujer y le hizo el amor, todo lo mejor que pudo. Es decir, empleando casi al máximo sus artes de seducción. Calculaba que si era a ella a quien visitaba, no le impediría entrar en la casa. Tenga en cuenta que Phyllis era la tutora de Lola. Pero si Lola se casaba, el tutor sería el marido, y con eso se crearía un enredo en torno a los bienes. Puede comprender...

—Que Lola era la víctima siguiente.

—En efecto. Una vez que se desembarazara de usted, por miedo a lo que usted sabía de ella, le tocaba el turno a Lola. Por supuesto, en ese momento Sachetti no sabía nada de usted, pero conocía bastante respecto de Lola, o estaba convencido de que así era.

—Prosiga.

—Llegamos ahora a esta última noche. Lola lo siguió. Es decir, siguió el coche de Sachetti, cuando usted se apoderó de él. Estaba entrando en el aparcamiento cuando usted arrancó.

—Vi el coche.

—Sachetti volvió a su casa temprano. La mujer lo había echado. Fue a su habitación y estuvo por acostarse; pero no podía quitarse de la imaginación la idea de que esa noche iba a pasar algo. En primer lugar, la forma en que fue despedido le resultó extraña. En segundo lugar, temprano, aquel mismo día, la mujer le había hecho un par de preguntas sobre el Parque Griffith: cuándo cerraban los caminos de noche, y qué caminos cerraban; preguntas cuya única explicación era que en aquel parque se preparaba algo, en horas muy avanzadas en la noche. Por ese motivo, en vez de acostarse, resolvió ir a la casa de Phyllis y vigilarla. Fue a buscar su automóvil. Cuando advirtió la falta, estuvo por desmayarse, porque Lola tenía una llave. No olvide que sabía que Lola era la víctima siguiente.

—Prosiga.

—Alquiló un coche y se dirigió al Parque Griffith. Se puso a recorrerlo a ciegas, pues no tenía ni idea de lo que se tramaba, ni sabía a dónde mirar. Empezó por donde

no debía; el extremo más alejado del pequeño claro. Luego oyó el tiro. Corrió, y él y Lola llegaron a su lado, más o menos al mismo tiempo. Sachetti pensaba que el tiro lo habían disparado contra Lola; Lola creía que lo habían disparado contra Sachetti. Cuando Lola vio quién era el herido, creyó que Sachetti había hecho fuego, y estaba increpándole su proceder cuando los sorprendió la policía.

—Voy entendiendo ahora.

—Aquella mujer, la esposa, es una maniática consumada. Sachetti me contó que ha descubierto cinco casos, todos anteriores a los de los tres chicos, en que los pacientes murieron estando ella de enfermera, y en dos de ellos consiguió sus bienes.

—¿Todos de pulmonía?

—Tres. Los otros dos fueron operaciones.

—¿Cómo lo hizo?

—Sachetti no ha podido averiguarlo. Cree que ella descubrió alguna forma de provocar las muertes con el suero, en combinación con cierta droga. Su mayor deseo sería sonsacarle el secreto, pues considera que podría ser importante.

—¿Y...?

—Usted está perdido, Huff.

—Ya lo sé.

—Hemos deliberado esta tarde en la compañía Yo presidí la discusión. No tenía ninguna alternativa. Lo había resuelto mucho antes, cuando Norton hablaba todavía de suicidio.

—Hizo usted muy bien.

—Los he persuadido de que este asunto nunca debe ventilarse en los tribunales.

—No pueden silenciarlo.

—No podemos silenciarlo, ya lo sé. Pero una cosa es que se sepa que un agente de esta compañía ha cometido un crimen, y otra muy distinta que todos los diarios del país se ocupen preferentemente del asunto durante los quince días del juicio.

—Ya lo veo.

—Tiene usted que darme una declaración firmada, en la cual exprese todo cuanto hizo, y que la refrende un notario. Me la tiene que enviar por correo certificado. Esto debe hacerlo el jueves de la próxima semana, para que yo la reciba el viernes.

—El próximo jueves.

—Eso es. Mientras tanto, detenemos todo lo concerniente a este último crimen, porque usted no está en condiciones de comparecer como testigo en un juicio. Fíjese bien ahora. Habrá un pasaje reservado, bajo nombre que ya le indicaré, en un vapor que sale de San Pedro, rumbo a Balboa y otros puntos más al Sur. Tomará usted ese barco. El viernes recibiré su declaración, y en el acto la entregaré a la policía. Será mi primera noticia. Esa es la razón por la cual acaban de irse Norton y sus amigos. En esta conversación no hay testigos. Es un trato concertado entre usted y yo, y si alguna

vez quiere usted delatarme, lo negaré, alegando que no ha existido tal convenio. También he previsto esto.

—No haré la prueba.

—Apenas lo hayamos notificado a la policía, haremos circular una oferta de recompensa por su captura. Atiéndame bien, Huff; si lo detienen en algún momento, pagaremos la recompensa y usted será enjuiciado, y, como haya manera de conseguirlo, haremos que lo ahorquen. No queremos que el asunto vaya a los tribunales; pero si tiene que ir, no tendremos compasión. ¿Entiende bien?

—Entiendo perfectamente.

—Antes de subir al buque, tendrá que entregarme el recibo que le den en el correo por la declaración certificada. Necesito estar seguro de que la tengo.

—¿Y la mujer?

—¿Quién?

—Phyllis.

—Me he ocupado de ella.

—Queda sólo una cosa, Keyes.

—¿Qué cosa?

—Todavía no sé nada de la muchacha, de Lola. Dice usted que todo está en sus manos. Supongo que con eso significa que los retiene a ella y a Sachetti, a la espera de la audiencia. La audiencia no va a producirse. Escúcheme bien. Necesito saber que ella no sufrirá daño alguno. A este respecto, exijo su promesa solemne, o de lo contrario, no hay confesión, y el asunto se ventilará en los tribunales, con todo lo demás. Estoy decidido a quemar mis naves. ¿Comprende, Keyes? ¿Qué le pasa a ella?

—Retenemos a Sachetti. Él está conforme.

—¿No me ha oído? Pregunté por ella.

—Está en libertad.

—¿Cómo ha dicho?

—La hemos sacado bajo fianza. Su caso lo permite, por cuanto usted no ha muerto.

—¿Qué sabe acerca de mí?

—Nada. No se lo he dicho.

Se levantó, miró el reloj, y salió de puntillas al vestíbulo. Cerré los ojos. Luego noté que alguien estaba junto a mí. Los abrí de nuevo. Era Lola.

—Walter.

—Sí, Lola.

—Estoy muy afligida.

—Me siento bien.

—Ignoraba que Nino supiera acerca de nosotros. Debe haberlo descubierto. No

quiso causarle daño. Pero... ¡Tiene tan mal carácter!

—¿Usted lo quiere?

—Sí.

—Quería saberlo.

—Me apena lo que usted debe pensar.

—Está perfectamente bien.

—¿Puedo pedirle una cosa? ¿Una cosa que no tengo derecho a pedir?

—¿De qué se trata?

—Que no lo acuse judicialmente. Que no se presente a los tribunales contra él.

No está obligado. ¿Verdad?

—No lo haré.

—A veces casi lo quiero, Walter.

Se quedó sentada, mirándome, y de pronto se agachó. Yo volví la cabeza rápidamente. Pareció ofendida, y permaneció en silencio un rato largo. No la miré. Una especie de paz se apoderó de mí, finalmente. Sabía que no podía ser mía, ni lo sería jamás. No podía besar a la muchacha cuyo padre yo había matado.

Cuando estuvo en la puerta, le dije adiós y le deseé buena suerte, y entonces volvió Keyes.

—Estamos perfectamente de acuerdo en lo tocante a la confesión, Keyes.

—Es la mejor manera.

—De acuerdo en todo. Gracias.

—No me dé las gracias.

—Yo lo siento así.

—No tiene nada que agradecerme —un fulgor extraño brilló en sus ojos—. No creo que lleguen a dar con usted, Huff. Me parece... bueno, me parece que en el fondo tal vez le haga un favor. Quizá sea mejor para usted de este modo.

Lo que ustedes acaban de leer, si lo han leído, es la confesión. Tardé cinco días en escribirla, pero por fin estuvo lista el jueves. Es decir, ayer. La mandé con un ordenanza, para que la certificara, y a eso de las cinco vino Keyes a buscar el recibo. Tiene más de lo que él quería; pero yo he deseado dejar constancia de todo. Es posible que ella la vea alguna vez, y que no piense tan mal de mí, después que conozca la forma en que todo pasó. A eso de las siete me vestí. Estaba débil, pero podía andar. Después de picar un poco de comida, mandé buscar un taxi y me encaminé al muelle. Me acosté inmediatamente, quedándome allí hasta las primeras horas de la tarde de hoy. No podía soportar más la soledad del camarote, y subí a cubierta. Encontré mi silla, y me senté en ella. Y miré la costa de México, frente a la que pasábamos. Pero tenía la extraña sensación de que no iba a ningún lugar. No hacía más que pensar en Keyes, en el fulgor que advertí en sus ojos, y en lo que habría querido decir. Luego, repentinamente, lo descubrí. Advertí detrás de mí un pequeño sollozo jadeante. Antes de mirar, supe quién era. Me volví hacia la silla contigua. Era Phyllis.

—¿Tú?

—Hola, Phyllis.

—Tu amigo Keyes... es todo un casamentero.

—Sí, muy romántico.

La miré de arriba abajo. Tenía el rostro más ajado que la última vez que la vi, y se le notaban pequeñas arrugas en torno a los ojos. Me entregó algo.

—¿Lo has visto?

—¿Qué es?

—El diario del barco.

—No, no lo vi. Dudo que me interese.

—Mira aquí.

—¿De qué se trata?

—De la boda de Lola y Nino. Recibieron la noticia por radio, poco después de mediodía.

—¡Oh! ¿Se han casado?

—Sí. Ha sido muy emocionante. El señor Keyes fue padrino. Han salido con destino a San Francisco para pasar la luna de miel. Tu compañía le ha dado una bonificación a Nino.

—¡Oh! Entonces debe haber trascendido lo nuestro.

—Sí. Todo se sabe. Es una buena precaución que figuremos aquí con nombres supuestos. Vi que todos los pasajeros lo leían a la hora del almuerzo. Ha causado sensación.

—No pareces preocupada.

—Estoy pensando en otra cosa.

Sonrió entonces, con la sonrisa más dulce y más triste que es posible imaginar. Me acordé de los cinco pacientes, de los tres niños, de la señora Nirdlinger, de Nirdlinger y de mí. Parecía imposible que una mujer que podía ser tan agradable hubiese hecho aquellas cosas.

—¿En qué estabas pensando?

—En que podríamos casarnos, Walter.

—Podríamos. ¿Y luego qué?

No sé cuánto tiempo habremos estado después mirando el mar. Habló ella de nuevo.

—El futuro no nos reserva nada, ¿verdad, Walter?

—No. Nada.

—Ni siquiera sé adónde vamos. ¿Y tú?

—No.

—Walter, el momento ha llegado.

—¿Qué quieres decir, Phyllis?

—Ha llegado la hora de que yo me reúna con mi amor. El único a quien he querido en mi vida. Una noche me arrojaré desde la popa del barco. Quiero sentir el contacto de sus dedos fríos, apretándome el corazón.

—Yo te depositaré en sus brazos.

—¿Qué?

—Quiero decir que yo te acompañaré.

—No nos queda nada más por hacer, ¿no es verdad?

Keyes tenía razón. No tenía nada por qué darle las gracias. Lo único que había hecho era ahorrarle al Estado el gasto de buscarme.

Recorrimos paseando todo el barco. Un marinero fregaba el canal que corre contiguo a la borda. Estaba nervioso, y se dio cuenta de que yo lo miraba.

—Hay un tiburón. Viene siguiendo el barco.

Procuré no mirar, pero no pude evitarlo. Vi una masa blancuzca que brillaba debajo, entre el verde. Volvimos a las sillas de cubierta.

—Walter, tenemos que esperar. Hasta que salga la luna.

—Creo que será mejor que haya luna.

—Quiero ver esa aleta. Esa aleta negra. Cortando el agua a la luz de la luna.

El capitán nos conoce. He podido advertirlo en la expresión de su rostro hace un rato, cuando salió de la cabina radiotelefónica. Tendrá que ser esta noche. No hay duda de que nos pondrá bajo vigilancia antes de que entremos en Mazatlán.

La hemorragia vuelve. Me refiero a la hemorragia interna en la parte en que la bala rozó el pulmón. No es mucho, pero tosí sangre. Sigo pensando en ese tiburón.

Esto lo escribo en mi camarote. Son más o menos las nueve y media. Ella está en el suyo, preparándose. Se ha puesto la cara completamente blanca, como recubierta de tiza, con círculos negros en torno a los ojos y rojo vivo en los labios y en las mejillas. Se ha vestido con aquella prenda roja. Tiene un aspecto horroroso. No es más que un gran rectángulo de seda roja, con el cual se envuelve; pero no tiene agujeros para pasar los brazos, y las manos, debajo, parecen muñones cuando las mueve. Se diría que es la misma siniestra figura que vino a echar los dados para apoderarse de las almas, en la rima del antiguo marinero.

No he oído abrirse la puerta del camarote; pero está aquí a mi lado, mientras escribo. La siento.

La luna.



JAMES M. CAIN (Annapolis, Maryland, 1 de julio de 1892 – University Park, Maryland, 27 de octubre de 1977) fue un escritor, periodista y novelista estadounidense especialmente conocido por sus novelas de ambiente sórdido, englobadas dentro de la novela negra, del que es uno de sus máximos representantes junto con sus compatriotas Raymond Chandler y Dashiell Hammett.